

CHATEAUBRIAND
VIDA DE RANCE

4705
3
3

R. C.

BX
.R
Ch



1020024936

Covarrubias.
BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

VIDA DE RANCÉ

REFORMADOR DE LA TRAPA.

POR

F. A. DE CHATEAUBRIAND.

TRADUCCION

DE D. FRANCISCO MADINA-VEYTIA.



MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR, EDITORES,
CALLE DE IZQUIERDO, NÚM. 4.

1871.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
86134

15872

932
Ch.

BX4705

R3

Ch3

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

A LA MEMORIA DEL PRESBITERO SEGUIN

CURA DE SAN SULPICIO;

Nació en Carpentras el 8 de agosto de 1748 y murió en París, á la edad de 95 años, el 19 de abril de 1843.

SU MUY HUMILDE Y MUY OBEDIENTE SERVIDOR,

CHATEAUBRIAND.

ADVERTENCIA.

Solo dos dedicatorias he escrito en mi vida: una á Napoleon, otra al presbítero Seguin: admirables, el oscuro sacerdote por la bendición que daba á las víctimas que morían en el cadalso, y el guerrero por las victorias que ganaba. Cuando, hace mas de veinte años, iba yo á ver á las señoritas de Acosta (primas de mi mujer que entonces eran cuatro y que ya no son mas que dos) solía encontrarme en la calle de Petit-Bourbon con un sacerdote vestido con sotana recogida por la falda en los bolsillos y un solideo negro á la italiana; apoyábase en un baston, é iba recitando entre dientes su breviario, á confesar en el barrio de San Honorato á madama de Monboisier, hija de M. de Malesherbes. Halléle muchas veces en las inmediaciones de San Sulpicio; trabajo le costaba defenderse de una multitud de pobres que llevaban en sus brazos chiquillos tal vez prestados. No tardé en trabar íntimo conocimiento con aquella presa de los mendigos, y le visité en su casa, calle Servadoni, número 16. Entraba yo en un reducido patio mal empedrado; el portero alemán no se molestaba por mí; la escalera desembocaba á la izquierda, en el fondo del patio; los escalones estaban rotos; subía al segundo piso; llamaba; una criada vieja vestida de negro abría la puerta y me introducía en una sala desamueblada donde no había mas que un gato rubio que dormía sobre una silla: desde allí penetraba en un gabinete adornado con un gran crucifijo de madera negra. El presbítero Seguin, sentado delante de la lumbre, y separado de mí por un biombo, me conocía por la voz; imposibilitado de levantarse, me daba su bendición y me pedía noticias de mi mujer. Contábame que su madre solía decirle en el lenguaje figurado de su país: «Acuérdate de que el hábito de los sacerdotes no debe estar ribeteado de avaricia.» El suyo estaba ribeteado de pobreza. Había tenido tres hermanos, sacerdotes como él, y los cuatro habían dicho misa juntos en la iglesia parroquial de Santa Maura y juntos fueron también á prosternarse en Carpentras sobre la sepultura de su madre. El presbítero Seguin rehusó prestar el juramento político: perseguido por este motivo durante la revolución, atravesó un día corriendo el jardín de Luxemburgo y se escondió en casa de M. de Jusseieu, calle Saint-Dominique d'Enfer. Cuando dejó el Luxemburgo por última vez en 1815, también yo atravesé el jardín solitario con mi amigo M. Hyde de Neuville. En los corazones que

han retenido el estruendo de las revoluciones se despiertan con frecuencia tristes ecos.

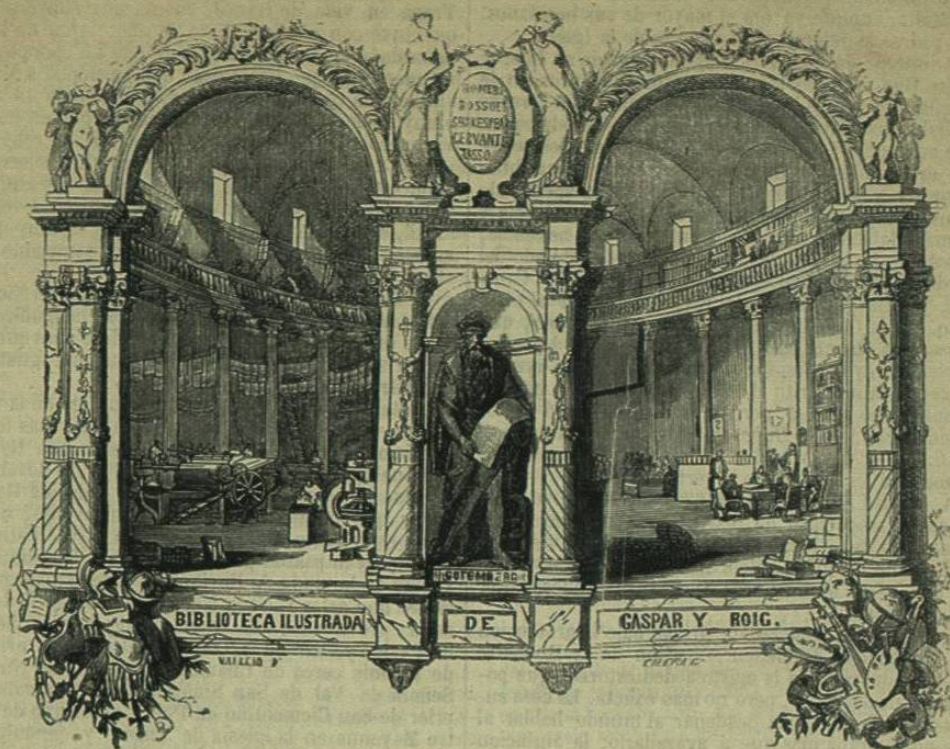
El presbítero Seguin congregaba en sitios ocultos á los cristianos perseguidos. El presbítero Antonio, su hermano, fue preso, encerrado en los Carmelitas y sacrificado el 2 de setiembre: Juan María, cuando recibió esta noticia, entonó el *Te Deum*. De barrio en barrio iba disfrazado á administrar socorros á los fieles: muchas veces le acompañaban algunas mujeres devotas y decididas; madama Choqué se daba por hija suya; se ponía en acecho y estaba encargada de avisar al confesor. Como era alto y robusto, le alistaron en la guardia nacional. Al día siguiente de alistado le enviaron con cuatro hombres á visitar una casa en la calle Cassette. El cielo le enseñó el papel que tenía que hacer;—pidió con estrépito que se le abrieran las habitaciones, y empezó el registro. Vió el presbítero Seguin un cuadro arrimado á una pared y que ocultaba lo que él no quería encontrar; se acerca, levanta con su bayoneta una punta del lienzo, y ve que tapa una puerta; en el mismo instante, mudando de tono, acusa de inactividad á sus compañeros y les da órden de ir á visitar las piezas situadas en frente del gabinete que ocultaba el cuadro. Mientras de esta suerte inspiraba la religion el heroísmo á las mujeres y sacerdotes, el heroísmo acompañaba en el campo de batalla á nuestros ejércitos; jamás los franceses fueron tan valientes ni tan desgraciados. Mas adelante, habiendo visto el presbítero Seguin el partido que podía sacarse de la guardia nacional, estaba siempre pronto á acudir á las llamadas; la mentira era sublime, pero no por eso ofendía menos al presbítero Seguin, porque al cabo era mentira. En medio de sus violentos sacrificios, se le veía caer en un consternador silencio que aterraba á sus amigos. La inestabilidad de las cosas humanas le libertó de sus tormentos; la Francia pasó del crimen á la gloria, de la república al imperio.

Para obedecer las órdenes del director de mi vida he escrito la historia del abad de Rancé. El presbítero Seguin me hablaba con frecuencia de este trabajo, que naturalmente me inspiraba alguna repugnancia: sin embargo, estudié, lei, y la vida de Rancé que hoy compongo, es el resultado de aquellas lecturas.

Esto es cuanto tenía que decir. En Londres hice mi primera obra en 1797: mi última en París en 1844. Entre estas dos fechas no median menos de cuarenta y siete años, tres veces el espacio que Tácito llama una larga parte de la vida humana: «*Quindecim*

annos grande mortalis aevi spatium.» Nadie me eerá, no siendo tal vez algunas sobrinas segundas acostumbadas á los cuentos de su anciano tío. El tiempo ha transcurrido; he visto morir á Luis XVI y á Bonaparte; cosa de burlas parece vivir despues de esto. ¿Qué hago en el mundo? Triste es permanecer en él cuando el cabello no cae ya lo bastante sobre el rostro para enjugar las lágrimas que se deslizan de los ojos. Hubo un tiempo en que manchaba papel con mis hijas, Atala, Blanca, Cimodocea; quimeras que han

ido á buscar á otra parte la juventud. En el cuadro del Diluvio, último trabajo del Pusino, se advierten algunas líneas indecisas; estos defectos del tiempo hermosan la obra maestra del gran pintor; pero á mi no me disculparán; yo no soy el Pusino; no habito en las márgenes del Tiber y tengo un sol malo. En otro tiempo pude imaginarme la historia de Amelia: ahora estoy reducido á bosquejar la de Rancé: he mudado de númen mudando de años.



VIDA DE RANCE

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

LIBRO PRIMERO.

Fr. Pedro Le Nain, religioso y prior de la abadía de la Trapa, hermano del gran Tillemont, y casi tan sábio como él, pasa por el historiador mas completo de Rancé. En estos términos empieza la vida del abad reformador:

«El ilustre y piadoso abad del monasterio de Nuestra Señora de la Trapa, uno de los mas preciosos monumentos de la orden del Cister, el espejo perfecto de la penitencia, el modelo acabado de todas virtudes cristianas y religiosas, el digno hijo y fiel imitador del gran San Bernardo, el reverendo padre Fr. Armando Juan Le Bouthillier de Rancé, cuya historia vamos á acometer con el auxilio del cielo, nació en París el 9 de enero de 1626, de una de las mas antiguas y nobles familias del reino. Nadie ignora que esta familia dió á la Iglesia el ilustrísimo señor Víctor Le Bouthillier, obispo de Bolonia, que luego fue arzobispo de Tour y primer limosnero del señor duque de Orleans; el ilustrísimo señor Sebastian Le Bouthillier, obispo de Aire, prelado de singular piedad; y al Estado Claudio Le Bouthillier, señor de Pons y de Foligny, que fue primeramente consejero en el Parlamento de París, luego secretario de Estado, y algunos años despues superintendente de la Hacienda, y tesorero mayor de las órdenes del rey. Esta familia, oriunda de Bretaña y emparentada con los duques de esta provincia, recibió nuevos timbres de nobleza con la santidad del hombre cuya vida vamos á escribir.

«Llamábase su padre Dionisio Le Bouthillier, y era señor de Rancé, relator en el consejo de Estado, presidente en el tribunal de cuentas y secretario de la reina María de Médices. Fue su esposa Carlota Joly, de quien tuvo ocho hijos, cinco hembras, que casi todas tomaron el velo, y tres varones. El primogénito, Dionisio Francisco Le Bouthillier, fue canónigo de Nuestra Señora de París; el segundo fue nuestro digno abad; el tercero es el caballero de Rancé que sirvió á S. M. en calidad de capitán del puerto de Marsella y jefe de escuadra.

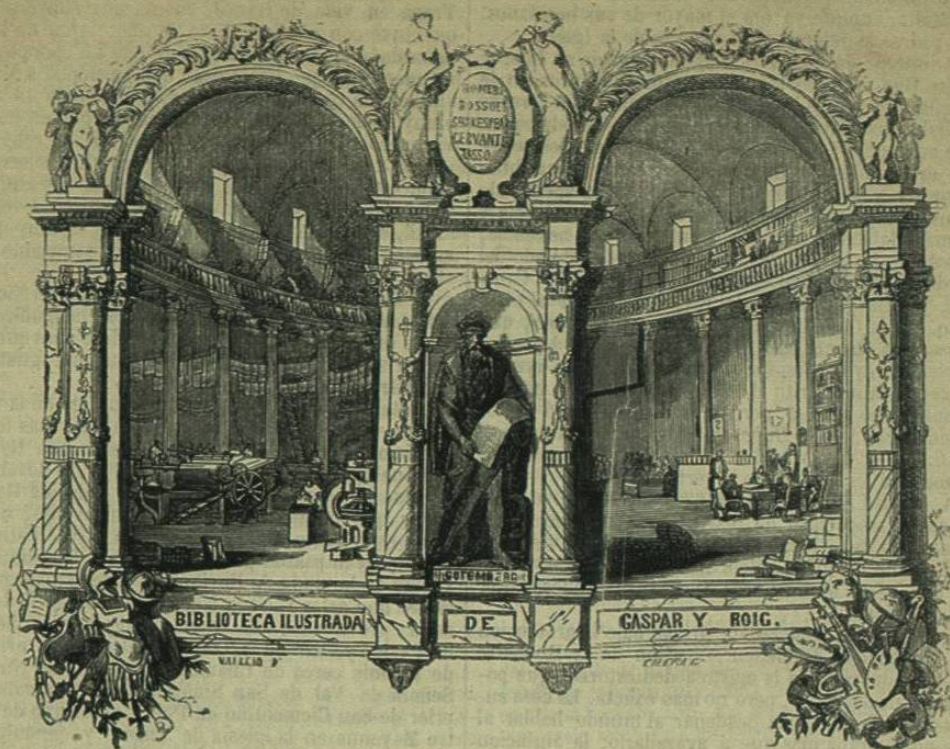
«Como nuestro abad había sido bautizado en la casa de su padre, sin las ordinarias ceremonias de la Iglesia, supliéronse estas el 30 de mayo de 1627 en la parroquia de San Cosme y San Damian. El eminentísimo cardenal de Richelieu fue su padrino y le puso el nombre de Armando Juan; su madrina fue María de Fourcy, esposa del marqués de Effiat, superintendente de la Real Hacienda.»

Ese es el principio de la narración del P. Le Nain; el desierto se regocija, el reformador de la Trapa se manifiesta al mundo entre Richelieu, su protector, y Bossuet su amigo. Preciso era que fuese grande el sacerdote para no eclipsarse entre sus acólitos.

El hermano mayor de Rancé, Dionisio Francisco, el canónigo de Nuestra Señora, era desde la cuna abad comendador de la Trapa: la muerte de Dionisio hizo á Armando cabeza de su familia, y le puso en posesión de la abadía de su hermano, en virtud del antiguo abuso de los beneficios convertidos en una es-

annos grande mortalis aevi spatium.» Nadie me eera, no siendo tal vez algunas sobrinas segundas acostumbadas á los cuentos de su anciano tío. El tiempo ha transcurrido; he visto morir á Luis XVI y á Bonaparte; cosa de burlas parece vivir despues de esto. ¿Qué hago en el mundo? Triste es permanecer en él cuando el cabello no cae ya lo bastante sobre el rostro para enjugar las lágrimas que se deslizan de los ojos. Hubo un tiempo en que manchaba papel con mis hijas, Atala, Blanca, Cimodocea; quimeras que han

ido á buscar á otra parte la juventud. En el cuadro del Diluvio, último trabajo del Pusino, se advierten algunas líneas indecisas; estos defectos del tiempo hermozan la obra maestra del gran pintor; pero á mi no me disculparán; yo no soy el Pusino; no habito en las márgenes del Tiber y tengo un sol malo. En otro tiempo pude imaginarme la historia de Amelia: ahora estoy reducido á bosquejar la de Rancé: he mudado de númen mudando de años.



VIDA DE RANCE

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

LIBRO PRIMERO.

Fr. Pedro Le Nain, religioso y prior de la abadía de la Trapa, hermano del gran Tillemont, y casi tan sábio como él, pasa por el historiador mas completo de Rancé. En estos términos empieza la vida del abad reformador:

«El ilustre y piadoso abad del monasterio de Nuestra Señora de la Trapa, uno de los mas preciosos monumentos de la órden del Cister, el espejo perfecto de la penitencia, el modelo acabado de todas virtudes cristianas y religiosas, el digno hijo y fiel imitador del gran San Bernardo, el reverendo padre Fr. Armando Juan Le Bouthillier de Rancé, cuya historia vamos á acometer con el auxilio del cielo, nació en París el 9 de enero de 1626, de una de las mas antiguas y nobles familias del reino. Nadie ignora que esta familia dió á la Iglesia el ilustrísimo señor Víctor Le Bouthillier, obispo de Bolonia, que luego fue arzobispo de Tour y primer limosnero del señor duque de Orleans; el ilustrísimo señor Sebastian Le Bouthillier, obispo de Aire, prelado de singular piedad; y al Estado Claudio Le Bouthillier, señor de Pons y de Foligny, que fue primeramente consejero en el Parlamento de París, luego secretario de Estado, y algunos años despues superintendente de la Hacienda, y tesorero mayor de las órdenes del rey. Esta familia, oriunda de Bretaña y emparentada con los duques de esta provincia, recibió nuevos timbres de nobleza con la santidad del hombre cuya vida vamos á escribir.

«Llamábase su padre Dionisio Le Bouthillier, y era señor de Rancé, relator en el consejo de Estado, presidente en el tribunal de cuentas y secretario de la reina María de Médices. Fue su esposa Carlota Joly, de quien tuvo ocho hijos, cinco hembras, que casi todas tomaron el velo, y tres varones. El primogénito, Dionisio Francisco Le Bouthillier, fue canónigo de Nuestra Señora de París; el segundo fue nuestro digno abad; el tercero es el caballero de Rancé que sirvió á S. M. en calidad de capitán del puerto de Marsella y jefe de escuadra.

«Como nuestro abad había sido bautizado en la casa de su padre, sin las ordinarias ceremonias de la Iglesia, supliéronse estas el 30 de mayo de 1627 en la parroquia de San Cosme y San Damian. El eminentísimo cardenal de Richelieu fue su padrino y le puso el nombre de Armando Juan; su madrina fue María de Fourcy, esposa del marqués de Effiat, superintendente de la Real Hacienda.»

Ese es el principio de la narración del P. Le Nain; el desierto se regocija, el reformador de la Trapa se manifiesta al mundo entre Richelieu, su protector, y Bossuet su amigo. Preciso era que fuese grande el sacerdote para no eclipsarse entre sus acólitos.

El hermano mayor de Rancé, Dionisio Francisco, el canónigo de Nuestra Señora, era desde la cuna abad comendador de la Trapa: la muerte de Dionisio hizo á Armando cabeza de su familia, y le puso en posesión de la abadía de su hermano, en virtud del antiguo abuso de los beneficios convertidos en una es-

pecie de bienes patrimoniales. Admitido en la Orden de Malta, aunque ya era el mayor de sus hermanos, sus padres le dejaron en la carrera de la Iglesia.

Admirado de las felices disposiciones de su hijo, el padre Rancé le dió tres preceptores: el primero le enseñaba el griego, el segundo el latín, y el tercero vigilaba sus costumbres,—tradiciones de educación que ascendían á los tiempos de Montaigne: los togados eran entonces muy eruditos, como lo acreditan Pasquier y el presidente Cousin. Salido apenas de mantillas, Armando explicaba por entonces un beneficio, púsose en la lista de los recomendados al ahijado del cardenal de Richelieu.—El clero murmuró; el P. Causin, jesuita y confesor del rey, hizo llamar al abad niño. Tenía Caussin sobre su mesa un *Homero*, que presentó á Rancé; este le explicó un pasaje á primera vista. Creyó el jesuita que el muchacho se ayudaba con el latín escrito al margen del texto, y con los guantes tapó la glosa, pero el escolar continuó traduciendo como antes. *Habes lyneceos oculos*, exclamó el P. Caussin; luego le dió un abrazo y no volvió á oponerse á los favores de la corte.

A la edad de doce años (1638) dió Rancé su *Anacreonte*, precocidad de instrucción cuya posibilidad demuestra la evidencia de lo que se cuenta de Saumaise y de los niños célebres. Rancé, á los 68 años, en una carta al presbítero Nicaise, se confiesa autor del comentario.

Publicóse el *Anacreonte* griego bajo la protección del cardenal de Richelieu: CharJon de la Rochette dió la traducción de la epístola dedicatoria, que podría ser mas concisa, pero no mas exacta. Es cosa curiosa oír al que debía desdeñar al mundo hablar al que no aspiraba mas que á avasallar: la ambición es propia de todas las almas: dirige á las pequeñas; y es dirigida por las grandes.

Con estas palabras empieza la epístola:

«Al grande Armando Juan, cardenal de Richelieu, Armando Juan Le Bouthillier, abad.

«Salud y larga prosperidad. Acostumbrado en mis tempranos años á imbuirme de los sentimientos de gratitud, etc.

«La lengua griega es tambien la lengua de las Santas Escrituras, etc.

«He consagrado al estudio de esta lengua los mismos desvelos que á la de los romanos, etc.

«Consagrándome todo entero al servicio de vuestra eminencia...»

Una de las inmortalidades contradictorias de Richelieu es haber tenido por panegiristas á Rancé, escoliasta de *Anacreonte*, y á Corneille, que tambien se convirtió á la penitencia: los *Horacios* están dedicados al perseguidor del *Cid*.

Los escolios, en el *Anacreonte* de Rancé, siguen á las odas una á una; las composiciones en loor del joven traductor, impresas al frente de la obra, no dan ciertamente una elevada idea del porvenir del Santo. Había en los colegios una generacion á otra. «¿Qué votos formas, cantor de Teos, dice uno de los rapsodistas de aquellas composiciones, ardes por Batilo, por Baco ó por Citerea? ¿Te gustan las danzas de las doncellas? Aquí tienes á Armando (de Rancé) que aventaja á Batilo y á las doncellas, si posees á Armando, vive feliz.»

¡Singular anuncio del Santo! Me acuerdo que uno de los paseantes nos explicaba en el aula la égloga del Alexis, suponiendo que este era un escolar indócil que desoía las palabras de su afectuoso maestro. ¡O cándido pudor cristiano!

Andando los tiempos, Rancé arrojó á la lumbre lo que le quedaba de la edicion del *Anacreonte*, de la cual subsisten algunos ejemplares en la biblioteca del Rey. Un viajero anónimo,—ya se ha averiguado que

era el presbítero Nicaise,—en un viaje hecho á la Trapa en vida de Rancé, cuenta una conversacion que tuvo con el abad. Este le dijo: «Que no habia guardado en su biblioteca mas que un ejemplar del *Anacreonte*; que habia dado dicho ejemplar á M. Pellisson; no como un buen libro, sino como un libro muy curioso y bien encuadernado; que en los dos primeros años de su retiro, antes de ser religioso, habia querido leer los poetas, pero que conociendo que esto no hacia mas que despertar sus antiguos pensamientos, y que hay en esta lectura un veneno sutil, escondido bajo las flores, que es muy peligroso; por último habia abandonado semejante lectura (1).»

El 6 de abril de 1692 escribía al presbítero Nicaise: «Mi trabajo sobre *Anacreonte* es cosa insignificante; ¿qué puede pensarse á la edad de doce años que merezca aprobacion? La verdad es que me gustaban las letras y me recreaba con ellas.»

Protegido por Richelieu y muy querido de la reina madre, Rancé entraba en la vida bajo los mas felices auspicios. María de Médicis le profesaba una ternura de abuela, lo cogía sobre sus rodillas, lo llevaba en brazos, lo besaba: un día dijo al padre de Rancé: «¿Por qué no me habeis traído aun mi hijo? no me gusta estar tanto tiempo sin verlo.» Estas distinciones hubieran pasado por el colmo de la fortuna; pero venian de la viuda de Enrique IV y de la madre de la esposa de Carlos I. Nada faltaba á la opulencia del escolar; provisto de una canongía de Nuestra Señora de París, y abad de la Trapa, disfrutaba el priorato de Bolonia cerca de Chambor, la abadía de Nuestra Señora de Val de San Sinfiriano de Beauvais: era prior de San Clementino en Poitú, arciano de Oestre Mayenne en la iglesia de Angers y canónigo de Tours; favores obtenidos de Richelieu por el crédito de *Anacreonte*.

Hacia esta época, dicen, pasó el joven Bouthillier por una prueba muy árdua. Richelieu habia roto con María de Médicis: mejor hubiera hecho la reina italiana en continuar la construccion del palacio de Luxemburgo y del acueducto del Arcueil, y en perfeccionar su propio retrato grabado en madera por ella misma. Bouthillier el padre, que perseveraba adicto á la causa de María, quiso obligar á Rancé á dejar de ver á su padrino, pero Rancé siguió fiel al cardenal, y hasta su muerte continuó visitándole en secreto. Tales son las tradiciones conservadas en las biografías; pero la cronología las echa por tierra, pues cuando María de Médicis se refugiaba en los Países-Bajos, Rancé no tenia mas que tres ó cuatro años.

El 4 de diciembre de 1642, murió Richelieu, en el décimo octavo año de su ministerio. El genio es un poder por cuya era es preciso contar: el padre José, *Marion de Lorme* y la *Gran Pastoral*, son miserias sepultadas antes que el hombre á quien estuvieron unidas.

Bajo la regencia de Ana de Austria y el ministerio de Mazarino, continuó Rancé su educación. En sus cursos de filosofía y teología obtuvo triunfos que la sociedad de entonces veía con vivo interés; dedicó su tesis á la madre de Luis XIV. Un día, apremiado por un profesor que apoyaba su opinion en un pasaje decisivo de Aristóteles, respondió que nunca habia leído á este autor mas que en griego, y que si le enseñaba el texto procuraría explicarlo; el profesor no sabía el griego, cosa que ya sospechaba Rancé, quien citó entonces de memoria el original, y manifestó la diferencia que existía entre el texto y la version latina.

Rancé tuvo la felicidad de encontrar en las aulas uno de aquellos hombres que ilustran al que

(1) Correspondencias del presbítero Nicaise, 8 vol. en 4.º (Biblioteca Real de París).

se sienta á su lado; aquel hombre fue Bossuet. Rancé empezó por la corte y acabó por el retiro; Bossuet empezó por el retiro y acabó por la corte; el uno fue grande por la penitencia, el otro lo fue por el genio. Al licenciarse, Bossuet no alcanzó mas que el segundo puesto; Rancé obtuvo el primero, lo cual se atribuyó á su nacimiento, y ni envaneció á Rancé ni humilló á Bossuet.

Rancé predicó con aplauso en varias iglesias. Su elocucion era impetuosa como lo fue mas adelante la de Bourdaloue, pero conmovia mas y no hablaba tan apriesa.

En el año 1648 se abrió la brecha que asaltó la Francia para escalar la libertad. En aquella sangrienta bacanal todos los papeles se trocaron; las mujeres se volvieron capitanes; el duque de Orleans escribía cartas dirigidas á las *Señoras condesas mariscales de campo en el ejército de mi hija, contra el Mazarino*.

Bossuet, el consejero, era el grande hombre; Conde, un personaje de poca importancia, enjaulado en Vincennes por un sacerdote; el coadjutor esperaba en San Dionisio el saqueo de París, para que madama de Sevigné, segun decia, *lo pasase por las manos*. Mazarino y Turenne eran dos galanes enamorados, el uno de la reina, el otro de madama de Longueville, mientras que Carlos I caía bajo el hacha de Cromwell y la hija de Enrique IV se moría de frio en el palacio de Louvre. Cada día veía aparecer nuevas gacetas: el *Correo Francés* y el *Correo extravagante* estaban escritos en versos burlescos; apenas se hallan entre un diluvio de insulseces, algunas líneas como estas:

«El joven Tancredo de Rohan fue el primero que llevó nuevas á los Campos Elíseos de la cruel guerra que habia encendido en Francia el cardenal Mazarino. Cuando el barquero Caronte pasó en su barca al valeroso mancebo, le enseñó los deliciosos campos donde se solazan los principes y los héroes, y le dió una de las mas jóvenes y bizarras hadas para acompañarle hasta la puerta de aquel admirable recinto donde fue recibido con pesar á causa de su juventud.»

Mas adelante encontramos al duque de Ayuno con la infanta Abstinencia su esposa, apoderándose del castillo de Cuarema por mediacion del *Miércoles de Ceniza*.

Tales eran las lecturas que nutria su espíritu el reformador de la Trapa, en medio de las sociedades que empezaron antes de la Fronza y acabaron con ella; en una de ellas en efecto conoció á madama de Montbazón. Aquellas sociedades eran de distintas especies; la primera y mas ilustre de todas era la del *hótel de Rambouillet*.

«Sociedades há largo tiempo desvanecidas, cuántas otras os han sucedido! Instálense danzas sobre el polvo de los muertos, así como brotan sepulturas bajo las pisadas de la alegría; reímos y cantamos en los sitios regados con la sangre de nuestros amigos. ¿Dónde están hoy los males de ayer? ¿Dónde estarán mañana las delicias de hoy? ¿Qué importancia podemos dar á las cosas de este mundo? ¿La amistad? La amistad desaparece cuando el que es querido cae en la desgracia, ó el que quiere sube al poder. ¿El amor? El amor es engañoso, fugaz ó culpable. ¿La fama? De ella participamos con la medianía ó con el crimen. ¿Las riquezas? ¿Y puede considerarse como un bien esta vanidad? Solo quedan aquellos dias llamados venturosos que se deslizan ignorados en la oscuridad de los cuidados domésticos, y no dejan al hombre ni el deseo de perder, ni el de empezar nuevamente la vida.

Rancé tenia entrada franca en los principales salones de París, merced á sus amigos de la Fronza, personajes de quienes le veremos llevar cartas de recomendacion á Roma. El cardenal de Retz le hospedó

en su casa junto al Vaticano; Champvallon, arzobispo de París, vivía familiarmente con él. Luis XIV gustaba mucho de aquel prelado y se cree que lo eligió para celebrar su casamiento con madama de Maintenon, la cual expió su ambicion atreviéndose á escribir que se cansaba de un rey á quien ya no era posible divertir.

Rancé era tambien compañero de Chateaufort y de Montresor, nieto de Brantome; cazaba con el duque de Beaufort; en una palabra, estaba relacionado con todos aquellos seres insustanciales por medio de los familiares del hotel de Montbazón donde le habian introducido su trato con la duquesa de este título.

Acabadas las turbulencias de la Fronza, el abad Le Bouthillier residía ya en París, ya en Veretz, finca de su patrimonio y una de las mas risueñas de las cercanías de Tours, que hermoseaba todos los años, y donde perdía sus dias á la manera de San Gerónimo y San Agustín, como cuando en los ocios de mi juventud sepulté yo lo mío en el golfo de Nápoles. Rancé inventaba placeres; las funciones que daba eran brillantes, suntuosas sus festines; se forjaba delicias y no podía alcanzar lo que buscaba. Un día, de acuerdo con tres mancebos de su edad, resolvió emprender un viaje á imitacion de los caballeros de la Tabla Redonda: hicieron una bolsa comun y se prepararon á ir á buscar aventuras, proyecto que se desvaneció cual humo. No distaban mucho estos devaneos juveniles de las realidades de la Trapa.

Lo mismo que Catalina de Médicis, cuya torre dedicada á sortilegios se ve todavia pegada á la rotunda del Mercado de Trigo, Rancé se dió á la astrología. El fondo de religion que habia bebido en su educación cristiana luchaba con sus supersticiones; los avisos que creía recibir de los astros empezaban á trabajar en provecho de su conversion futura. A semejanza de los antiguos observadores de las revoluciones siderales, conocia las montañas de la luna antes de conocer las de la tierra. Un día, detrás de la catedral de París, en la punta de la isla, estaba entreteniéndose en tirar á los pajarillos cuando ocurrió que dispararon sobre él y le hirieron otros cazadores desde la orilla opuesta, no debiendo él haber quedado con vida, mas que á la cadena de acero de que pendía su moral:—«¿Qué hubiera sido de mí, exclamó, si Dios me hubiera llamado á sí en aquel momento?»

En otra ocasion, hallándose en Vertz, oye que andan unos cazadores por entre las arboledas de su parque, y al punto corre hacia ellos y se precipita en medio de una reunion de oficiales á cuyo frente iba un calavera célebre por sus desafíos. Rancé se abalanza al delincuente y lo desarma. «Preciso es, decia luego el noble corsario, que el cielo haya protegido á Rancé, porque no acierto á comprender cómo no le he matado.» Des esta aventura hay otra version: unos cazadores apuntaron á Rancé que iba á caballo, acompañado de un lacayo, pero él se arrojó en medio de la cuadrilla, los hizo retroceder y les obligó á pedirle perdon.

Tonsurado el 21 de diciembre de 1635, bachiller en teología en 1647, licenciado en 1649, recibió en 1653 la bula de doctor de la facultad de Navarra; ya desde el año 1651, el arzobispo de Tours, en la iglesia de Santiago du Haut-Pas le habia conferido juntamente las cuatro órdenes menores, el subdiaconado y el diaconado; pocos meses despues, el 22 de enero de 1651, se ordenó de sacerdote.

Verificada la imposicion de manos, solo faltaba proceder á una solemne ceremonia. Al pie de los Alpes venecianos he oído doblar por la noche las campanas en honor de un pobre levita que debia decir su primera misa al dia siguiente: para Rancé, los ornamentos y vestiduras preparados á la luz del sol, eran magníficos; pero ya fuese que se apoderasen de su alma ter-

rores del cielo, ya que considerase como licencias sacrilegas las que había obtenido, ya en fin que sintiese aquel espanto que se apoderaba de un reo demasiado joven cuando la Roma pagana le expedía dispensas de edad para morir, Rancé fué á esconderse á la Cartuja. Solo Dios lo vió en el altar. El futuro morador del desierto consagró sobre la montaña, al Oriente de Jerusalén, las primicias de su soledad.

«Lo que el mundo llama las pasiones hermosas, dice uno de los historiadores de Rancé, ocupaba su corazón: los placeres le buscaban, y él no huía de ellos. Jamás hombre alguno tuvo las manos mas limpias, gustó mas de dar ni menos de recibir.»

El presbítero Marsolier, cuyas palabras cito, estaba encargado de escribir la vida del reformador por orden del rey y de la reina de Inglaterra. Los preceptos de aquellas magestades caídas imprimen á la expresión del siervo de Dios aquel carácter atemperante y grave que inspira el infortunio en las altas gerarquías.

Mazarino no miraba con buenos ojos á los hombres que procedían de la Fronza; todavía gustaba menos de los protegidos de Richelieu y se oponía al adelantamiento de Rancé, adelantamiento á que tampoco se prestaba Rancé cuando no hallaba en él su conveniencia. Poco tiempo después de haberse ordenado de sacerdote rehusó el obispado de Lyon, cuyas rentas no le parecían bastante cuantiosas; la Bretaña además distaba demasiado de la corte. Cuenta el padre Gervaise que la caza era una de sus diversiones favoritas: «Mas de una vez se le ha visto, dice, después de haber cazado tres ó cuatro horas por la mañana, andar el mismo día en posta de 12 ó 13 leguas para ir á sostener una tesis en la Sorbona ó á predicar en París con tanta tranquilidad de espíritu como si acabara de salir de su despacho.» Habiéndole encontrado un día Champvallon en la calle, le dijo: «¿Adónde vas abad; qué te haces hoy?—Por la mañana, respondió, voy á predicar como un ángel, y por la tarde á cazar como un diablo.»

El presbítero de Marolles, en sus Memorias, cita á Rancé: «Era este abad, dice, de un carácter tan suave y de un talento tan cultivado, que si el rey hubiese tenido á bien nombrarle coadjutor del ilustrísimo señor arzobispo de Tours, su tío, este hubiera tenido una grandísima satisfacción, tanto por el bien de su diócesis, cuanto por el honor de su familia.» El arzobispo creyó al principio, continúa diciendo Marolles, que no había por mi parte en esto mas que pura cortesía; pero cuando conoció que me interesaba de veras á causa de las grandes esperanzas que fundaba en la capacidad del abad de Rancé, me dió las gracias.»

La inclinación militar de Rancé le llevaba á las escuelas de esgrima, y nada podía compararse á su alegría cuando lograba hacer saltar el florete de manos de un maestro de armas.

El traje de capricho del que debía vestir el sayal, era una ropilla morada de riquísimo paño; llevaba el cabello largo y rizado, dos esmeraldas en los vuelos y un soberbio diamante al dedo. En el campo ó cuando iba á caza, no se le veía encima ninguna insignia de los altares: «Llevaba, prosigue Gervaise, la espada á la cintura, dos pistolas en el arzon de su silla, una ropilla color de corza, y un corbata de tafetan negro de donde pendía un bordado de oro. Si cuando iban á verle personas graves se ponía una ropilla de terciopelo negro con botones de oro, creía hacer mucho y vestirse regularmente. Rara vez decía misa.»

Nos quedan algunas páginas de Rancé tituladas *Memoria de los peligros que he corrido durante mi vida y de que solo me ha preservado la bondad de Dios*. A la edad de cuatro años, dice el autor del *Memento*, me atacó una hidropesía, de la que nadie creía que llegase á sanar. A los catorce años tuve vi-

ruelas: una vez probando un caballo en un patio, le paré dos veces delante de la puerta de una cuadra hasta que desbocándose, atravesó dos puertas; que fue una especie de milagro que pudiera hacerlo sin matarme.

Siguen otros cinco ó seis accidentes de caballos que prueban el arrojo y serenidad de Rancé. He visto algunos borradores de Bonaparte cuando joven; Bonaparte iba clavando piquetes en el camino de la gloria como Rancé en el camino del cielo.

Estos peligros á que le exponía la casualidad hicieron grande impresión en una persona sesuda en quien empezaban á nacer graves reflexiones. Relacionándose con una mujer que ya había pasado de la primera juventud, Rancé hubiera debido echar de ver que la viajera había recorrido antes que él una parte de camino.

Madama de Montbazón fue objeto de la pasión de Rancé hasta el día que este vió ondear un cilicio entre las nubes de la juventud. «Mientras me ocupé de estas cosas criminales, dice un anacoreta, las abejas revolotean por la margen de los arroyos para libar la miel tan dulce á mi lengua que pronuncia tantas palabras injustas.»

Con arreglo á la idea que generalmente se forma de Rancé, no se verá sin admiración esta pintura de su primera vida, y sin embargo, no se puede dudar de estos hechos, pues que los refiere el mismo Le Nain, amigo de Rancé, y prior de la Trapa, encerrándolos en estas pocas palabras:

«Una juventud pasada en los placeres de la corte, en las vanas y aun reprobables investigaciones de las ciencias, después de haber abrazado el estado eclesiástico sin mas vocación que su ambición, que le arrastraba con una especie de furor y ceguera á las primeras dignidades de la Iglesia; este hombre, todo sumergido en el amor del mundo, se ordenó de sacerdote, y el que había olvidado la senda del cielo, es recibido doctor en la Sorbona. Tal fue la vida de Mr. Le Bouthillier hasta la edad de treinta años, siempre en festines, siempre en jaranas, en el juego, y en las diversiones del paseo y de la caza.»

Lo mismo ha dicho doscientos años después el cardenal de Bausset.

No habiendo podido conseguir el arzobispo de Tours, el principal ambicioso de su familia, obtener por coadjutor á su sobrino Rancé, le hizo nombrar, en calidad de arcediano de Tours, diputado á la asamblea del clero en 1645, y al mismo tiempo presentó su dimisión de limosnero mayor del duque de Orleans, después de haber obtenido que le sucediera en este cargo el abad. Dos años duró la asamblea del clero y solo durante el primero asistió á ella Rancé; allí estrechó los lazos que le unían al cardenal de Retz, capaz él solo de emponzoñar las naturalezas mas privilegiadas. En esta asamblea aumentó Rancé su reputación acudiendo en auxilio de Francisco de Harlay, arzobispo de Rouen, que luego fue arzobispo de París. El clero comisionó al abad Le Bouthillier para vigilar con los obispos de Vence y de Montpellier, una edición griega de Eusebio, ó según otros de Sozomeno ó de Sócrates. Nombrado limosnero mayor del duque de Orleans, firmó el formulario, pues aunque de conducta diferente en todo, seguía las doctrinas de Bossuet. Como parlamentario era fiel á la corte, y en varias discusiones que se suscitaron, manifestó grande inteligencia en los negocios, lo que le ocasionó algunos enemigos, hasta el punto de no faltar quien le aconsejase la retirada por no considerar segura su vida; temor infundado, pues Mazarino no era hombre que hacia asesinar. Rancé después de haber ido á dar las gracias á Gaston en Blois, se retiró á Veretz donde continuó sus alegres pasatiempos. Poco después ocurrió el accidente que cambió su vida.

Hay un silencio que agrada en todas estas cosas, hoy tan completamente ignoradas y que lo trasladan á uno á los tiempos pasados. Removiendo estos recuerdos que se van como polvo, ¿qué se saca sino una prueba mas de la vanidad del hombre? Dramas ya acabados que producen las fantasmas en los cementerios antes de la primera hora del día.

LIBRO II.

Existe un tratado de 230 páginas en dozavo, impreso en Colonia, por Pedro Marteau en 1685, con estos dos títulos: *Los verdaderos motivos de la conversión del abad de la Trapa, con algunas reflexiones sobre su vida y escritos, ó los Coloquios de Timócrates y Filandro sobre un libro titulado: Los santos deberes de la vida monástica*. En otra ocasión hablaré de esta segunda parte; lo que de ella voy á citar actualmente no es mas que por incidencia. Dice así:

«Ya os he dicho que el abad de la Trapa era muy enamorado. Su último galanteo fue con una duquesa famosa por su hermosura, y que después de haber felizmente evitado la muerte al pasar un río, la halló pocos meses después. El abad, que iba de cuando en cuando al campo, se hallaba en él cuando ocurrió esta muerte imprevista. Sus criados, que no ignoraban su pasión, cuidaron de ocultarle aquel triste suceso que supo á su vuelta.» No hay una palabra de verdad de lo que se cuenta de la duquesa de Montbazón, dice el memorialista, fuera de las cosas que han dado curso á esta ficción. Yo se lo pregunté francamente al abad de la Trapa, y hé aquí lo que me respondió.

La autoridad sería decisiva si la respuesta fuese perentoria. En vez de explicarse, el duque de Saint-Simon pasa á contar las relaciones de Rancé con los personajes de la Fronza; pero por lo demás asegura, como el P. Gervaise, que la duquesa murió de sarampion; que Rancé estaba junto á ella; que no la dejó ni un instante y que la vió recibir los sacramentos. «Después, añade, se fué el abad á su quinta de Veretz, lo cual fue el principio de su separación del mundo.» De estas finales palabras puede colegirse hasta qué punto se enojaba Saint-Simon. Los contemporáneos admiradores de Rancé, parecen haberse concertado para no hablar de su juventud, sin advertir que menoscaban la gloria de su héroe, haciendo menos meritorios sus sacrificios, cosa tanto mas extraña, cuanto dicen bastante para descubrir lo que omiten, unas veces anunciando que un religioso se había sepultado en la Trapa, por haber hecho lo que había turbado á Rancé, y otras que el mismo Rancé no cesaba de llorar sus fragilidades. «El abad de Rancé, entregado á todas las seducciones del mundo, dice el cardenal de Bausset, se precipitó en un género de vida poco adecuada á la santidad de su estado, y que degradaba en cierto modo el triunfo que había obtenido sobre su ilustre émulo... El abad de Rancé expiaba bajo el cilicio y el sayal los devaneos de su juventud.» Maupeon, uno de los tres historiadores contemporáneos del abad de la Trapa, había leído la relación Larroque, y la impugnó sin destruirla. Lo único nuevo que nos comunican es la exhortación que hizo Rancé á la moribunda.

Maupeon había compuesto una obra expresamente contra Larroque, y Rancé, al tener noticias de sus intenciones, se apresuró á escribirle: «Vuestra obra alentará á la crítica; dará ocasión á réplicas y me acarreará una infinidad de enemigos. Dios sabe lo mucho que os estimo y considero; mas con todo no puedo menos de suplicaros que renunciéis á la obra, si es posible. Estoy tan persuadido de que lo mejor es guardar silencio en esta ocasión, que nunca he querido que se imprimiese lo que había pensado poner en el prefacio de la segunda edición de las *Ilus-*

traciones, á pesar de ser ello tan moderado. Nada tengo que añadir á este billete, amigo mío, sino que nada os podré agradecer tanto como el que os conforméis con mi modo de pensar (1). (17 de marzo de 1686).

La vivacidad con que escribe Rancé á Maupeon revela grandes inquietudes. El P. Bonhours refutaba también los *Verdaderos motivos de la conversión del abad de la Trapa* en su diálogo 4.º, páginas 528 y 529; pero todo lo que dice se reduce á varias declaraciones sin pruebas.

Marsolier, segundo escritor de la vida de Rancé, guarda también silencio, pero Le Nain, el tercero, el mas completo, el mas seguro escritor de esta vida, había oído hablar de Larroque. Pedro Le Nain murió á la edad de 73 años siendo subprior de la Trapa. Como amigo y confidente de Rancé, se expresó de este modo en el libro III, cap. 9.º de la Vida del Reformador.

Además de todos estos libelos se publicó otro por un hugonote con este título: *Motivos de la conversión del abad de la Trapa*; pero el autor de las *Homilias familiares* sobre los mandamientos de Dios, tomo III, pág. 378, lo refuta admirablemente diciendo: «Se que un ministro hereje ha hecho cuanto ha podido por desacreditar á un santo abad, pero también me consta que toda la Francia y los países circunvecinos han considerado este miserable libro como un libelo infamatorio, y á su autor como un impostor que funda todas sus calumnias en juicios los mas temerarios que se pueden imaginar; como si para destruir las mas brillantes y sólidas virtudes, bastase decir temerariamente que no tienen otro origen mas que el orgullo del que las practica.» Así se exime Le Nain del cuidado de responder. Las aplicaciones del autor de las *Homilias familiares* son naturales, pero no destruyen ninguna aserción.

Un diluvio de reprobaciones católicas ha caído sobre el hecho aislado referido por una pluma protestante; pero si bien pueden imparcialmente negarse los errores asentados sobre la juventud de Rancé, no se pueden negar relaciones que atestiguan toda la historia: sin duda se ha pretendido, mostrando pecador á Rancé, disminuir la autoridad de los ejemplos de su virtud. Y sin embargo, ¿no debieron San Gerónimo y San Agustín sus últimas fuerzas á sus primeras flaquezas? Una confesión franca hubiera libertado á Rancé para siempre de las calumnias. No se le acusaba directamente de la culpa, es verdad, porque hubiera sido preciso acusar á toda la tierra; pero se acriminaba la vida entera de un hombre para consolarle de lo que callaba. Fuerza es reconocer, no obstante, que el silencio de Rancé es terrible, y que da que dudar á los mejores críticos: un silencio tan largo, tan profundo, tan completo, se alza ante nuestra mente como una barrera insuperable. ¿Y qué, un hombre no ha podido desmentirse un solo instante! ¿Cómo? ¡el silencio absoluto podría pasar por una verdad! Este dominio de un hombre sobre si mismo espanta. Rancé no dirá nada, se llevará to la su vida á su sepulcro. Es preciso temblar delante de semejante hombre.

Así es que ni los que desechan la anécdota de Larroque ni los que la admiten alegan prueba ninguna de su negación ó de su afirmativa. Los incrédulos no tienen en su favor mas que la inverosimilitud del ataud demasiado corto, y en efecto jera tan fácil alargarle para dar el espacio necesario á aquella hermosa cabeza que tantas veces se había reclinado en el seno de la vida! Pero supongamos con Saint-Simon, como él lo insinúa, que la degollación fue únicamente obra de un estudio anatómico, y todo se explicará. No sería imposible que después del fallecimiento de la duquesa de Montbazón, Rancé obtuviese la reliquia que

(1) Maupeon, tomo I, pág. 581.

rores del cielo, ya que considerase como licencias sacrilegas las que había obtenido, ya en fin que sintiese aquel espanto que se apoderaba de un reo demasiado joven cuando la Roma pagana le expedía dispensas de edad para morir, Rancé fué á esconderse á la Cartuja. Solo Dios lo vió en el altar. El futuro morador del desierto consagró sobre la montaña, al Oriente de Jerusalén, las primicias de su soledad.

«Lo que el mundo llama las pasiones hermosas, dice uno de los historiadores de Rancé, ocupaba su corazón: los placeres le buscaban, y él no huía de ellos. Jamás hombre alguno tuvo las manos mas limpias, gustó mas de dar ni menos de recibir.»

El presbítero Marsolier, cuyas palabras cito, estaba encargado de escribir la vida del reformador por orden del rey y de la reina de Inglaterra. Los preceptos de aquellas magestades caídas imprimen á la expresión del siervo de Dios aquel carácter atemperante y grave que inspira el infortunio en las altas gerarquías.

Mazarino no miraba con buenos ojos á los hombres que procedían de la Fronza; todavía gustaba menos de los protegidos de Richelieu y se oponía al adelantamiento de Rancé, adelantamiento á que tampoco se prestaba Rancé cuando no hallaba en él su conveniencia. Poco tiempo después de haberse ordenado de sacerdote rehusó el obispado de Lyon, cuyas rentas no le parecían bastante cuantiosas; la Bretaña además distaba demasiado de la corte. Cuenta el padre Gervaise que la caza era una de sus diversiones favoritas: «Mas de una vez se le ha visto, dice, después de haber cazado tres ó cuatro horas por la mañana, andar el mismo día en posta de 12 ó 13 leguas para ir á sostener una tesis en la Sorbona ó á predicar en París con tanta tranquilidad de espíritu como si acabara de salir de su despacho.» Habiéndole encontrado un día Champvallon en la calle, le dijo: «¿A dónde vas abad; qué te haces hoy?—Por la mañana, respondió, voy á predicar como un ángel, y por la tarde á cazar como un diablo.»

El presbítero de Marolles, en sus Memorias, cita á Rancé: «Era este abad, dice, de un carácter tan suave y de un talento tan cultivado, que si el rey hubiese tenido á bien nombrarle coadjutor del ilustrísimo señor arzobispo de Tours, su tío, este hubiese tenido una grandísima satisfacción, tanto por el bien de su diócesis, cuanto por el honor de su familia.» El arzobispo creyó al principio, continúa diciendo Marolles, que no había por mi parte en esto mas que pura cortesía; pero cuando conoció que me interesaba de veras á causa de las grandes esperanzas que fundaba en la capacidad del abad de Rancé, me dió las gracias.»

La inclinación militar de Rancé le llevaba á las escuelas de esgrima, y nada podía compararse á su alegría cuando lograba hacer saltar el florete de manos de un maestro de armas.

El traje de capricho del que debía vestir el sayal, era una ropilla morada de riquísimo paño; llevaba el cabello largo y rizado, dos esmeraldas en los vuelos y un soberbio diamante al dedo. En el campo ó cuando iba á caza, no se le veía encima ninguna insignia de los altares: «Llevaba, prosigue Gervaise, la espada á la cintura, dos pistolas en el arzon de su silla, una ropilla color de corza, y un corbata de tafetan negro de donde pendía un bordado de oro. Si cuando iban á verle personas graves se ponía una ropilla de terciopelo negro con botones de oro, creía hacer mucho y vestirse regularmente. Rara vez decía misa.»

Nos quedan algunas páginas de Rancé tituladas *Memoria de los peligros que he corrido durante mi vida y de que solo me ha preservado la bondad de Dios*. A la edad de cuatro años, dice el autor del *Memento*, me atacó una hidropesía, de la que nadie creía que llegase á sanar. A los catorce años tuve vi-

ruelas: una vez probando un caballo en un patio, le paré dos veces delante de la puerta de una cuadra hasta que desbocándose, atravesó dos puertas; que fue una especie de milagro que pudiera hacerlo sin matarme.

Siguen otros cinco ó seis accidentes de caballos que prueban el arrojo y serenidad de Rancé. He visto algunos borradores de Bonaparte cuando joven; Bonaparte iba clavando piquetes en el camino de la gloria como Rancé en el camino del cielo.

Estos peligros á que le exponía la casualidad hicieron grande impresión en una persona sesuda en quien empezaban á nacer graves reflexiones. Relacionándose con una mujer que ya había pasado de la primera juventud, Rancé hubiera debido echar de ver que la viajera había recorrido antes que él una parte de camino.

Madama de Montbazón fue objeto de la pasión de Rancé hasta el día que este vió ondear un cilicio entre las nubes de la juventud. «Mientras me ocupé de estas cosas criminales, dice un anacoreta, las abejas revolotean por la margen de los arroyos para libar la miel tan dulce á mi lengua que pronuncia tantas palabras injustas.»

Con arreglo á la idea que generalmente se forma de Rancé, no se verá sin admiración esta pintura de su primera vida, y sin embargo, no se puede dudar de estos hechos, pues que los refiere el mismo Le Nain, amigo de Rancé, y prior de la Trapa, encerrándolos en estas pocas palabras:

«Una juventud pasada en los placeres de la corte, en las vanas y aun reprobables investigaciones de las ciencias, después de haber abrazado el estado eclesiástico sin mas vocación que su ambición, que le arrastraba con una especie de furor y ceguera á las primeras dignidades de la Iglesia; este hombre, todo sumergido en el amor del mundo, se ordenó de sacerdote, y el que había olvidado la senda del cielo, es recibido doctor en la Sorbona. Tal fue la vida de Mr. Le Bouthillier hasta la edad de treinta años, siempre en festines, siempre en jaranas, en el juego, y en las diversiones del paseo y de la caza.»

Lo mismo ha dicho doscientos años después el cardenal de Bausset.

No habiendo podido conseguir el arzobispo de Tours, el principal ambicioso de su familia, obtener por coadjutor á su sobrino Rancé, le hizo nombrar, en calidad de arcediano de Tours, diputado á la asamblea del clero en 1645, y al mismo tiempo presentó su dimisión de limosnero mayor del duque de Orleans, después de haber obtenido que le sucediera en este cargo el abad. Dos años duró la asamblea del clero y solo durante el primero asistió á ella Rancé; allí estrechó los lazos que le unían al cardenal de Retz, capaz él solo de emponzoñar las naturalezas mas privilegiadas. En esta asamblea aumentó Rancé su reputación acudiendo en auxilio de Francisco de Harlay, arzobispo de Rouen, que luego fue arzobispo de París. El clero comisionó al abad Le Bouthillier para vigilar con los obispos de Vence y de Montpellier, una edición griega de Eusebio, ó según otros de Sozomeno ó de Sócrates. Nombrado limosnero mayor del duque de Orleans, firmó el formulario, pues aunque de conducta diferente en todo, seguía las doctrinas de Bossuet. Como parlamentario era fiel á la corte, y en varias discusiones que se suscitaron, manifestó grande inteligencia en los negocios, lo que le ocasionó algunos enemigos, hasta el punto de no faltar quien le aconsejase la retirada por no considerar segura su vida; temor infundado, pues Mazarino no era hombre que hacia asesinar. Rancé después de haber ido á dar las gracias á Gaston en Blois, se retiró á Veretz donde continuó sus alegres pasatiempos. Poco después ocurrió el accidente que cambió su vida.

Hay un silencio que agrada en todas estas cosas, hoy tan completamente ignoradas y que lo trasladan á uno á los tiempos pasados. Removiendo estos recuerdos que se van como polvo, ¿qué se saca sino una prueba mas de la vanidad del hombre? Dramas ya acabados que producen las fantasmas en los cementerios antes de la primera hora del día.

LIBRO II.

Existe un tratado de 230 páginas en dozavo, impreso en Colonia, por Pedro Marteau en 1685, con estos dos títulos: *Los verdaderos motivos de la conversión del abad de la Trapa, con algunas reflexiones sobre su vida y escritos, ó los Coloquios de Timócrates y Filandro sobre un libro titulado: Los santos deberes de la vida monástica*. En otra ocasión hablaré de esta segunda parte; lo que de ella voy á citar actualmente no es mas que por incidencia. Dice así:

«Ya os he dicho que el abad de la Trapa era muy enamorado. Su último galanteo fue con una duquesa famosa por su hermosura, y que después de haber felizmente evitado la muerte al pasar un río, la halló pocos meses después. El abad, que iba de cuando en cuando al campo, se hallaba en él cuando ocurrió esta muerte imprevista. Sus criados, que no ignoraban su pasión, cuidaron de ocultarle aquel triste suceso que supo á su vuelta.» No hay una palabra de verdad de lo que se cuenta de la duquesa de Montbazón, dice el memorialista, fuera de las cosas que han dado curso á esta ficción. Yo se lo pregunté francamente al abad de la Trapa, y hé aquí lo que me respondió.

La autoridad sería decisiva si la respuesta fuese perentoria. En vez de explicarse, el duque de Saint-Simon pasa á contar las relaciones de Rancé con los personajes de la Fronza; pero por lo demás asegura, como el P. Gervaise, que la duquesa murió de sarampion; que Rancé estaba junto á ella; que no la dejó ni un instante y que la vió recibir los sacramentos. «Después, añade, se fué el abad á su quinta de Veretz, lo cual fue el principio de su separación del mundo.» De estas finales palabras puede colegirse hasta qué punto se enajenaba Saint-Simon. Los contemporáneos admiradores de Rancé, parecen haberse concertado para no hablar de su juventud, sin advertir que menoscaban la gloria de su héroe, haciendo menos meritorios sus sacrificios, cosa tanto mas extraña, cuanto dicen bastante para descubrir lo que omiten, unas veces anunciando que un religioso se había sepultado en la Trapa, por haber hecho lo que había turbado á Rancé, y otras que el mismo Rancé no cesaba de llorar sus fragilidades. «El abad de Rancé, entregado á todas las seducciones del mundo, dice el cardenal de Bausset, se precipitó en un género de vida poco adecuada á la santidad de su estado, y que degradaba en cierto modo el triunfo que había obtenido sobre su ilustre émulo... El abad de Rancé expiaba bajo el cilicio y el sayal los devaneos de su juventud.» Maupeon, uno de los tres historiadores contemporáneos del abad de la Trapa, había leído la relación Larroque, y la impugnó sin destruirla. Lo único nuevo que nos comunican es la exhortación que hizo Rancé á la moribunda.

Maupeon había compuesto una obra expresamente contra Larroque, y Rancé, al tener noticias de sus intenciones, se apresuró á escribirle: «Vuestra obra alentará á la crítica; dará ocasión á réplicas y me acarreará una infinidad de enemigos. Dios sabe lo mucho que os estimo y considero; mas con todo no puedo menos de suplicaros que renunciéis á la obra, si es posible. Estoy tan persuadido de que lo mejor es guardar silencio en esta ocasión, que nunca he querido que se imprimiese lo que había pensado poner en el prefacio de la segunda edición de las *Ilus-*

traciones, á pesar de ser ello tan moderado. Nada tengo que añadir á este billete, amigo mío, sino que nada os podré agradecer tanto como el que os conforméis con mi modo de pensar (1). (17 de marzo de 1686).

La vivacidad con que escribe Rancé á Maupeon revela grandes inquietudes. El P. Bonhours refutaba también los *Verdaderos motivos de la conversión del abad de la Trapa* en su diálogo 4.º, páginas 528 y 529; pero todo lo que dice se reduce á varias declaraciones sin pruebas.

Marsolier, segundo escritor de la vida de Rancé, guarda también silencio, pero Le Nain, el tercero, el mas completo, el mas seguro escritor de esta vida, había oído hablar de Larroque. Pedro Le Nain murió á la edad de 73 años siendo subprior de la Trapa. Como amigo y confidente de Rancé, se expresó de este modo en el libro III, cap. 9.º de la Vida del Reformador.

Además de todos estos libelos se publicó otro por un hugonote con este título: *Motivos de la conversión del abad de la Trapa*; pero el autor de las *Homilias familiares* sobre los mandamientos de Dios, tomo III, pág. 378, lo refuta admirablemente diciendo: «Se que un ministro hereje ha hecho cuanto ha podido por desacreditar á un santo abad, pero también me consta que toda la Francia y los países circunvecinos han considerado este miserable libro como un libelo infamatorio, y á su autor como un impostor que funda todas sus calumnias en juicios los mas temerarios que se pueden imaginar; como si para destruir las mas brillantes y sólidas virtudes, bastase decir temerariamente que no tienen otro origen mas que el orgullo del que las practica.» Así se exime Le Nain del cuidado de responder. Las aplicaciones del autor de las *Homilias familiares* son naturales, pero no destruyen ninguna aserción.

Un diluvio de reprobaciones católicas ha caído sobre el hecho aislado referido por una pluma protestante; pero si bien pueden imparcialmente negarse los errores asentados sobre la juventud de Rancé, no se pueden negar relaciones que atestiguan toda la historia: sin duda se ha pretendido, mostrando pecador á Rancé, disminuir la autoridad de los ejemplos de su virtud. Y sin embargo, ¿no debieron San Gerónimo y San Agustín sus últimas fuerzas á sus primeras flaquezas? Una confesión franca hubiera libertado á Rancé para siempre de las calumnias. No se le acusaba directamente de la culpa, es verdad, porque hubiera sido preciso acusar á toda la tierra; pero se acriminaba la vida entera de un hombre para consolarle de lo que callaba. Fuerza es reconocer, no obstante, que el silencio de Rancé es terrible, y que da que dudar á los mejores críticos: un silencio tan largo, tan profundo, tan completo, se alza ante nuestra mente como una barrera insuperable. ¿Y qué, un hombre no ha podido desmentirse un solo instante! ¿Cómo? ¡el silencio absoluto podría pasar por una verdad! Este dominio de un hombre sobre si mismo espanta. Rancé no dirá nada, se llevará to la su vida á su sepulcro. Es preciso temblar delante de semejante hombre.

Así es que ni los que desechan la anécdota de Larroque ni los que la admiten alegan prueba ninguna de su negación ó de su afirmativa. Los incrédulos no tienen en su favor mas que la inverosimilitud del ataud demasiado corto, y en efecto jera tan fácil alargarle para dar el espacio necesario á aquella hermosa cabeza que tantas veces se había reclinado en el seno de la vida! Pero supongamos con Saint-Simon, como él lo insinúa, que la degollación fue únicamente obra de un estudio anatómico, y todo se explicará. No sería imposible que después del fallecimiento de la duquesa de Montbazón, Rancé obtuviese la reliquia que

(1) Maupeon, tomo I, pág. 581.

había adorado. Margarita de Valois y la duquesa de Nevers hicieron embalsamar las cabezas de Coconnas y de la Mole, sus amantes decapitados, y las conservaron entre las prendas de su amor. (Diario de Enrique III).

Todos los poetas han adoptado la versión de Larroque, y todos los religiosos la han rechazado, en lo cual han hecho bien, pues hería la delicadeza de sus virtudes, y no podían destruir la relación de Larroque con un mentís apoyado en un documento irrecusable; al lector indiferente, sin embargo, le es lícito, á falta de pruebas positivas, examinar pruebas negativas. Ya he hecho observar, que Marsolier nada dice de la duquesa de Montbazón: silencio favorable á la opinión de Larroque: el mismo Marsolier añade esta reflexión á su silencio: «La muerte y la desgracia de varias personas con quienes tenía Rancé estrechos vínculos le conmovieron profundamente: un horrible vacío, dice, ocupaba mi corazón siempre inquieto, siempre agitado y nunca contento: me conmovió sobre todo la muerte de algunas personas, y la insensibilidad en que las ví en aquel terrible momento que iba á decidir de su eternidad, y resolví retirarme á un sitio donde pudiese vivir desconocido del resto de los hombres.»

En los corredores de la Trapa, entre varias inscripciones, se leía esta sacada de San Agustín: Retenebamus las fruslerías de las fruslerías y las vanidades de las vanidades, antiguas amigas mías (*Retinebamur nugurum, et vanitates vanitatum antiquae amicae meae*). En uno de sus pensamientos, Rancé observa que «los que mueren, bien ó mal, suelen morir unas para aquellos á quienes dejan en el mundo, que para ellos mismos.»

Bossuet, transmitiendo á Rancé las oraciones fúnebres de la reina de Inglaterra y de madama Enriqueta, le escribe: «He mandado enviaros dos oraciones fúnebres, que porque manifiestan la miseria del mundo, pueden figurar entre los libros de un solitario, y que en todo caso puede mirar como dos calaveras harto tristes.»—¿Sabía por ventura Bossuet lo que se contaba de madama de Montbazón? ¿Aludía tal vez á la cabeza de aquella mujer al enviar otras dos cabezas á conversar con ella?

La especie de formidable chanza que le dirige no parece que tiene relación con la ligereza de la primera vida de Rancé y la severidad de su segunda vida? Es fama que se enseñaba en la Trapa la cabeza de madama de Montbazón en la estancia de los sucesores de Rancé, cosa que niegan los solitarios de la Trapa resucitada: los recuerdos antiguamente conservados no veían tal vez la frente de la víctima tan despojada como la había dejado la muerte. En la relación de los viajes del caballero de Bertin se halla este pasaje: «Ya hemos llegado á Anet. La estatua de Diana de Poitiers de cuerpo entero, no es sin duda tan interesante como la cabeza misma de madama de Montbazón llevada á la Trapa por el abad de Rancé, y conservada en la estancia de sus sucesores.»

Tampoco son de despreciar las indicaciones de los poetas. Madama de Tencin, que nació en 1681 (y que por consiguiente fue 19 años contemporánea de Rancé), escribió las *Memorias del conde de Comminges*, abundantes en recuerdos: en ellas madama de Montbazón se convierte en aquella Adelaida, misteriosa solitaria que se da á conocer por el ardor con que cava su sepultura. ¿Quién dió nacimiento á este género de ideas? Resortes son estos muy diferentes de las insensatas invenciones y de las ideas disformes que actualmente se agitan en las tinieblas. El nombre de Comminges está tomado del obispo con quien se paseaba Rancé por los Pirineos: muchas veces sucede que se buscan personajes extraños para ocultar relaciones directas, y un hombre que hostiga la memoria se desliza en ella bajo mil disfraces. Nos ha quedado

una aventura contada por Maupeon, de dos hermanos enamorados de la misma mujer, y que después de haberse batido, vivieron muchos años en la Trapa sin reconocerse; hay una composición de Florian sobre Lainval y Arsenia; una heroína de Colardeau que describe la muerte de la duquesa de Montbazón.

Desesperado, loco, á mi morada
el paso dirigía,
y el alud y la cabeza amada
á mi lado veía.

Rancé había hecho pintar en la Trapa á San Juan Climaco lanzando gemidos, y á Santa Maria Egipciaca asistida por San Zósimo, y para ambos cuadros compuso inscripciones. En el epigrama de doce versos latinos dirigidos á la penitente se leía:

Ecce, columba gemens, sponsi jam sanguine leta.

Añádese á estas semi-indicaciones la desesperación de Rancé, y fórtese el lector la opinión que quiera. Los anales humanos se componen de muchas fábulas mezcladas con algunas verdades; todo el que está consagrado al porvenir, guarda en el fondo de su vida una novela para dar origen á la leyenda, reflejo de la historia.

El día mismo en que murió madama de Montbazón, Rancé tomó la posta y se retiró á Veretz, creyendo hallar en la soledad consuelos que no hallaba en ninguna criatura; pero el retiro no hizo mas que aumentar su dolor: una negra tristeza sucedió á su alegría; las noches le eran insoportables, pasaba los días vagando por los bosques, por las márgenes de los ríos y de los estanques, llamando por su nombre á la que ya no podía responder.

Cuando consideraba que ya no existía aquella criatura que brilló en la corte con mas esplendor que ninguna otra mujer de su siglo, que sus encantos habían desaparecido, y que ya no volvería á ver á aquella persona que le había elegido entre tantos otros, se admiraba Rancé de que su alma no se separase de su cuerpo.

Como había estudiado las ciencias ocultas, apeló á las supersticiones usadas para resucitar á los muertos. El amor traía á su memoria cultivada el sacrificio de Simeta, procurando atraer á un infiel con uno de los nombres de un gorrión consagrado á Venus; invocaba á la luna y á la noche; experimentaba todas las angustias y todas las palpitaciones del que espera: pero en vano! la muerte había hecho cometer á madama de Montbazón la eterna infidelidad; nada se apareció en aquellos sombríos y solitarios sitios que suelen frecuentar los espíritus (1).

Empero si Rancé no tuvo las visiones de los poetas de la Grecia, tuvo una visión cristiana. Paseábase un día por las arboledas de Veretz, cuando le pareció que empezaban á arder unas granjas inmediatas: vuela hacia el incendio, pero este disminuye á medida que él se acerca; á cierta distancia desaparece y se convierte en un lago de fuego, en medio del cual se alza hasta medio cuerpo una mujer devorada por las llamas. Lleno de terror echa á correr hacia la quinta; le faltan las fuerzas al llegar, y tiene que echarse en una cama: estaba tan fuera de sí, que no fue posible en el primer momento arrancarle una sola palabra (2).

Al fin se calmaron estas convulsiones del alma, y no le quedó de ellas á Rancé mas que la energía de donde emanan las resoluciones vigorosas.

Fray Juan Bautista de Latour, prior de la Trapa, escribió una vida de Rancé, de que quedaron algunas copias manuscritas, y de que se citan algunos pasajes; entre otros este, en que habla el mismo Rancé: «Mientras yo seguía los descarrios de mi corazón, no solo

(1) Fray Gervaise: *Juicio crítico, pero justo, de las vidas del difunto señor abad de Rancé*, pág. 160 y sig.
(2) Maupeon.

bebía como agua iniquidad, sino que cuanto leía y oía del pecado solo servía para hacerme mas culpable. Llegó, en fin, el dichoso tiempo en que le pongo al padre de las misericordias convertir sus ojos hacia mí: ví al despuntar el día el monstruo infernal con quien había vivido, y fue tan prodigioso el espanto de que me sentí dominado al aspecto de aquella tremenda visión, que no creo posible que se me pase en toda mi vida.»

Rancé recurrió á la penitencia, y la madre Luisa, antigua querida de Gaston, duque de Orleans, religiosa de la Visitación de Tours, le indicó por director al P. Seguenot, de cuya dirección pasó á la del padre de Monchy hombre instruido y de buen nacimiento.

De todas partes le llegaban á Rancé avisos bajo diferentes formas. Oigamos la curiosa anécdota que refiere en las *Obligaciones de los Cristianos*:

«Un día me encontré con un pastor que conducía un rebaño por una gran campiña; un temporal le había obligado á refugiarse bajo la copa de un árbol para guarecerse de la lluvia y el viento. Díjome que era para él un gran consuelo pastorear aquellos sencillos é inocentes animales, y que no quería dejar la tierra por ir al cielo, sino creyera encontrar en él «campiñas y rebaños que apacentar.»

En Veretz, en vez de complacerse en la antigua casa de sus delicias, Rancé la vió con disgusto. La plata y el oro resplandecían en los muebles: la molición misma se hubiera hallado allí demasiado cómoda, dice un clásico de aquella época. Los salones estaban adornados con excelentes cuadros, los jardines deliciosamente arreglados: mucho era esto para un hombre que nada veía ya mas que al trasluz de sus lágrimas. Pronto lo reformó todo; la frugalidad reemplazó al lujo de su mesa; despidió á la mayor parte de sus criados; renunció á la caza, y se abstuvo del dibujo, al que era en extremo aficionado.

Algunos amigos, convertidos como Rancé á pensamientos cristianos, se asociaron á él para empezar aquellas mortificaciones de que debía dar tan grandes ejemplos. Parecía que jugaba á la penitencia para aprenderla antes de practicarla: es curioso asistir á aquella conquista del hombre sobre el hombre: «O el Evangelio me engaña, solía repetir Rancé, ó esta casa es la de un réprobo.»

Precisado á ir á París para un asunto, hospedóse en el Oratorio. Mucho le costaba sofocar aquellos pensamientos que por tanto tiempo había abrigado, y que aun entre los sepulcros perseguían á un gran solitario: San Gerónimo llevaba á cuestas cargas de arena por las áridas orillas del mar Muerto para ahogar en el sudor sus pensamientos. Yo también he recorrido aquellas orillas bajo el peso de mi agitado espíritu. Dos tentadoras buscaron á Rancé; dijéronle que no eran comparables en la hermosura á quien lloraba, pero que le profesaban un afecto no menos vivo que cualquiera de los que había inspirado. Rancé asió un crucifijo y huyó...

Aconsejaron algunos á Rancé que se consagrara á las misiones. Ir á las Indias, vagar por entre los penascos del Himalaya!... Había en esto analogía con la grandeza y la melancolía del alma de Rancé; pero estaba reservado á otro destino.

Impulsado por sus desgracias, retenido por sus hábitos, todavía no había renunciado Rancé á sus empleos. Habiendo llegado su época de servicio, como limosnero del duque de Orleans, pasó á Blois: ya había insinuado al príncipe algunas ideas de retiro: la profesión de la madre Luisa había madurado en Gaston estos pensamientos. La pecadora convertida oraba en la Visitación, en Tours, para hacer violencia á la misericordia de Dios. Convino en que Gaston se retirara al palacio de Chambor con doce de sus mas fieles servidores, y Rancé fue elegido para

acompañar al príncipe, que espiró allí poco tiempo después...

Entonces escribió Rancé á Arnault d'Andilly la carta siguiente:

Blois 8 de febrero de 1660.

«No hubiera tardado tanto en escribiros á no haberme impedido la enfermedad y muerte de Su Alteza. Confiésoos que habiéndole asistido cuanto he podido en los últimos momentos de su vida, estoy tan traspasado de dolor, que no acierto á volver en mí: solo nos queda el consuelo de que ha muerto con todos los sentimientos y toda la resignación que debe tener un verdadero cristiano en la voluntad de su Dios. Al principio de su enfermedad recibió á Nuestro Señor, y él mismo cuidó de pedirlo segunda vez en el Viático con grandes demostraciones de una fe viva de un gran desprecio de las cosas de este mundo. ¿Qué lección para los que no están desprendidos de ellas y para los que están persuadidos de su vanidad y trabajan por romper con ellas! Este pobre príncipe dijo en la mañana del día de su muerte estas propias palabras: *Domus mea, domus desolationis*; y como quisieran persuadirle que no estaba tan malo como creía, replicó: *Solum mihi superest sepulcrum*; en seguida pidió la Extrema-Unción, y dijo, que estaba conforme con la voluntad de Dios; en fin, estoy persuadido de que el Señor le ha sido misericordioso. No puedo referiros las circunstancias de su muerte; os escribo desde Blois, con un constipado que no me deja sosegar. Os ruego que pidais á Dios que me haga la merced de dejarme sacar todo el provecho que debo de un suceso tan terrible como este...»

Mostróse Rancé tan tierno en aquella ocasión, que todos deseaban tenerle á su lado en el momento supremo; creíase no poder bien morir sino entre sus manos, como otros habían querido vivir en ellas. No bien hubo espirado Gaston cuando lo abandonaron sus familiares: Rancé quedó casi solo junto al cadáver... Luego se retiró á su provincia de Mans, donde estuvo escondido dos meses y hasta mudó de nombre, cual si temiera ser reconocido y detenido á las puertas del cielo.

Al fin resolvió llevar á cabo el proyecto que meditaba hacia mucho tiempo de someter su futura conducta al consejo de los obispos de Aleth y de Comminges: el 21 de junio de 1660 escribió á la madre Luisa: «Mañana parto á escondidas de todos mis amigos.» El 27 del mismo mes llegó á Comminges: lo mismo llegué yo á Granada después de un terremoto, revolviendo quimeras en mi mente, después del desastre de la Vega.

El obispo de Comminges iba á hacer la visita de su diócesis, en la que le acompañó Rancé.

Hallaron en las cavernas circunvecinas algunos cristianos que apenas tenían aspecto humano. El obispo aliviaba su miseria, los reunía, se sentaba en medio de ellos sobre la yerba de los ribazos. El abad de Rancé se sentía profundamente conmovido, considerando que el buen pastor había buscado de aquella suerte á sus ovejas descarriadas.

Un día se estaba paseando solo con el obispo por un sitio muy solitario desde donde se descubrían los mas altos Pirineos: «Notó el obispo (copio las palabras de Marsolier) que el abad recorria con la vista las montañas con una atención que le hacía parecer distraído; y sospechando que hubiera en ello algun misterio, le dijo, que no parecía sino que estaba buscando un sitio donde poder construir una ermita. Sonrojóse el abad; pero como era sincero, confesó que tal era en efecto su pensamiento, y que creía que no podía hacer cosa mejor.—Si así es, repuso el obispo, ¿á nadie podeis dirigiros mejor que á mí: yo conozco estas montañas, que he recorrido muchas veces al

hacer mis visitas, y he visto en ellas sitios tan horribles y apartados de todo comercio que, por exigente que seáis, no podrán menos de satisfaceros.—Persuadido el abad de que su interlocutor hablaba seriamente, le instó con aquella vivacidad que le era natural á enseñarle aquellos sitios.—Me guardaré muy bien de hacerlo, dijo el obispo; esos sitios son tan tentadores, que si una vez los veis será imposible arrancaros de ellos.—Después de haber visitado al obispo de Comminges, fué Rancé á visitar al de Aleth. «El lugar de su residencia, escribía Rancé, es espantoso, y está rodeado de altas montañas, á cuyo pie hay un torrente que se precipita con mucho estruendo y rapidez.»

Estos pasos de nuestras antiguas costumbres refrescan la fantasía. Es una delicia asistir á las conversaciones del abad de Rancé sobre la legitimidad de los

bienes que se pueden ó no se pueden poseer, sobre lo que es lícito conservar, sobre lo que es de obligación devolver, sobre la cuenta que debemos á Dios de nuestras riquezas. Estos escrúpulos de conciencia eran entonces los negocios principales: al lado de nuestros padres somos unos pigmeos: el hombre era entonces estimado, cualquiera que fuese su condición; el pobre era pesado con el rico en la balanza del santuario: esta igualdad moral le hacía sobrellevar las desigualdades políticas. Bruno en los Alpes, Pablo en la Tebaida, no quisieron abandonar su retiro como no hubiera querido Rancé dejar los Pirineos, pero estas últimas montañas tenían un peligro: su sol era demasiado espléndido, y desde sus cimas podía fácilmente lanzarse el pensamiento á las moradas de Inés y de Jemena.

Largo tiempo después del viaje de Rancé una ca-



RANCÉ.

brera, muchacha de doce años, que llevaba sus cabras á la parroquia de Alan, diócesis de Comminges, cayó en una sima exclamando: «¡Jesús!» Apareciósele una señora vestida de blanco, que le dijo: «Nada temas» y la sacó del precipicio. Dijo la niña á la santa Virgen (pues ella era) que se le había perdido su rosario, y la Virgen le dió uno, recomendándole que mandase á un sacerdote que hiciese edificar una capilla en el sitio en que se había caído. El obispo de Comminges, antiguo huésped de Rancé, escribió sobre esto á la Trapa, y Rancé, desde el fondo de su abadía, aconsejó la erección de una capilla dedicada á Nuestra Señora de San Bernardo, cuyas ruinas son la primera piedra miliaria de Rancé en la soledad.

Los obispos de Comminges y de Aleth habían reprochado al principio los designios extremados de Rancé, aconsejándole aquella moderación que es el carácter de la virtud: «No pensais, le decían, mas que en vivir

para vos.» El obispo de Aleth aprobaba que Rancé se deshiciese de su hacienda, pero se oponía á su inclinación á la soledad: «Esa inclinación, repetía, no siempre viene de Dios: muchas veces la inspira un grande hastío del mundo, hastío cuyo motivo no siempre es puro.»

Convencido en lo tocante al peligro de los bienes, no lo estaba igualmente el abad en punto al desierto. Cedia en cuanto al abandono de sus beneficios; convenía en que un abad comendatario no estaba en la mente de la Iglesia; pero nunca oía hablar sin terror de una abadía regular. Muchas veces había exclamado: «¡Yo meterme fraile!» Su correspondencia con sus amigos da testimonio de sus perplejidades: «Mis cuidados exteriores son los menores de mi vida: no puedo defenderme de mí mismo.»

Todo es frágil; después de haber vivido algo, no se sabe si se ha vivido bien ó mal. El obispo de Aleth se

mantuvo primero en las opiniones que le habían merecido al efecto de Rancé; acordábase de haber conversado con el futuro solitario á trescientos pasos de la casa del obispo, á la orilla de un río, como los ancianos de Platon hablaban de las leyes en la montaña de Creta. Bajemos el tono de la lira, mudemos los interlocutores y el soplo del mismo torrente nos traerá palabras llenas de otras quimeras. Muchos años perseveró el obispo de Aleth en las sanas doctrinas: luego llegó el momento fatal. Madame de Saint Loup escribió sobre ello á Rancé el 29 de enero de 1697, y Rancé, que llegaba á su fin, no tuvo mas consuelo que las lágrimas. El obispo de Aleth cedió al doctor Arnault y á M. de Vaucelles, doctoral de Aleth: se retiró á los Países-Bajos y fue enviado oscuramente á Roma por sus correligionarios bajo el nombre de Valoni. La in-

fidelidad había perdido su grandeza: Arrio no caía ya del medio del concilio de Nicea arrastrando consigo una parte de la cristiandad.

En Veretz, á donde siempre volvía, vió Rancé conjurada contra él una familia numerosa, amigos descontentos; criados afligidos. Queriendo reducirse á la pobreza, experimentaba las dificultades que cuesta el enriquecerse. No se podía saber cuál era el móvil que le impulsaba, porque desde la muerte de madama de Montbazon, jamás, excepto en su primera desesperación, había salido de su boca el nombre de esta mujer; pero se adivinaba en él una pasión reprimida que daba á sus menores actos el interés de un combate desconocido.

Estos recuerdos de la tierra eran un odio de la vida, convertido en él en una verdadera idea fija. Su extin-



ENCUENTRO DE RANCÉ CON UN PASTOR.

guida esperanza de la humanidad se parecía al estoicismo de los antiguos, con la diferencia de que atravesaba por el cristianismo. Los platónicos de la escuela de Alejandría se mataban para llegar al cielo, pero ¡qué de angustias para una pobre alma cuando lucha en semejante situación! En ella experimenta los diversos movimientos del suicidio, de la incertidumbre y del terror, antes de haber tomado su resolución.

«Os confieso, dice el abad de la Trapa en sus cartas, que no veo un solo hombre en el mundo con el menor placer. Pronto hará seis años que no hablo mas que de desprendimiento y retiro, y todavía está por dar el primer paso, y entre tanto se acaba la carrera de la vida, y llega la vigilia después del sueño, y se halla uno sin trabajo. Tanto deseo de verme olvidado que ni siquiera pienso que he existido.»

Vendió su vajilla de plata y distribuyó su importe en limosnas, recriminándose por las dilaciones que había puesto en socorrer á los necesitados. De dos hermosas casas que tenía en París hizo á los hospitales donación formal ante escribano: por último sacrificio, se deshizo de su quinta de Veretz, pero por un resto

de flaqueza dió la preferencia á las ofertas de uno de sus parientes, que no pudo realizarlas, por lo que se traspasó la adquisición al abate de Elfiat, favorito de Ninon de Nenclos. Los 100,000 escudos que recibió Rancé de la venta pasaron inmediatamente á las administraciones de los hospitales.

Existen unas cartas modernas fechadas en Veretz: ¿quién ha osado escribir en este sitio después del gigantesco penitente? En los bosques de Larca, propiedad antiguamente de Rancé, en los parques de Montbazon, entre nombres que recordaban una antigua vida, se halló el 11 de abril de 1823, un cadáver. El 10 de abril, al caer la tarde, se oyó una voz que decía: «¡Me han muerto!» Una mujer escondida entre la enramada con su amante, había sido testigo de un asesinato, del asesinato de Courier. Las opiniones de este célebre publicista habían reducido en Veretz su intimidad á rivalidades mezquinas: sinsabores que á nadie interesan, gemidos que van á perderse en el mudo Océano, que avanza sobre nosotros. Acaso algún tordo repite ahora el acto trágico en los bosques donde arrastró Rancé sus miserias. Courier había escrito en

la *Gaceta de la aldea*: «Los ruiseñores cantan y la golondrina llega.» Como hijo de Atenas, transmitió a sus amigos el canto de la vuelta de la golondrina.

Courier, sabio helenista, alma de fuego, libelista vigoroso, había tenido la desgracia en Florencia de manchar con tinta una hoja de Longo; luego el editor de un pasaje perdido de *Dafnis y Cloe* vino a sepultarse en los sitios que había habitado el editor de Anacronte.

Si los árboles, bajo los cuales fue muerto Courier, existen todavía, ¿qué ha quedado en aquellas sombras, qué queda de nosotros en los sitios por donde pasamos? ¿Creería por ventura Pablo Luis Courier que la inmortalidad podía ceñir el cilicio y encontrarse en las lágrimas? El reformador de la Trapa se hizo mas grande en Veretz; el autor del *Folleto de los Folletos* se hizo mas pequeño. La vida con todo su peso descendió sobre un espíritu que se había erguido para desafiar al cielo. ¡Cosa notable! Courier, el filósofo, se despidió del mundo con las mismas palabras que Rancé, el cristiano, había perdido en los bosques: «Apartad de mis labios el cáliz; amarga es la cicuta!»

A mediados del siglo XVIII, Veretz pertenecía al duque de Aiguillon, ministro de Luis XV; este ministro de perdición, como todos los hombres de entonces, hizo imprimir en él algunos ejemplares de la *Collección de piezas escogidas*, páginas obscenas e impías de la princesa de Conti. La quinta de Veretz fue demolida durante la revolución, piscina de sangre donde se lavaron las inmundicias que habían manchado a la Francia. En Veretz y en la Trapa, Rancé dejó las dos partes de que se componía su alma: en Veretz la ligereza, la irreligión, las malas costumbres, que fueron seguidas de una destrucción completa; en la Trapa la gravedad, la santidad, la penitencia que han sobrevivido a todo.

Después de la venta de Veretz, Rancé se deshizo de sus beneficios, no reservándose mas que un retiro malsano para morir en él; la Trapa. Cuando Luis XIV empuñó las riendas del Estado, la Francia se dividió; unos fueron a pelear con los extranjeros y otros se retiraron al desierto. Tres grandes soledades se vieron entonces, la Cartuja, la Trapa y Puerto-Real, y la Francia respiró a cubierto detrás de sus guerreros y de sus anacoretas. El siglo XVIII ha querido borrar a Luis XIV, pero su mano se ha desgastado queriendo raspar el retrato. Napoleón ha venido a colocarse bajo la cúpula de los inválidos, como para asegurar la gloria de Luis. En vano se han reunido en el Museo de Versailles, reproducidas en el lienzo las victorias del imperio; esas pinturas no han podido borrar los recuerdos de las victorias del siglo XVII: Napoleón no ha hecho mas que traer encadenados a Luis XIV, los reyes que Luis XIV había vencido. Bonaparte ha hecho su siglo; Luis fue hecho por el suyo: ¿qué vivirá mas, la obra del tiempo, o la del hombre? En la sepultura de Luis habla la voz del genio bajo todas sus formas; en la sepultura de Napoleón, no se oye mas que la voz de Napoleón.

Antes de hablar de los personajes que pone en escena, la Grecia nos introduce en el teatro de sus acciones: Prometeo ahorrado habla con el Océano; los siete jefes delante de Tebas juran sobre su escudo negro; los persas lloran al aparecerse la sombra de Dario; Edipo rey, se presenta en la puerta de su palacio; Edipo en Colona se para junto al bosque de las Euménides; pronto a dejar su destierro; Filoctetes exclama: «¡Adios, dulce asilo de mi miseria!»

Los escritores de la vida de los Padres del desierto, griegos de nacimiento, han sido fieles a este antiguo uso: ellos nos muestran a Pablo, primer ermitaño, escondido bajo una palma; a Antonio, primer solitario, encerrándose en un sepulcro; a Pacomio, primer institutor de los cenovitas, sentado en una piedra en Tebas. No iremos tan lejos con Rancé, antes bien

nos quedaremos cerca de Versailles: a treinta leguas de las escaleras de mármol del palacio, que todavía no estaban manchadas de sangre, hallaremos las austeridades de la Tebaida, y el rumor de la corte nos llegará como el murmullo de las oleadas del siglo.

¿Qué era la casa de Dios cuando Rancé se retiró a ella?

La casa de Dios se llama hoy la Trapa. Trapa en la jerga de Perche, significa gradas, que verosimilmente se deriva de *Trapan*, y siendo esto así, Nuestra Señora de la Trapa significará Nuestra Señora de las Gradass.

Fundó la abadía de la Trapa en 1122 Rotrou, segundo de este nombre, conde del Perche. Rotrou había hecho voto, al volver de Inglaterra, de erigir, si escapaba de un naufragio que le amenazaba, una capilla en honor de la Virgen: el conde, milagrosamente salvado, para conservar la memoria de su aventura, hizo dar al tejado de su iglesia votiva la forma de un buque volcado. Rotrou III, hijo del fundador, acabó la construcción de la capilla que se había convertido en monasterio. Rotrou III partió para la primera cruzada y trajo de Palestina reliquias que su hijo depositó en la nueva basílica, a la cual nada faltó de la historia de aquellos tiempos, pues tuvo voto, naufragio y peregrinación.

Luis VII era rey de Francia y San Bernardo primer abad de Claraval, cuando se fundó la abadía de la Trapa. Serlon IV, abad de Savigny, la reunió a la Orden del Cister en 1144: diferentes papas la protegieron, Alejandro III, Clemente III, Inocente III, Nicolás III, Bonifacio VIII, Juan XXI y Benedicto XII. San Luis había tomado bajo su protección a Nuestra Señora de la Casa de Dios de la Trapa, a fin, dice el real diploma, de que los religiosos vivan libres, quietos, exentos de todo subsidio, *sint liberi, quieti, exenti ab omnibus subsidiis*.

Este gran nombre de San Luis se mezcla a todos los orígenes de la monarquía. San Luis es el fundador de los monumentos de la Europa gótica, desde Nuestra Señora de París hasta la Santa Capilla en París.

Por un antiguo menologio, y por una recapitulación de las sepulturas, se supone que hubo diez y siete abades de la Trapa desde el primero, que lo fue el P. Albode hasta el cardenal Dubellay, primer abad comendatario, bajo el reinado de Francisco I, en 1526.

Habiéndose ido a la Cruzada en 1212 el P. Herberto, abad, con Reinaldos de Dampierre y Simon de Monfort, fue hecho prisionero por el califa de Alepo y estuvo cautivo treinta años: libertado en fin, fundó la abadía de *Clairnets* en la dependencia de la Trapa. Llama la atención el epitafio del décimo sexto abad, a causa de su nombre: el P. Roberto Rancé. La *Galia Cristiana* no hace mención de ninguno de estos últimos pormenores.

La abadía de la Trapa no estaba fortificada como algunos otros monasterios, cuyos abades, como Abbon de París, esgrimían valerosamente la espada: así es que durante los dos siglos que talaron la Francia los ingleses, la Trapa fue saqueada varias veces, señaladamente en el año 1410.

Según los Pauillés, la abadía poseía las *Tierras rojas*, los *bosques de Grimonard*, el *camino de la Encina de Beroult*, los *Brezos* (Bruyeres), los *Nuevos Estanques* y los arroyos que salen de ellos. ¿Por dónde pasaba el camino de la Encina de Beroult? ¿De dónde provenía la inmortalidad de aquella encina que no pasaba de los límites de su sombra? Los Brezos que se extienden hacia ese horizonte ¿son por ventura los mismos que se mencionan en los Pauillés? Ahora acabo de atravesarlos; como hijo de la Bretaña me gustan los arenales: su flor de esterilidad es la única que no se ha marchitado en mi ojal. Allí se alzaba tal vez la torre de la castellana, que consumió sus días en las lágrimas, aguardando a su marido que no volvió de

a guerra santa con el abad Herberto. ¿Quién nacia, quién se moría, quién lloraba aquí? ¡Silencio! en lo alto del cielo los pájaros vuelan hacia otros climas. La vista busca en los restos del bosque del Perche las campanillas derribadas; solamente quedan algunos cimbanillos de paja; aunque los *sings* anuncian todavía la oración de la tarde, ya no se oye resonar entre la niebla aquella campana llamada en Aubrac la campana de los *Perdidos*, que llama a los errantes, *errantes revoca*. ¡Oh! costumbres antiguas! nunca mas renacereis, y si renaciérais, ¿volveríais a hallar el encanto que debeis al polvo que os cubre?

Existen unos apuntes conocidos en la Orden de los Benedictinos con el nombre de *Tarjetas*, es decir, asientos de visita ó inspección: el del año 1685 está firmado por Fr. Domingo, abad del Vall-Richer, y describe el estado de la Trapa antes de la reforma de Rancé. Las puertas estaban abiertas día y noche, y lo mismo los hombres que las mujeres entraban libremente en el claustro: el zaguán estaba tan oscuro que mucho mas parecía el de un cárcel que el de una Casa de Dios. Los pisos superiores estaban situados de modo que era peligroso subir a ellos; al entrar en el claustro se veía un tejado, cóncavo ya, que a la menor lluvia se llenaba de agua; las columnas en que estaba estaban encorvadas, los locutorios servían de cuartos.

El refectorio no tenía de tal mas que el nombre. Los frailes y los seglares se reunían en él para jugar a los trucos cuando el calor y el mal tiempo no les permitía hacerlo al aire libre.

El dormitorio estaba abandonado, y era digno asilo de los pájaros nocturnos, pues estaba igualmente expuesto al granizo, a la lluvia, a la nieve y al viento; cada hermano dormía donde le acomodaba y como podía.

No estaba la iglesia en mejor estado: baldosas rotas, piedras dispersadas; las paredes amenazando ruina... El campanario estaba a pique de venirse abajo, tanto que no se podían tocar las campanas sin que todo él se bamboleara.

El terreno que rodeaba la Trapa era muy pantanoso, y el aire solo soportable para los que desearan la muerte: todo aquel valle estaba cubierto de densos vapores. «Dificil es, escribe Rancé a madama de Guise, que sane de mis incomodidades a la edad que tengo y con el aire que respiramos; solo a la situación del país debo achacarlas. Dios, que ha tenido a bien ponernos en él, sabía los males que debía ocasionarnos: ¿qué importa el lugar donde se vive si es preciso morir!»

El P. Le Nain cuenta que «los espíritus impuros tenían su residencia en el monasterio, y se nutrían de los excesos que se cometían en él. Allí habitaban bandadas por no haber nadie que los ahuyentase.»

El P. Felibien da nueva vida a estas descripciones, manifestando en ellas el renacimiento del culto cristiano.

«Lo primero que se ve al entrar son estas palabras de Jeremías, escritas sobre la puerta del claustro: *Sedebit solitarius et tacebit*.

«La iglesia no tiene nada considerable mas que la santidad del lugar: está construida al estilo gótico y muy particular, y no deja de tener algo de augusta y de divino: el remate del lado del coro representa al parecer la popa de un navío.

«Lo verdaderamente digno de consideración es como celebran el oficio estos religiosos, pues se los ve cantar las alabanzas del Señor con voz firme y tono grave. Nada conmueve mas el corazón ni eleva mas el espíritu que oírlos en maitines. Como su iglesia no está iluminada mas que por una sola lámpara suspendida delante del altar mayor, la oscuridad unida al silencio de la noche es causa de que el alma se deje poseer de aquella sagrada unción derramada en

«todos los salmos. Ya estén sentados, ya de pie, ora se arrodillen, ora se prosternen, siempre lo hacen con una humildad tan profunda que bien se ve que la sumisión de su espíritu es todavía mayor que la de su cuerpo.»

Al introducir el abad de Rancé la reforma en su abadía, los mismos frailes puede decirse que no eran mas que ruinas de religiosos: reducido al número de siete, este resto de cenovitas estaba desnaturalizado por la abundancia ó por la desgracia. Mucho tiempo hacia que los frailes se habían hecho dignos de severos cargos. Ya en el siglo oncenno declara Adalberon, «que un fraile se ha transformado en soldado.» En Normandía un superior, por haber reprendido a sus frailes, fue azotado por ellos despues de su muerte. Abelardo, que intentó en Bretaña usar de severidad, se vió expuesto al veneno: «Vivo, decía, en un país bárbaro, cuya lengua me es desconocida; mis paseos son las orillas de un mar agitado, y mis frailes no son conocidos mas que por sus desórdenes.» Todo ha cambiado en Bretaña, a manera de las olas que cambian siempre.

Iguales peligros corrió Rancé: apenas habló de reforma, hablaron los frailes de acuchillarlo, de envenenarlo ó de tirarlo a los estanques. Un caballero de las cercanías, antiguo y valeroso soldado, M. de Saint-Louis, acudió en su auxilio; pero Rancé rehusó su generosa ayuda diciendo que los apóstoles habían establecido el Evangelio a despecho de las potencias de la tierra, y que en último resultado no hay felicidad mayor que la de morir por la justicia.

El abad amenazó a sus religiosos con informar al rey de sus desórdenes. Este nombre del rey había penetrado hasta el fondo de los mas oscuros retiros. Hasta entonces no habíamos conocido mas que el despotismo irregular de los reyes que contrastaban las públicas libertades, obras de los Estados generales, y ejecutadas por los parlamentos; pero aun no había obedecido la Francia a aquel gran despotismo que imponía el orden sin dejar discutir sus principios. Bajo el reinado de Luis XIV, la libertad no fue mas que el despotismo de las leyes, sobre las cuales se alzaba como regulador la inviolable arbitrariedad. Esta libertad esclava tenía algunas ventajas: lo que se perdía en franquicias en lo interior, se ganaba fuera en dominios: el francés estaba sujeto, pero la Francia era libre.

Los frailes dieron de mala gana su consentimiento para la reforma. Hízose un contrato en virtud del cual se concedieron 400 libras de pensión a cada uno de los siete religiosos, con facultad de quedarse en la abadía ó de retirarse a otra parte; este contrato se aprobó en el parlamento de París, el 6 de febrero de 1663.

Rancé continuaba siempre perplejo acerca de sí mismo. Dos hermanos de la Estrecha Observancia, llamados de Perseigne, llegaron y tomaron posesión de la Trapa.

Un accidente que ocurrió el 1.º de noviembre de 1662 contribuyó a fijar la resolución de Rancé. Su cuarto, en el monasterio que había acabado de reparar, se vino abajo y estuvo a pique de matarle. «Esta es la vida,» exclamó. En seguida se retiró a un rincón de la iglesia, donde oyó cantar el salmo *Qui confidunt in Domino*, y se dijo a sí mismo herido de una súbita luz: «¿Por qué he de temer abrazar la profesión monástica? Así se desvanecieron las dificultades de su espíritu.»

Saló para París a fin de pedir al rey licencia para poner en regla la abadía de la Trapa. Algunos santos hombres quisieron disuadirle de su resolución; pero él dijo al abad de Pierres, vicario general de la Estrecha Observancia: «No veo otra puerta a que poder llamar para volver a Dios mas que la del claustro; no tengo mas recurso despues de tantos desórdenes que el de ceñirme un saco y un cilicio, y meditar sobre mi vida en la amargura de mi corazón.»

El abad le respondió: «Yo no sé si comprendéis bien lo que pedís, *nescis quid petis*. Sois sacerdote, doctor de la Sorbona y además hombre de calidad; criado en la delicadeza y en el lujo, estais acostumbrado á vivir grandemente y á comer bien; podeis de un momento á otro llegar á ser obispo; vuestro temperamento es sumamente débil, y pedís ser fraile, que es el estado más abyecto de la Iglesia, el más penitente, el más escondido y aun el más despreciado. Tendreis en lo sucesivo que vivir en las lágrimas, en los trabajos, en el retiro, y que estudiar solo á Jesús crucificado. Pensadlo seriamente.» Entonces respondió el abad de Rancé: «Es verdad, soy sacerdote, pero he vivido hasta aquí de un modo indigno de mi carácter; soy doctor, pero no sé el alfabeto del cristianismo: hago algun papel en el mundo, pero he sido como aquellos postes que enseñan los caminos á los viajeros, y que nunca se mueven.» El abad de Prieres se sintió vencido.

En algunas cartas que ha tenido la bondad de comunicarme Mr. Cousin, Rancé hace la historia de los combates que tuvo que sostener en aquella época. Las cuatro primeras alcanzan desde el año 1661 al 1664, y están dirigidas al obispo de Aleth.

«No puedo comprender, dice, cómo he tenido valor para abrazar una profesion que no admite mas que almas llenas de desprendimiento, y cómo, estando mis pasiones tan vivas, me atrevo á entrar en un estado que es verdadera muerte. Ruégoos, señor ilustrísimo, que pidais á Dios mi conversion en una circunstancia que debe decidir de mi eternidad, y que despues de haber violado tantas veces los votos de mi bautismo, me conceda la gracia de cumplir los que le voy á hacer, y que son como una renovacion de aquellos, con tanta fidelidad que repare en algun modo los estravíos de mi vida pasada.»

Rancé escribía á sus amigos el 13 de abril de 1663: «Estoy persuadido de que os sorprenderé cuando seáis la resolución que he formado de dar el resto de mi vida á la penitencia. Si no me retuviese el peso de mis pecados, muchos siglos de la vida que quiero abrazar no podrian compensar un momento de la que he pasado en el mundo.»

El abad de Prieres se empleó principalmente cerca de la reina madre, para obtener del rey que Rancé pudiese dirigir conforme á reglase abadia. Concediólo Luis XIV, pero con condicion de que, muerto ese abad regular, la Trapa volveria á ser encomendada. El 20 de mayo de 1663 se despachó la real cédula que se envió á Roma para que la confirmase Su Santidad. Noticioso el obispo de Comminges de que Rancé estaba en Perseigne para empezar su noviciado, fué á verle y le dijo que temia que en su ardor fuese tan lejos que nadie pudiese seguirle. El abad replicó que se moderaría y engañó al obispo: conversacion entre dos soldados; el uno ha aprendido á medir el peligro, el otro nunca lo ha calculado.

En 1662, Rancé fué á visitar la Trapa y á echar una ojeada sobre la eterna soledad que iba á habitar. Vió los estanques que se retiran y se elevan subiendo el antiguo bosque del Perche, y de los cuales faltan ya muchos: vió aquellas grandes hojas solitarias que flotaban sobre las aguas como un pavimento, y por entre las cuales hacian oír las aves acuáticas algunos gritos, y titubeó entre aquel profundo retiro y su priorato de Bolonia, que le agradaba, porque estaba situado en unos bosques bastante cercanos al mar; pero al cabo se decidió por la Trapa, á causa de cierta secreta afinidad entre las soledades de la religion y las soledades de su tiempo pasado.

En aquellos dias Rancé escribía al obispo de Aleth: «Como las cosas que dejo y mi separacion de los cuidados exteriores son las menores ligaduras de mi vida; como no puedo deshacerme de mí mismo, pues donde quiera me hallo tan miserable como siem-

prelo he sido, os suplico que pidais á Dios mi conversion.»

El obispo de Aleth, como ya hemos visto, no era un guia seguro. En la confusion de las doctrinas de la época, el amigo en cuyo brazo se apoyaba uno, tomaba al primer recodo otro camino y le dejaba á uno plantado.

Conociendo Rancé que estaba rodeado de compañeros tibios, tomó una firme resolución: salió de las filas, rompió la línea; desertó de un ejército que no le seguía y se fue derecho de París á Perseigne á aprender la nueva profesion que se habia propuesto abrazar. El abad de Perseigne lo recibió con alegría, pero temblando. Al cabo de cinco meses de noviciado, se declaró en Rancé una enfermedad de que habla en sus cartas; enfermedad tanto mas peligrosa cuanto por mucho tiempo habia estado disimulada. Los médicos le desahucaron si no abandonaba la vida monástica: el abad se obstinó, se hizo llevar á la Trapa y sanó. De vuelta á Perseigne escribió al obispo de Aleth: «Ya está á punto de terminar el tiempo de mis pruebas, y sin embargo, mi corazón sigue lleno de miserias.»

Entonces dijo un adios general al mundo. De una nueva carrera se lanzó en seguimiento del Hijo de Dios, y no se paró hasta el pie de la cruz.

Durante su noviciado lo emplearon útilmente para su Orden. La reforma se habia establecido en el monasterio de Champaña: los frailes resistian, y la nobleza apoyaba á los frailes. Este momento de peligro interrumpió el noviciado de Rancé, que tuvo que acudir al socorro de la Estrecha Observancia. Veinte y cinco caballeros conducidos por el marqués de Vassé, bajo pretexto de una partida de caza, se presentaron en una abadía con ánimo de expulsar al partido de los reformados, cuando llegó Rancé, y preguntándoles qué querian. Vassé, que le reconoció al instante y que le debía antiguos favores, se llegó á él, le abrazó, y consintió en dejar en paz á los religiosos.

Cuando volvió á Perseigne, el prior habló de enviarle á Turena, pues aun duraba su noviciado; pero el postulante se rehusó á ello, diciendo que aquel viaje le exponia á peligros.

Dos veces emplea esta palabra el historiador sin comprenderla; la explicacion es que la quinta de Veretz, aunque vendida, estaba en el camino; los peligros que amenazaban á Rancé eran sus recuerdos. Admirado de la resistencia, el prior escribió al abad de Prieres que el nuevo fraile le parecia un hombre muy apegado á su opinion. El abad de Prieres quiso hablar á Rancé, pero este le ganó por la mano yendo á verle á cuatro leguas de París: el grande conspirador de la soledad le encantó, porque el abad Le Bouthillier tenia delicadezas difíciles de distinguir de la verdadera humildad: un relámpago de la vida pasada del hombre del mundo penetraba en las asperezas de la Fe.

Antes de pronunciar sus votos en Perseigne, Rancé volvió á la Trapa, donde leyó su testamento, por el cual daba á su monasterio todo lo que le quedaba. En él se acusa de haber sido, por su incuria, causa de un gran número de malversaciones; declara que habla sin exageracion, sin exceso; protesta que su confesion es tan sincera cual si estuviese ante el tribunal de Jesucristo, y abandona á sus hermanos todos sus muebles, y particularmente sus libros. «Si por sucesos que no puedo prever, dice, acabase la reforma en la Trapa, doy mi biblioteca al hospital de París para que se venda en beneficio de los pobres y de los enfermos.»

Parece que Rancé tenia un presentimiento de las desgracias que siglo y medio despues cayeron sobre su abadia. Dejó su biblioteca á sus religiosos, ¡el que no queria que ningun fraile se ocupase en estudios!

Aquí se ve por última vez á madama de Montbazon,

astro de la tarde, hermoso y funesto, que va á desaparecer para siempre bajo el horizonte. Segun dice fray Gervaise, Rancé tenia muchas cartas y dos retratos de aquella mujer: el uno la representaba cual estaba el día de su boda, y el otro como estaba en el momento en que quedó viuda: estos secretos de amor estaban confiados á la custodia de la religion; la madre Luisa tenia para vigilar aquellos depósitos la debilidad y la fuerza necesarias, la indulgencia de una mujer que ha pecado y el valor de una mujer que se arrepiente. La mañana misma de sus votos, Rancé escribió á Tours mandando quemar las cartas y enviar los retratos á M. de Soubise, hijo de madama de Montbazon. Romper con las cosas reales es nada, pero ¡con los recuerdos! El corazón se parte al separarse de los sueños, tan poca realidad hay en el hombre.

Otra carta escrita á la madre Luisa el 14 de Junio de 1664, dice estas palabras: «Espero con humilde paciencia el feliz instante que debe inmolarme para siempre á la justicia de Dios: empleo todos mis momentos en prepararme á esta grande accion. Nada temo ya sin que el olor de mi sacrificio no sea grato á Dios; porque no basta darse, pues bien sabeis que no bajó el fuego del cielo sobre el sacrificio de aquel desgraciado que ofrecia á Dios víctimas que no le eran gratas.»

Nunca se ha parado la atencion en esta queja, que sale del corazón de Rancé como de aquellas cavidades armoniosas de las montañas que repiten el mismo sonido, esta queja no indica su objeto, antes se confunde con las acusaciones que el doliente dirige á la vida. Resuelto á sepultarse en la Trapa, Rancé hizo un viaje á su priorato de Bolonia porque estaba en medio de los bosques y porque desde él se descubria el mar, última imagen del mundo; luego se dirigió á la Trapa para sepultarse en medio de aquellos jardines solitarios, como antiguamente los soberanos de Babilonia.

Llegaron al fin los despachos de la corte de Roma para regularizar la abadia de la Trapa. Rancé hubiera querido regenerarse con Fr. Bernier, antiguo religioso de la Trapa, hombre de mala vida hasta entonces y movido al fin por la gracia; pero Fr. Bernier no estuvo pronto hasta cuatro meses despues. El 26 de junio de 1664 hizo profesion Rancé en manos de Fr. Miguel de Guiton, comisario del abad de Prieres, vicario general, con otros dos novicios, uno de los cuales llamado Antonio, habia sido criado de Rancé; de servidor que era, Antonio llegó á ser el igual de su amo en los allanamientos del Cielo. Cuatro dias despues, Pedro Felibien tomó, en nombre del abad de Rancé, posesion de la abadia de la Trapa, en calidad de abad regular. Rancé recibió la bendicion abacial de manos del obispo irlandés de Arda, asistido por el abad de San Martin de Sees. Al día siguiente pasó el abad de la Trapa á su monasterio, y sin embargo escribía á uno de sus amigos: «Mi disposicion no es mas que una pura resignacion á la Providencia. «Rogad á Dios por mí.»

Esta primera residencia de Rancé en la Trapa, no fue larga. Por todas partes hacia restaurar la abadia, pero mientras daba nuevos reglamentos para el coro y la oracion, y mientras aceleraban sus trabajos los carpinteros y los albañiles, fue llamado á París á la asamblea general de las comunidades regularizadas. Aquel jóven, antes tan dependiente de la opinion del mundo, acudió al sitio de la reunion en una carreta como un mendigo, afectacion de que no pudo eximir su vida. La asamblea lo nombró para ir á Roma á abogar por la causa de la reforma. Antes de su partida, se ebocó con el cardenal de Reiz, que se habia adelantado hasta Commercy; luego Rancé volvió por algunos dias á la Trapa, donde se ocupaba como el mas humilde de los hermanos, diciendo: «Somos menos pecadores que los primeros religiosos del Cister? Tenemos menos necesidad de penitencia?» Hacianle presente,

que siendo mas débiles, no podian ya los hermanos practicar las mismas austeridades. «Decid, respondia, que tenemos menos celo.» Por unánime consentimiento los religiosos se privaron del uso del vino y del pescado, y de allí á poco del de la carne y los huevos. Introdújose entre ellos un modo decoroso de hablar y de tratarse recíprocamente, respetando en sí mismos al hombre rescatado, si despreciaban al hombre caído.

En la distribucion del trabajo, le tocó á Rancé una porcion de un terreno inculto: al primer golpe de la azada, encontró un objeto duro; era un monton de antiguas monedas de oro de Inglaterra; sesenta habia del valor cada una de siete francos: rara disposicion de la Providencia para ayudar á Rancé á hacer su viaje. Convocado que hubo á sus frailes, se despidió de ellos. «Apenas tengo tiempo, les dijo, para recordaros estas palabras de San Bernardo: *Hijo mio, si supieras cuáles son las obligaciones de un fraile, no comerias un bocado de pan sin regarlo con tus lágrimas.*» Luego añadió: «Ruego á Dios que tenga compasion de vosotros como de mí, y que si nos separa en el tiempo, nos reuna en la eternidad.»

Los religiosos se prosternaron para pedir á Dios la conservacion de su abad.

El nuevo Tobias partió para Ninive, no para casarse con la hija de Raquel, porque la hija de Raquel ya no existia. El viajero que acompañaba á Rancé no era Rafael, sino el espíritu de la penitencia; este espíritu no se ponía en camino para reclamar dinero, sino miseria. Al que va errante por el campo de las santas é imperecederas Escrituras donde faltan la medida y el tiempo, solo le llama la atencion el ruido de la caída de algo que se precipita en la eternidad.

El grande expiator encontró en Chalons-Sur-Saone al abad del Vall Richer, designado para ser su compañero de viaje. En Lyon besó la urna que encerraba el corazón de S. Francisco de Sales: cruzó los Alpes, y llegó á Turin, donde no vió el Santo Sudario. En Milan llamó su atencion el sepulcro de San Carlos Borromeo: ¡Felices los muertos cuando son santos! en el cielo encuentran su mañana. Santa Catalina en Bolonia atrajo la veneracion de Rancé; estas eran las antigüedades que él buscaba, pues hacia consistir su arrepentimiento en no ver nada: sus ojos estan en cerrados á aquellas ruinas de las que el abate de La Mennais nos hace una pintura admirable: «Soberbios palacios dice, se degradan de año en año, ostentando todavia por sus ventanas abiertas á la lluvia y á todos vientos, los vestigios de un fausto de que no hay memoria en nuestras mezquinas construcciones modernas de un lujo grandioso y delicado, cuyas maravillas realizaron á porfia las diversas artes. La naturaleza, que nunca envejece, se apodera poco á poco de aquellas suntuosas villas, obras altaneras del hombre y frágiles como él. Nosotros hemos visto á las palomas hacer su nido en las cornisas de una sala pintada por Rafael, al silvestre cabra-higo meter sus raíces en los rotos mármoles, y al liquen cubrirlos con sus anchas chapas verdes y blancas.»

En Florencia, el peregrino no preguntó por Dante ni por Miguel Angel. Rancé recibió honores de la duquesa de Toscana. En fin, entró en la ciudad de los santos apóstoles. ¡Oh Roma! ¡aun vuelves á aparecer! ¿Será esta tu última aparicion? ¡Ay de la edad para la cual la naturaleza ha perdido sus felicidades! Países encantados donde nada le espera á uno, son áridos: ¿qué amables sombras veré en el porvenir? ¡Ninguna! Solo las nubes que pasan sobre una cabeza cana.

Rancé llegó el 16 de noviembre de 1664, seis semanas despues que el abad del Cister, que acudia para oponerse á la Estrecha Observancia, y el 2 de diciembre del mismo año fue llamado á la audiencia del papa en Monte-Cavallo. El papa le acogió con estas palabras:

Adventus vester nos solum gratus est nobis, sed expectavimus eum.

«No solo nos es agradable vuestra venida, mas la esperábamos.»

Su Santidad recibió con respeto cartas de la reina Madre, de Mademoiselle, del príncipe de Conty y de madama de Longueville, cuyas firmas contrastaban con las virtudes actuales de Rancé: en Roma no se tomaban en cuenta las costumbres, sino las clases. En su arenga latina, Rancé dijo al papa Alejandro VII: «Santisimo Padre, dejando los monasterios adonde nos han obligado á retirarnos nuestros pecados, venimos á escuchar á vuestra Santidad como al oráculo por el cual se digna el Señor hacernos conocer su voluntad.»

No tranquilizó bastante esta sumisión al papa para que no se creyese Rancé obligado á explicarse: «Los padres de la Trapa, dijo, no habían pensado en sustraerse á la jurisdicción eclesiástica para ir á someterse á la de los tribunales seculares;» punto delicado, por el cual supo Rancé determinar luego en su favor las decisiones de Luis XIV. Resolvióse que Su Santidad cometeria el exámen de la Estrecha Observancia al juicio de una congregación de cardenales. Rancé se retiró satisfecho, y escribió estas palabras, cayendo en la ilusión que se experimenta en el Vaticano: «Dos horas y media pasé al lado de Su Santidad, pues estuvo bondadísimo conmigo.»

Rancé fué á ver al padre Bona, que luego que llegó á ser cardenal, le conservó su amistad. Nombró el papa comisarios para examinar el caso. El furor de ser pobre y de desaparecer de la sociedad, parecía en Roma una locura declarada. Rancé recibió aviso de que no obtendría lo que deseaba, y que el comer ó no comer carne, era cosa diferente para la gloria de Dios. A principios del año de 1665, supo Rancé que las decisiones de los cardenales no le serían favorables, y que algunas cartas llegadas de Francia le perjudicaban: presentóse en el Vaticano donde se bendijo á la ciudad y al mundo, y en donde él no fue bendecido.

El negocio porque había ido Rancé á Roma, no obtenía favor; vivir como un mendigo desagradaba á la púrpura romana. Por otra parte, las órdenes monásticas de la Comun Observancia rehusaban enmendarse; se trataba á los reformadores de hombres singulares, propensos al cisma; la Regla Estrecha no halló entre las grandes congregaciones de Roma mas eco que la voz de unos frailes desconocidos de un valle del Perche. En vano protegió á Rancé Ana de Austria; la perspicacia italiana veía que la madre de Luis XIV, declinaba hácia la sepultura, y en Roma la sepultura aunque sea soberana, no tiene ningún crédito. Entonces Rancé, viendo su causa perdida, se puso en camino para la Trapa. Apenas salió de Roma, su empresa se calificó de furia francesa.

Noticioso el abad de Prieres de la llegada de Rancé, le escribió el 24 de febrero de 1665 que volviese á Italia, y Rancé, aunque persuadido de la inutilidad de este segundo viaje, obedeció. Un desconocido quiso hacerle aceptar una bolsa en que había cuarenta luises; pero él no quiso tomar mas que catrice.

El Apenino volvió á ver en sus cumbres á aquel viajero que no escribía ni llevaba diario de sus acciones. Luego llegó al Vaticano y recorrió inútilmente la escalera principal desierta, hollada por tantas pisadas borradas, y de donde tantas veces habían bajado los destinos del mundo. Dirigió una súplica á los cardenales, entre los cuales hubo uno que se enfureció; las reclamaciones de la indigencia le indignaban. El abad de Rancé respondió: «No es la pasión, eminentísimo señor, no es la pasión la que me hace hablar, sino la justicia.»

«Aquel grande hombre, dice Pedro Lenain, trataba los asuntos como los tratan los ángeles con la

paz de su corazón y una perfecta sumisión á las órdenes del cielo.»

Cuando Rancé fué á Roma en 1664, y cuando volvió en abril de 1665, Alejandro VII, Fabio Chigi, ocupaba la tiara. En este segundo viaje, el cardenal de Retz, coadjutor, recibió bien á su amigo el convertido, y le ostigó á aceptar hospedaje en su casa; pero Rancé no sacó ningún fruto de su ayuda, salvo algunas audiencias inútiles que le hizo obtener del papa.

La grandeza de las campañas romanas no hizo impresión en el alma de Rancé, pues aun no habían nacido estas especies de ideas: sin embargo, San Francisco había cantado la hermosura de la creación, nacida de la bondad de Dios. Muchas imágenes dignas de la melancolía había en aquel suelo poblado de grandes memorias; Rancé hubiera podido caminar con los últimos pasos del día por la cima del Soracte; desde lo alto del monte Mario, hubiera visto las playas de Civita-Vecchia; en Ostia hubiera hallado la arena deleznable. Lord Byron designó su sepultura en las riberas del Adriático. Pero nada agradaba á Rancé, cuyo corazón estaba mas triste que su pensamiento.

Sin embargo, si no se hubiera embestado demasiado en la dolorosa meditación de sus culpas, en Roma misma hubiera hallado con qué contentar su fervor. Donde quiera se le presentaban á la vista oratorios en terrenos abandonados y ruidosos, sembrados de flores en aquellos asilos de que ha hecho la siguiente pintura el P. Lacordaire:

«Al son de una campana se abrian con una especie de dulzura y de respeto todas las puertas del claustro: ancianos encanecidos y serenos, hombres de una precoz madurez, mancebos en quienes la penitencia y la juventud dejaban un matiz de hermosura desconocida del mundo, todos los tiempos de la vida aparecían juntos bajo una misma vestidura. La celda de los cenovitas era pobre, bastante capaz para contener un jergón, una mesa y dos sillas; un crucifijo y algunas piadosas imágenes formaban todo su ornato. Desde esta tumba, que habitaba durante sus años mortales, pasaba el religioso á la sepultura que precede á la inmortalidad, y ni aun allí se separaba de sus hermanos vivos y muertos. Tendíanlo vestido con sus hábitos bajo el pavimento del coro, y su polvo se mezclaba al polvo de sus abuelos, mientras que las alabanzas del Señor cantadas por sus contemporáneos y sus descendientes del claustro, hacían palpar todavía lo que quedaba de sensible en sus reliquias. ¡Oh amables y santas casas! Augustos palacios se han construido sobre la tierra; sublimes sepulturas se han erigido, moradas casi divinas se han consagrado á Dios; pero jamás el arte y el corazón del hombre han ido mas allá que en la creación del monasterio.»

Disgustado así en sus negociaciones como en sus sentimientos, Rancé se encerró en su vida. Asistió á un criado que estuvo á la muerte: inflexible para sí mismo, doblegaba su vida para los otros. No bebía mas que agua, no comía mas que pan; su gasto diario no pasaba de seis óbolos, precio de un par de palomas; pero se abstenia de esas dulces aves que cuestan tan baratas. No pudiendo abogar por Dios cerca de los hombres, procuraba abogar por los hombres cerca de Dios. «No quería ver dice Maupeou, ni los antiguos monasterios, ni los antiguos monumentos de la magnificencia romana, circos, teatros, arcos triunfales, trofeos, pórticos, columnas, pirámides, estatuas y palacios, imitando en esto al célebre Amonio que, acompañando á Atanasio por Roma, no quiso ver en ella mas que el famoso templo dedicado á los apóstoles S. Pedro y S. Pablo. Rancé frecuentaba las iglesias, y pasaba horas rezando en aquellos habitáculos olvidados sobre tantas colinas célebres.»

La penitencia salida de Roma andaba errante por las cercanías; pobre *piferario* de los Abruzzos, hacia oír el son de su zampoña delante de una imagen de Maria. A veces Rancé se internaba solo por el laberinto de las sepulturas, basamento de la ciudad viva. Acaso no hay nada mas considerable en la historia de los cristianos que Rancé orando á la luz de las estrellas, apoyado en los acueductos de los Césares, á la puerta de las catacumbas: el agua se derrumbaba con estruendo por cima de las murallas de la ciudad eterna mientras que la muerte entraba silenciosamente debajo por la tumba.

Bien habria querido Rancé pasar las fiestas de Navidad en un convento de su orden, pero desistió de esa idea cuando supo por un fraile viejo que no se leía durante la comida ninguna obra piadosa, y que se jugaba á los naipes despues de cenar. Confinado en su casa escribía: «Aquí paso mi vida en un desaliento y en una miseria que no acierto á expresar. Roma me es tan insoportable como me lo era en otro tiempo la corte. Nada os diré de las curiosidades de Roma, porque no la veo ni me siento con ningún deseo de verla. Mi único consuelo es el que encuentro en las sepulturas de los príncipes, de los apóstoles y de los santos mártires, á donde me retiro lo mas frecuentemente que puedo.»

Viendo, en fin, frustrados todos sus afanes, pensó Rancé en volverse, llevando consigo algunas reliquias que le habia dado el obispo de Porfiria, sacristan de Alejandro VII. San Bernardo se volvió joven todavía á su convento con un diente de San Cesáreo. Antes de dejar á Roma, Rancé obtuvo del Papa licencia para retirarse á la Gran Cartuja: esta licencia existe todavía, y es como el breve de un sueño. Rancé no ejecutó todo el bien que habia soñado; en compensación de las buenas intenciones perdidas, se ven en los *Olim* intenciones de culpas que nunca cometió. El espíritu del reformador andaba errante por donde quiera que no habia hombres; no se separaba mas que á la orilla de un prado, ó junto á la hoguera de un pastor.

Luego que bajó de Italia, Rancé visitó en el valle de Absinto, el polvo del gran abad de Claraval, si es que se encierra allí aquel polvo. Allí quiso quedarse, pero no se lo consintieron. El abad de Prieres habia puesto á Rancé bajo la dirección del abad del Vall-Richer, á quien llamaban en el siglo, Domingo Jorge: los héroes de Homero tenían nombres vulgares para los pueblos.

No se vió, pues, á Rancé suspendido en los abismos de San Bruno, ó unido á la tumba de San Bernardo; esto hubiera sido mas brillante para el poeta, menos grande para el santo. Dios, que tenia sus designios, llamó á Rancé á la Trapa á fin de establecer en ella la Esparta cristiana.

Rancé obtuvo del santo padre una audiencia de despedida. Provido de una bendición, partió en el mes de abril, acompañado de la sentencia del pontífice, que condenaba la Estrecha Observancia. Lo mismo ha sucedido en nuestros dias al autor de la *Indiferencia en materia de religion*: halagado á su salida del Vaticano, partió seguido del rescripto que lo expulsaba del gremio de la Iglesia. Pero el abate de La Meneais, rechazado por la reforma, ha perseverado en creer que al fin se efectuará: está persuadido de que saldrá una voz, no se sabe de dónde; el Espíritu de santidad, de amor, de verdad, llenará de nuevo la tierra degenerada.

Esto piensa el inmortal compatriota, cuya separación en la última ribera lloraria con amargas lágrimas. Rancé, que se apoyaba en Dios, consumió su obra; el abate de La Meneais se ha inclinado sobre el hombre: ¿saldrá triunfante? El hombre es frágil, y el génio abruma: la caña, al quebrantarse, puede horadar la mano del que la tomó para apoyo.

Aquí comienza la nueva vida de Rancé, aquí rompe con su juventud, la ahuyenta y no la vuelve á ver. Hemos considerado á Rancé en sus extravíos, vamos á verlo ahora en sus austeridades: la penitencia era su retaguardia; poníase á su cabeza, daba frente, y embestia con ella al mundo. Parecía en su exterior, dicen los historiadores, una magestad que no puede proceder mas que del Dios de Magestad. Aquellos á quienes su conciencia remordía de alguna cosa, no se atrevían á ir á verle, persuadidos de que conocía divinamente lo que ellos mas ocultaban. «¡Quién me dará, exclamaba, las alas de la paloma para huir de la compañía de los hombres!» En mis tiempos de poesía, yo tambien puse estas palabras de la Escritura en un canto de mujer (1). El himno de Rancé termina con estas palabras: «Las criaturas me siguen á todas partes; me importunan, y por mis ojos entran en mi espíritu y llevan á él consigo la inquietud. Cerremos los ojos, oh alma mia, y apartémonos tanto de todas estas cosas, que no podamos verlas ni servirnos de ellas.»

Despues de estas exaltaciones, se sorprendía al fraile con los ojos levantados al cielo: entonces era inmerso; se engrandecía con toda la gloria eterna. Hay cuadros que representan á San Francisco en las orillas del mar enfrente de una multitud de angelitos reunidos en las peladas ramas de unos árboles.

El 20 de mayo de 1666 vió de nuevo á Rancé en los oscuros caminos del Perche. No eran aquellos los restos de la Via Apia, ni de la Via Claudia: Rancé no traía ningún recuerdo de Roma, donde se han formado tantas pasiones, de donde no han querido volver tantos hombres. Los Troyanos se quedaron en Alba con sus dioses. Ni siquiera habia cogido Rancé para unir las flores de la primavera que empezaba á renacer en la Trapa, aquellas tuberosas morales que crecen en el desmoronado cerco de Roma, donde los vientos mantienen en continua oscilación sus móviles cálices.

Habíanse suscitado disensiones entre el prior y el subprior; el primero habia llenado las celdas de muebles inútiles, habia disminuido el trabajo manual, se habian alterado las prácticas piadosas; el vino y el pescado aparecían de nuevo en las mesas. Rancé, noticioso en Roma de estas infracciones, se apresuró á escribir á la Trapa: «Sabeis que las acciones muertas no pueden agradar al Dios de la vida. Guardad silencio tanto con vosotros mismos como con los demás; que vuestra soledad exista tanto en el espíritu y en el corazón como en el retiro exterior de vuestras personas; que vuestros cuerpos salgan de sus camas como de sus sepulturas: mientras os estoy escribiendo se desliza el tiempo.»

Los recuerdos de Horacio no cesaban de vivir en la opulenta memoria de Rancé:

Dum loquimur, fugerit in vitaetas.

Rancé restableció la paz en su monasterio separando algunos jefes: luego asistió á capítulo general de su Orden, que se reunió en el año 1667, y en que debía recibirse un breve del papa de 1666, breve que Rancé habia conocido en Roma. Varios abades, con el del Cister á la cabeza, lo aceptaron; pero Rancé tomó la palabra diciendo que, aunque joven, tenia derecho á opinar como antiguo doctor, y sostuvo que el papa Alejandro VII no habia visto ni conocido aquel breve: además, pidió que constase su protesta que apoyaron otros cuatro abades. El del Cister, vista la entereza de Rancé, conociendo que tenia razón, y deseando la paz, lo nombró visitador de las provincias de Normandía, de Bretaña y de Anjou, comisión que no aceptó Rancé, pero por último el capítulo lo

(1) Címodotea.

aceptó el breve de Roma que suprimía el vicario general de la reforma de Francia y prohibía las asambleas que habían autorizado los decretos del Parlamento y del Consejo. Rancé, medio vencido, regresó a su monasterio.

Si los trabajos espirituales se habían interrumpido en la Trapa, no sucedía lo mismo con las construcciones materiales: los mismos monges eran arquitectos y albañiles. Veíase a los legos suspendidos de lo alto del campanario, bambolears por los vientos, y tranquilizados por su jefe: el que colocó el gallo encima del edificio, fue antes de hacerlo a prosternarse a los pies de Rancé: la religión cogió al hermano por el brazo, y así subió con firmeza. Los trabajadores se arrodillaban en sus cuerdas cuando daba la hora de la oración. Rancé enriqueció el convento con muchas celdas, hizo construir una sala para recibir a los extranjeros, como también dos capillas, una en honor de San Juan Climaco, y otra dedicada a Santa María Egipciaca. Depositó en el altar de la iglesia las reliquias que había traído de Roma y a que luego se añadieron algunas otras. En la iglesia reemplazó, é hizo mal, con un hermoso grupo, aquella Virgen de escaso precio que, en la cima de los Alpes, serena los sitios batidos por las tempestades. Rancé sacó al convento de la desolación humana, y lo acriolló con la desolación cristiana. Aquellos sitios que los ingleses habían hecho resonar con el estruendo de sus armas, no repitieron ya mas que el rumor de la sandalia.

No había mudado de sitio la abadía; estaba como en la época de su fundación en un valle: las colinas aglomeradas en derredor de ella la ocultaban al resto de la tierra. Allí reinaba el silencio y si algún rumor se oía, no era mas que el susurro de los árboles o los murmullos de algún arroyo; murmullos débiles o sonoros según la lentitud ó rapidez del viento: no estaba uno muy seguro de no haber oído el mar. Solo en el Escorial he encontrado semejante funeral silencio: las obras maestras de Rafael se miraban mudas en las antiguas sacristías: apenas se oía la voz de una mujer extranjera que pasaba.

De vuelta de su reino de las expiaciones, Rancé redactó constituciones para aquel breve mundo, adecuadas a los que lloran. En el discurso que precede á estas constituciones se lee: (1) «La abadía está situada en un valle muy solitario; quien quiera habitarla, no debe traer á ella mas que su alma; aquí nada tiene que hacer la carne.

Se le figura á uno leer en ellas algún fragmento de las *Doce Tablas*, ó la consigna de un campamento de las cuarenta y dos divisiones israelitas. Veamos estas prescripciones.

«Los hermanos se levantarán á las dos para ir á maitines; el espacio entre las campanadas será muy breve, á fin de quitar la ocasión á la pereza. Observarán la mayor modestia en la iglesia, y harán todos juntos las inclinaciones de cuerpo y las genuflexiones; estarán descubiertos desde el principio de maitines hasta el primer salmo.»

Nunca volverán la cabeza hacia el dormitorio, y andarán con gravedad: nunca entrarán en las celdas unos de otros: dormirán sobre un jergón, la almohada será de paja, y la cama una simple tarima. «En la oscuridad de sus celdas, dice Carlos Nodier en sus *Meditaciones del claustro*, escondió Rancé su arrepentimiento, y aquel elevado ingenio que adivinó á los nueve años las bellezas de Anacreonte, abrazó, en la edad del placer, austeridades que asombran nuestra debilidad.»

El refectorio exigía sumo aseo; los hermanos debían tener siempre los ojos bajos, pero sin inclinarse demasiado sobre lo que comían. Luego se hacen sobre

el uso del cuchillo y el tenedor, recomendaciones que parecen escritas para niños: el anciano delante de Dios ha vuelto á la inocencia de los días infantiles.

Apenas la campana anunciaba la hora del trabajo, todos los religiosos y novicios debían acudir al locutorio, y salir de allí para el trabajo señalado con gran compostura y recogimiento interior, considerándolo como la primera pena del pecado.

En las horas de recreo no se hablará de las novedades del día. En las grandes salidas, se podrá ir en silencio con un libro á un sitio del bosque, no frecuentado por los seglares: dos veces por semana se reunirá el capítulo llamado de culpas: antes de acusarse se prosternarán todos juntos, y cuando diga el superior, *quid dicite?* cada cual responderá en voz bastante baja, *culpas meas*.

En la enfermería, el enfermo no se quejará nunca: nunca debe tener ante los ojos mas que la imagen de la muerte, ni temer nada tanto como vivir.

A estas constituciones añade Rancé algunos reglamentos que empiezan con este prólogo: «No cumpliría lo que debo á Dios, lo que os debo á vosotros, hermanos míos, ni lo que me debo á mí mismo, si desatendiese en mi conducta algo de lo que puede haceros dignos de la eternidad.»

Luego empiezan las instrucciones generales.

«Nunca un hermano se quedará solo en ningún sitio oscuro, dice Rancé.» Y sin embargo, sin advertirlo, ponía al hombre solo delante de sus pasiones.

Las observancias en lo tocante á los extranjeros, son sumamente tiernas: en cada pieza del local destinado á los huéspedes, se veían advertencias escritas. Si moría algún pariente cercano, como el padre ó la madre de algún religioso, el abad lo recomendaba al Capítulo sin decir su nombre, de suerte que cada cual se interesaba por el finado como por su propio padre, sin que la noticia causase dolor, ni inquietud, ni distracción al hermano que había experimentado la pérdida. La familia natural quedaba destruida, y á ella se sustituía una familia de Dios. Cada religioso lloraba á su padre cuantas veces lloraba al padre desconocido de un compañero de penitencia.

Establecieronse usos para tocar la campana según las horas del día y los diferentes rezos. Hay reglas para el canto: en los salmos se debe ir aprisa hasta la *genuflexión*; el *Magnificat* debe entonarse con mas gravedad que los salmos: aunque no se exige ninguna pausa en el discurso de un responso, debe hacerse una en el *Salve Regina*: aquí es preciso que haya un momento de silencio en todo el coro.

A estos reglamentos confió Rancé la ejecución de sus dos grandes proyectos: oración y silencio. La oración no se suspendía mas que para trabajar. Los hermanos se levantaban por la noche para implorar al que no duerme: Rancé quería que el alma y el cuerpo estuviesen igualmente ocupados.

Cuando notaba el abad que alguno de sus religiosos padecía dolores que no se manifestaban con ningún síntoma aparente, le consagraba una particular atención. No procedía por medio de milagros; no hacía oír á los sordos ni ver á los ciegos; pero aliviaba las enfermedades del alma y asombraba los ánimos, calmando las tempestades invisibles. Variando sus instrucciones con arreglo al carácter de cada cenovita, Rancé ponía todo su conato en derramar en ellos el atractivo del cielo. Una palabra de su boca les devolvía la paz del alma. Algunos solitarios que nunca le habían conocido, hallaron posteriormente en su sepultura la curación de sus penas; la bendición del cielo continuaba en su tumba: Dios guarda los huesos de sus servidores.

La hospitalidad cambió de naturaleza, haciéndose puramente evangélica; ya no se preguntó á los extranjeros quiénes eran ni de donde venían, entraban

desconocidos en la hospedería, y de ella salían desconocidos, bastándole ser hombres; la igualdad primitiva volvía á prevalecer. El monge ayunaba, mientras el huésped estaba provisto de todo lo necesario; entre ellos no había de comun, mas que el silencio. Rancé mantenía por semana hasta 4,500 necesitados, y estaba persuadido de que sus monges no tenían derecho á las rentas del convento sino en calidad de pobres. Asistía á varios enfermos vergonzantes y eclesiásticos indigentes: había establecido casas de trabajo y escuelas en Mortagne: los males á que exponía á sus monges, no le parecían mas que padecimientos naturales que llamaba la *penitencia de todos los hombres*. Tan profunda fue la reforma, que el valle consagrado al arrepentimiento llegó á ser una tierra de olvido.

De esta educación resultaron efectos que solo se advierten en la historia de los Padres del desierto. Un hombre que andaba extraviado, oyó una campana hacia las ocho de la noche; marcha en aquella dirección, y llega á la Trapa. Era de noche, diósele la hospitalidad con la caridad acostumbrada, pero no se le dijo una palabra. Aquel extranjero, como en un castillo encantado, se veía servido por espíritus mudos de quienes solo se creía oír las misteriosas evoluciones.

Al ir al refectorio, los religiosos seguían á los que iban adelante sin cuidarse de á donde iban: lo mismo sucedía para el trabajo: no veían mas que las pisadas de los que los precedían: uno de ellos, durante el año de su noviciado, no levantó ni una vez sola los ojos del suelo: no conocía ni aun el techo de su celda. Otro religioso estuvo tres ó cuatro meses sin ver á su propio hermano, aunque continuamente lo tenía al lado.

No se limitaron estos grandes efectos al interior del convento, antes bien se extendieron por todas partes. Mas adelante, cuando se destruyó la Trapa, se vieron renacer otros mil como plantas, cuya semilla ha dispersado el viento en lo alto de las ruinas. Yo he citado en las notas del *Genio del Cristianismo*, las cartas de M. Clausel, que de soldado de Condé pasó á España á encerrarse en la Trapa de Santa Susana: véase lo que escribía á su hermano: «Llegué un día, en una campiña solitaria, á una puerta, único resto de una gran ciudad. Seguramente había habido en esta ciudad partidos, y sin embargo, hace siglos que sus cenizas se levantan confundidas en el mismo torbellino. He visto también á Murviedro, la antigua Sagunto, y no he pensado mas que en la eternidad. ¿Qué me importará esto de aquí á veinte ó treinta años? Ah, hermano mío! plegue á Dios que tengamos la dicha de entrar en el cielo! Si me queda algún causal, deseo que se haga construir una capilla dedicada á Nuestra Señora de los Dolores, en el solar de la casa paterna... Dáte prisa á hacer levantar cruces para consuelo de los viajeros con asientos y una inscripción como en Baviera: *Vosotros que estais cansados, descansad*. Mañana tendré la dicha de pronunciar mis votos: á ellos añadiré una cruz cual suele ponerse sobre las sepulturas de los muertos.»

Cuando se destruyó la Trapa, un portador del sayal de Rancé pidió asilo al cantón de Friburgo. Los frailes dejaron su monasterio: cada religioso llevaba en el morral su hábito y un pedazo de pan. Detúvose la colonia en Saint-Cyr, donde fue recibida por la moribunda hospitalidad de los Lazaristas, y pronto tuvo que alejarse; el voto de silencio y de pobreza parecía una conspiración á los que causaban tan horribles alborotos. En París, los cartujos, prontos á separarse, recibieron á los trapenses: los claustros de San Bruno ejercieron su último acto de caridad. La soledad ambulante prosiguió su camino. La vista de una iglesia lejana que encontraban al paso los hermanos, los reanimaba; bendecían la casa del Señor, recitando salmos, como se oye entre las nubes á una bandada de cisnes silvestres saludar al paso las praderas de la Florida. En la frontera, el carro que llevaba á los

desterrados al cielo, fue mirado con compasión por nuestros soldados que no registraron á aquellos mendigos. Al entrar en suelo extranjero, los desterrados se dieron el óculo de caridad en un bosque. A una legua de la antigua abadía del Valle Santo, cortaron una rama de un árbol, hicieron con ella una cruz y recibieron al cura de Cerniat que salía á su encuentro.

En el Valle Santo, ruina de un monasterio abandonado, apenas hallaron donde ponerse al abrigo. En una época en que las armas, las desgracias y los crímenes metían tanto estruendo, la fama de los solitarios se extendió por fuera: los reyes huían y no atraían á nadie en su seguimiento, y de todas partes se acudía para alistarse en el número de los frailes refugiados. El Valle Santo, lleno de neófitos, tuvo que enviar colonias á otras partes, como esparce en derredor una colmena sus enjambres; pero la revolución, que andaba mas aprisa que la religión fugitiva, alcanzó á los trapenses en su nuevo retiro: precisados á abandonar el Valle Santo, arrojados de reino en reino por el torrente que los peseguía, llegaron hasta Butschirad, donde yo he encontrado á otro proscripto: en fin, llegando á faltarles el suelo, pasaron á América. Grande espectáculo era en verdad ver al mundo y á la soledad huyendo á un tiempo delante de Bonaparte. El conquistador, tranquilizado por sus victorias, conoció la necesidad de las casas religiosas: «Allí decía, podrán refugiarse aquellos á quienes el mundo no conviene, ó que no convienen al mundo.»

El P. Gustin, trapense fugitivo, rescató las ruinas de la Trapa, con limosnas; no quedaban ya del monasterio mas que la botica, el molino y algunas granjas. En las cercanías de Bayeux, las religiosas trapenses, arrojadas del bosque de Senart, se establecieron bajo la dirección de mi prima madama de Chateaubriand. Los hijos de Rancé no hallaron al volver á la soledad de su padre mas que paredes cubiertas de hiedra, y escombros atestados de matorrales; pero tal fue desde su origen el vigor del árbol que plantó Rancé, que todavía continúa viviendo, y dará sombra á los pobres cuando no haya ya sombra de tronos en la tierra. Yo he visto en la Trapa un olmo del tiempo de Rancé: los religiosos tienen gran cuidado de esta antigua reliquia que indica las cenizas paternales mejor que la estatua de Carlos II la inmolación de Carlos I.

Los monges cuya historia acabo de bosquejar, habían sido los hijos de Rancé. Cuando este llegó á la Trapa, uno de sus primeros cuidados fue hacer derribar un palomar, celdas de palomas, que se hallaba colocado en medio del patio, ya porque quisiese abolir hasta el recuerdo de los tiempos de una abstinencia menos rigurosa, ya porque temiese á aquellas aves que la fábula ponía entre sus mas bellos ornatos, y cuyas alas llevaban mensajes por las riberas del Oriente. Un trapense se confesaba de haber mirado un nido: ¿se acusaba de haber pensado en un nido ó en unas alas? A pesar de ser el jefe, Rancé no se dispensó ninguna de las preferencias de sus antecesores; se contentaba con la comida comun; privado como sus monges del uso de la ropa blanca, predicaba y confesaba á sus hermanos; sus únicas distracciones, eran las palabras que recogía en el lecho de ceniza. Agravaba mas bien que mitigaba sus penitencias: en sus discursos no hablaba mas que de la escala de San Juan Climaco, de las Ascéticas de San Basilio, y de las Conferencias de Casiano.

Los cinco ó seis primeros años del retiro de Rancé pasaron oscuramente: los jornaleros trabajaban subterráneamente en los cimientos del edificio. Rancé recibía sin distinción á cuantos religiosos se presentaban. El primero que acudió fue en 1667, fray Rigobert, monge de Claraval; luego fray Jaques y el P. Le snain. Estas recepciones empezaron á hacer enemigos á Rancé. Todo esto nos parece muy superficial á noso-

(1) Constituciones de la abadía de la Trapa. París 1674.

tros que no damos importancia mas que á las miserias de nuestra vida; pero entonces eran negocios muy graves. Roma tomaba parte en ellos, y lo mismo el gran consejo del rey. Preciso á entrar en aquellas transacciones generales, Rancé tenía que tomar parte en los accidentes domésticos: administraba sus primeros solitarios, que al principio se morían casi todos. Hallándose fray Plácido tendido en su último lecho, Rancé le preguntó á dónde quería ir: «Al encuentro de los bienaventurados» respondió.

Administrado fray Bernardo, no bien hubo recibido el cuerpo de Nuestro Señor, sintió una vehemente necesidad de escupir, contuvo, y murió ahogado por el pan de los ángeles.

Claudio Cordon, doctor de la Sorbona, recibió el llegar á la abadía el nombre de Arsenio, nombre que ha llegado á ser famoso en las nuevas leyendas. Arsenio, después de su muerte, se apareció en una gloria al trapense Pablo Ferrand y le dijo: «¡Si supierais lo que es conversar con los Santos!» y desapareció.

La abadía de Dorval quiso reformarse, y para este objeto convino el abad en tener una entrevista con Rancé, que al instante se puso en camino, y encontró á aquel en Chatillon, triste lugar donde no se realizan las esperanzas. De allí pasó á Commercy, donde volvió á ver al cardenal de Retz, á quien apartó de la aparente idea que tenía de retirarse á la Trapa. M. Dumont, autor de la historia de la ciudad de Commercy, ha tenido la bondad de enviarme una carta de Rancé al cardenal de Retz. «Si vuestra eminencia, dice el abad de la Trapa, creyese que en el mundo hay alguna persona de quien se ocupe mi corazón mas que en ella, no me haría justicia.» Véase á donde puede conducir la misma piedad la deferencia á las categorías. Después de su salida, Rancé se dió prisa á repregarse y á retirarse del mundo á su patrulla. De vuelta de la Trapa, admitió á profesión á fray Pacomio: de quien se refiere que jamás abría un libro, pero que sobresalía en la humanidad. Encargado del cuidado de los pobres, nunca entraba en la despensa del pan sin descalzarse, como Moisés para entrar en la tierra de promisión. Pacomio atrajo á sí á uno de sus hermanos, y ambos vivieron bajo el mismo techo sin darse la menor señal de haberse anteriormente conocido.

Rancé envió á Septfont un religioso que llegó á malearse. «Me he equivocado, escribía Rancé al visitador, y de ello haré penitencia toda mi vida.»

La mayor parte de los arrepentidos del siglo XVI y de principios del XVII, habían sido bandidos, desertores de los ejércitos: unos se retiraban á Port-Royal, y otros á la Trapa, todos á una soledad vengadora que debía devorarlos. Una sociedad tan llena de crímenes, se llenó de penitentes, como en tiempo de la Tebaida.

Desde la reforma hasta la muerte de Rancé, se cuentan ciento noventa y siete religiosos y cuarenta y un hermanos, entre los cuales hay muchos, cuyas vidas ha escrito Rancé, y que pueden figurar en las novelas del cielo. Véanse sus nombres en la *Historia de la Abadía de la Trapa*, excelente colección donde todo se halla referido con minuciosa exactitud: es obra que recomiendo con tanto mas empeño, cuanto he encontrado en ella algunas palabras de censura contra mí, que sin embargo no creía yo haber merecido...

La Trapa no era un lugar risueño; el terreno que la rodeaba ofrecía un aspecto lleno de desolación, y la aspereza de sus costumbres parecía reproducirse en la aspereza del país; pero la Trapa se conservó ortodoxa, y Port-Royal fue invadido por la libertad del entendimiento humano. El terrible Pascal con su espíritu geométrico, dudaba sin cesar, y no salió de su desgracia sino precipitándose en la fe. A pesar del silencio que guardaba la Trapa, se trato de destruirla, tal

era el terror que inspiraba al mundo. La habilidad de Rancé la libertó de su ruina: Port-Royal fue menos feliz.

Habiendo salido de París en la noche del 27 de octubre de 1709, d'Argenson situó á Port-Royal de los Campos, con trescientos hombres, número excesivo en verdad para arrebatarse á veinte y dos religiosas ancianas y enfermas. Dispersáronlas por diferentes lugares, y alguna vez se rehusó la sepultura á aquellas ovejas apartadas del rebaño de la madre Angélica.

En fin, llegó la orden para la demolición del convento el 25 de enero de 1710, diez años después de la muerte de Rancé, orden que se ejecutó con furor, según el testimonio de Duclos. Los cadáveres se desenterraban entre obscenas bromas, mientras que en la iglesia los perros se hartaban de carne descompuesta. La casa de M. de Sainte Marthe se convirtió en una granja; los ganados pacen en el solar de la iglesia de Port-Royal de los Campos. «La clemátida, la hiedra y los espinos, dice un viajero, crecen entre estas ruinas, y un sauce eleva su tronco en medio del recinto donde estuvo el coro: apenas interrumpen el silencio los arrullos de la paloma torcaz. Aquí Sacy venía á repetir á Dios la oración que tomó de Fulgencio; allí Nicole excitó á Arnauld á dejar la pluma; en esta apartada alameda me verá Pascal que desenvuelve una nueva prueba de la divinidad del cristianismo; mas adelante, con Tillemont y Lancelot, se pasean Racine, La Bruyere y Boileau que han venido á visitar á sus amigos. ¡Ecos de estos desiertos, árboles antiguos, ojalá hubierais podido conservar las pláticas de aquellos hombres célebres!»

¿Y cuál es el cristiano convencido, el genio poético que se dirige á estos ilustres desaparecidos como algún día en Esparta llamé yo en vano á Leonidas? ¿Quién es? El antiguo obispo de Blois, el juez de Luis XVI.

Luis el Grande, habeis enseñado á vuestro pueblo las exhumaciones; acostumbrado á obedeceros, ha seguido vuestros ejemplos: en el instante mismo en que caía la cabeza de María Antonieta en la plaza de la Revolución, el pueblo hace pedazos las sepulturas en San Dionisio: al borde de una sepultura abierta, Luis XIV, todo ennegrecido, á quien se reconocía por sus abultadas facciones, aguardaba su última destrucción; ¡represalias de la justicia eterna! «Decid, pueblo real de fantasmas (me cito á mí mismo, ya no soy mas que el tiempo) ¿queríais resucitar á precio de una corona? ¿Os tienta el trono todavía? Meneais las cabezas y os volveis á recostar lentamente en vuestras tumbas.»

Rancé había transportado consigo al desierto lo pasado, y á él atrajo el presente y el porvenir. El siglo de Luis XIV no desatendía ninguna grandeza; antes bien se asociaba á las victorias de un recluso como á las de un capitán. Las contiendas del jansenismo, las misticidades del quietismo, ocupaban á la ciudad y á la corte desde Bossuet y Fenelon, hasta las señoras de Maintenon y de Longueville; desde el cardenal de Noailles, hasta los mariscales amigos ó enemigos de Port-Royal; desde los adversarios del protestantismo hasta los herejes mas obstinados. Por Rancé, el siglo XIV entró en la soledad, y la soledad se estableció en el seno del mundo.

En estos primeros años del retiro de Rancé, poco se oyó hablar del monasterio; pero insensiblemente se extendió su fama. Advirtieron los hombres que venían perfumes de una tierra desconocida y volvieron el rostro para respirarlos hacia las regiones de aquella Arabia Feliz. Atraído por los efluvios celestes, el mundo siguió su corriente: la isla de Cuba se revela por el olor de la vainilla en las costas de las Floridas. «Estábamos», dice Leguat, en presencia de la isla de Eden: el aire estaba lleno de un delicioso olor que

venía de la isla, y se exhalaba de los naranjos y los limoneros» (1).

LIBRO III.

Las calumnias publicadas contra el monasterio de la Trapa, por los libertinos que se burlaban de las austeridades, y por los envidiosos que sentían nacer otra inmortalidad para Rancé, empezaban á multiplicarse: incesantemente estaban sacando á plaza los primeros estravios de Rancé, y se obstinaban en no ver en su conversión otro móvil que la vanidad. Sus mayores amigos, como el abad de Prieres, visitador de la Orden, veían con terror las reformas de la Trapa; el último escribía á Rancé: «Tendréis muchos admiradores, pero pocos imitadores.»

Maubuisson, abadía situada junto á Pontoise, fue edificada por la reina Blanca, cuya sepultura se veía aun en ella. Rancé escribió á la desanimada superiora de aquella abadía. También escribía á otra mujer, porque todos los que sufrían consultaban á aquel sabio médico que había ensayado los remedios en sí propio: «Si os asalta el tedio, pensad que Jesucristo os espera; toda vuestra carrera y su duración no os parecerán mas que un vapor pasajero.»

El 7 de setiembre de 1672, presentó Rancé una solicitud al rey en favor de la reforma; en ella empieza por decir que los antiguos solitarios, cuyo nombre y hábito no merece llevar, no tuvieron dificultad en salir del fondo de sus desiertos por el servicio de Dios, y que á su ejemplo, creería faltar al mas santo de sus deberes, callando; que desgraciadamente no va á hablar mas que para quejarse, y que el que le abría la boca no había puesto en sus labios mas que palabras de dolor. Pasando de aquí á su argumento, habla de la Orden del Cister pronta á volver á caer en los peligros de que se ha escapado, por la falta de protección rehusada á la Estrecha Observancia establecida por Luis XIII. Mientras que los solitarios han vivido en la perfección; han sido considerados como ángeles tutelares de la monarquía; ellos han sostenido con el poder que tenían cerca de Dios, la fortuna del imperio: una santa religiosa vió en espíritu lo que pasaba en la jornada de Lepanto. «V. M. no extrañará, concluyó diciendo Rancé, que obligado por el deber de mi profesión á presentarme á cada instante al pie de los altares del rey del cielo, me llegue una vez en mi vida al trono del rey de la tierra.»

La corte de Roma se oponía á las reformas demasiado austeras de la Trapa, y Rancé anunciaba su habilidad despertando en el corazón de Luis XIV la pasión del poder.

En todos los rumores propagados, unos denunciaban á Rancé por su doctrina, sosteniendo que no era pura, otros le acusaban de hipocresía, y otros de introducir innovaciones en la Orden. El rey hacía fines de octubre de 1673, le concedió para juzgar la cuestión los comisarios que había pedido, el arzobispo de París, el dean de Nuestra Señora y otros respetables sacerdotes.

Al mismo tiempo sus adversarios daban pasos en Roma contra él. «A un fraile, decía Rancé, no hay reputación que le sea debida: no existe mas que para ser hombre de oprobio y de abyección.»

Estos sentimientos hostiles se popularizaban en versos que no tenían el mérito de los de nuestro gran cancionero, pero que ya indicaban la senda por donde debía llegar la Francia á una inmortalidad que á ella solo le pertenecía.

Reunidos los comisarios nombrados por el gabinete, Rancé fue llamado á París en 1675. Todo lo habían arreglado ya conforme á las intenciones del Siervo de

(1) Viaje y aventuras de Francisco Leguat, página 4, tomo 1.º

Dios; pero un abad de la Comun Observancia, declaró que si se seguía el dictamen de los comisarios, los abades extranjeros no acudirían al Capítulo general del Cister, lo que bastó para que el rey se detuviese, pues un movimiento en el cerebro podía acarrear grandes trastornos. Luis XIV lo sabía y nadie igualaba en prudencia á aquel rey tan absoluto.

Rancé expurgó su biblioteca: respondió al obispo de Panniers y á M. Deslions que con ánimo de desalentarle, le decían que aun estaba lejos de las austeridades de los primeros cristianos: «verdad es que el pan de tur-a de que me habláis era muy de uso entre los frailes.»

En 1676, contrajo una enfermedad habitual de la que murió, pero que no le impidió trabajar. Después de haber pasado tres meses en la enfermería volvió á la comunidad: así se deslizó su vida hasta el año de 1689 en que le sobrevino una recia calentura. Apenas le dejaba el mal algun respiro, volvía á sus ocupaciones seguidas de continuas recaídas: «La vida de un pecador como yo, es siempre demasiado dura», solía decir.

Mademoiselle, cuya ardiente imaginación estaba en todas partes, escribió á Rancé pidiéndole algunos religiosos: él respondió: «Estoy persuadido, señora, de que V. A. R. no duda del placer que tendría en poder nombrarle un religioso tal cual lo desea, pero he perdido de un año á esta parte ocho que se me han llevado Dios. Otros están próximos á seguirlos; y aunque todavía somos muchos, no vivimos unos y otros mas que con la mira y el deseo de la muerte.»

En esta época murió un religioso que no tenía mas que veinte y tres años, y que en su atavío de difunto dijo á Rancé: «Grande alegría experimento al verme en el traje de mi partida;» y se sonreía cuando iba á morir, como los antiguos bárbaros. Se creía oír aquel pájaro sin nombre, que consuela al viajero en el valle de Cachemira.

Por entonces también acudieron á encerrarse ó á instruirse en la Trapa varias personas ilustres.

Bossuet, compañero de colegio de Rancé, y su discípulo y se levantó sobre la Trapa como el sol sobre una agreste selva. Ocho veces se transportó á aquel nido el águila de Meaux. Estos diferentes vuelos se rozan con hechos cuya memoria se ha conservado.

En 1682, Luis XIV se estableció en Versalles. En 1685 Bossuet compuso en la Trapa la advertencia del catecismo de Meaux. En 1686 dió fin el orador á sus oraciones fúnebres, con la obra maestra que pronunció delante del ataúd del gran Condé. En 1696 se fue á Dios Sobieski, antiguo mosquetero de Luis el Grande. Sobieski entró en Viena por la brecha que había abierto el cañón de los Turcos. Los Polacos salvaron á la Europa, que hoy deja exterminar á la Polonia. La historia no es mas agradecida que los hombres.

La Trapa era el sitio en que mas se complacía Bossuet; los hombres brillantes tienen inclinación á los lugares oscuros. Familiarizado con el camino del Perche, Bossuet escribía á una religiosa enfermera: «Espero haceros una visita mas larga á mi vuelta de la Trapa,» —palabras que no tienen mas mérito que el de llevar al pie esta firma: Bossuet.

Bossuet hallaba un encanto particular en el modo como celebraban el oficio divino los compañeros de Rancé: «El canto de los Salmos, dice el abate Ledieu, único sonido que venía á turbar el silencio de aquella vasta soledad, las largas pausas de Completas, el dulce, tierno y penetrante acento del *Salve Regina* inspiraban al prelado un especie de melancolía religiosa.» En la Trapa me parecía en efecto, durante aquellos silencios, oír pasar el mundo con el soplo del viento: me acordaba de aquellas guardias perdidas

tros que no damos importancia mas que á las miserias de nuestra vida; pero entonces eran negocios muy graves. Roma tomaba parte en ellos, y lo mismo el gran consejo del rey. Preciso á entrar en aquellas transacciones generales, Rancé tenía que tomar parte en los accidentes domésticos: administraba sus primeros solitarios, que al principio se morían casi todos. Hallándose fray Plácido tendido en su último lecho, Rancé le preguntó á dónde quería ir: «Al encuentro de los bienaventurados» respondió.

Administrado fray Bernardo, no bien hubo recibido el cuerpo de Nuestro Señor, sintió una vehemente necesidad de escupir, contuvo, y murió ahogado por el pan de los ángeles.

Claudio Cordon, doctor de la Sorbona, recibió el llegar á la abadía el nombre de Arsenio, nombre que ha llegado á ser famoso en las nuevas leyendas. Arsenio, después de su muerte, se apareció en una gloria al trapense Pablo Ferrand y le dijo: «¡Si supierais lo que es conversar con los Santos!» y desapareció.

La abadía de Dorval quiso reformarse, y para este objeto convino el abad en tener una entrevista con Rancé, que al instante se puso en camino, y encontró á aquel en Chatillon, triste lugar donde no se realizan las esperanzas. De allí pasó á Commercy, donde volvió á ver al cardenal de Retz, á quien apartó de la aparente idea que tenía de retirarse á la Trapa. M. Dumont, autor de la historia de la ciudad de Commercy, ha tenido la bondad de enviarme una carta de Rancé al cardenal de Retz. «Si vuestra eminencia, dice el abad de la Trapa, creyese que en el mundo hay alguna persona de quien se ocupe mi corazón mas que en ella, no me haría justicia.» Véase á donde puede conducir la misma piedad la deferencia á las categorías. Después de su salida, Rancé se dió prisa á repregarse y á retirarse del mundo á su patrulla. De vuelta de la Trapa, admitió á profesión á fray Pacomio: de quien se refiere que jamás abría un libro, pero que sobresalía en la humanidad. Encargado del cuidado de los pobres, nunca entraba en la despensa del pan sin descalzarse, como Moisés para entrar en la tierra de promisión. Pacomio atrajo á sí á uno de sus hermanos, y ambos vivieron bajo el mismo techo sin darse la menor señal de haberse anteriormente conocido.

Rancé envió á Septfont un religioso que llegó á malearse. «Me he equivocado, escribía Rancé al visitador, y de ello haré penitencia toda mi vida.»

La mayor parte de los arrepentidos del siglo XVI y de principios del XVII, habían sido bandidos, desertores de los ejércitos: unos se retiraban á Port-Royal, y otros á la Trapa, todos á una soledad vengadora que debía devorarlos. Una sociedad tan llena de crímenes, se llenó de penitentes, como en tiempo de la Tebaida.

Desde la reforma hasta la muerte de Rancé, se cuentan ciento noventa y siete religiosos y cuarenta y un hermanos, entre los cuales hay muchos, cuyas vidas ha escrito Rancé, y que pueden figurar en las novelas del cielo. Véanse sus nombres en la *Historia de la Abadía de la Trapa*, excelente colección donde todo se halla referido con minuciosa exactitud: es obra que recomiendo con tanto mas empeño, cuanto he encontrado en ella algunas palabras de censura contra mí, que sin embargo no creía yo haber merecido...

La Trapa no era un lugar risueño; el terreno que la rodeaba ofrecía un aspecto lleno de desolación, y la aspereza de sus costumbres parecía reproducirse en la aspereza del país; pero la Trapa se conservó ortodoxa, y Port-Royal fue invadido por la libertad del entendimiento humano. El terrible Pascal con su espíritu geométrico, dudaba sin cesar, y no salió de su desgracia sino precipitándose en la fe. A pesar del silencio que guardaba la Trapa, se trato de destruirla, tal

era el terror que inspiraba al mundo. La habilidad de Rancé la libertó de su ruina: Port-Royal fue menos feliz.

Habiendo salido de París en la noche del 27 de octubre de 1709, d'Argenson situó á Port-Royal de los Campos, con trescientos hombres, número excesivo en verdad para arrebatarse á veinte y dos religiosas ancianas y enfermas. Dispersáronlas por diferentes lugares, y alguna vez se rehusó la sepultura á aquellas ovejas apartadas del rebaño de la madre Angélica.

En fin, llegó la orden para la demolición del convento el 25 de enero de 1710, diez años después de la muerte de Rancé, orden que se ejecutó con furor, según el testimonio de Duclos. Los cadáveres se desenterraban entre obscenas bromas, mientras que en la iglesia los perros se hartaban de carne descompuesta. La casa de M. de Sainte Marthe se convirtió en una granja; los ganados pacen en el solar de la iglesia de Port-Royal de los Campos. «La clemátida, la hiedra y los espinos, dice un viajero, crecen entre estas ruinas, y un sauce eleva su tronco en medio del recinto donde estuvo el coro: apenas interrumpen el silencio los arrullos de la paloma torcaz. Aquí Sacy venía á repetir á Dios la oración que tomó de Fulgencio; allí Nicole excitó á Arnauld á dejar la pluma; en esta apartada alameda me verá Pascal que desenvuelve una nueva prueba de la divinidad del cristianismo; mas adelante, con Tillemont y Lancelot, se pasean Racine, La Bruyere y Boileau que han venido á visitar á sus amigos. ¡Ecos de estos desiertos, árboles antiguos, ojalá hubierais podido conservar las pláticas de aquellos hombres célebres!»

¿Y cuál es el cristiano convencido, el genio poético que se dirige á estos ilustres desaparecidos como algún día en Esparta llamé yo en vano á Leonidas? ¿Quién es? El antiguo obispo de Blois, el juez de Luis XVI.

Luis el Grande, habeis enseñado á vuestro pueblo las exhumaciones; acostumbrado á obedeceros, ha seguido vuestros ejemplos: en el instante mismo en que caía la cabeza de María Antonieta en la plaza de la Revolución, el pueblo hace pedazos las sepulturas en San Dionisio: al borde de una sepultura abierta, Luis XIV, todo ennegrecido, á quien se reconocía por sus abultadas facciones, aguardaba su última destrucción; ¡represalias de la justicia eterna! «Decid, pueblo real de fantasmas (me cito á mí mismo, ya no soy mas que el tiempo) ¿queríais resucitar á precio de una corona? ¿Os tienta el trono todavía? Meneais las cabezas y os volveis á recostar lentamente en vuestras tumbas.»

Rancé había transportado consigo al desierto lo pasado, y á él atrajo el presente y el porvenir. El siglo de Luis XIV no desatendía ninguna grandeza; antes bien se asociaba á las victorias de un recluso como á las de un capitán. Las contiendas del jansenismo, las misticidades del quietismo, ocupaban á la ciudad y á la corte desde Bossuet y Fenelon, hasta las señoras de Maintenon y de Longueville; desde el cardenal de Noailles, hasta los mariscales amigos ó enemigos de Port-Royal; desde los adversarios del protestantismo hasta los herejes mas obstinados. Por Rancé, el siglo XIV entró en la soledad, y la soledad se estableció en el seno del mundo.

En estos primeros años del retiro de Rancé, poco se oyó hablar del monasterio; pero insensiblemente se extendió su fama. Advirtieron los hombres que venían perfumes de una tierra desconocida y volvieron el rostro para respirarlos hacia las regiones de aquella Arabia Feliz. Atraído por los efluvios celestes, el mundo siguió su corriente: la isla de Cuba se revela por el olor de la vainilla en las costas de las Floridas. «Estábamos», dice Leguat, en presencia de la isla de Eden: el aire estaba lleno de un delicioso olor que

venía de la isla, y se exhalaba de los naranjos y los limoneros» (1).

LIBRO III.

Las calumnias publicadas contra el monasterio de la Trapa, por los libertinos que se burlaban de las austeridades, y por los envidiosos que sentían nacer otra inmortalidad para Rancé, empezaban á multiplicarse: incesantemente estaban sacando á plaza los primeros estravios de Rancé, y se obstinaban en no ver en su conversión otro móvil que la vanidad. Sus mayores amigos, como el abad de Prieres, visitador de la Orden, veían con terror las reformas de la Trapa; el último escribía á Rancé: «Tendréis muchos admiradores, pero pocos imitadores.»

Maubuisson, abadía situada junto á Pontoise, fue edificada por la reina Blanca, cuya sepultura se veía aun en ella. Rancé escribió á la desanimada superiora de aquella abadía. También escribía á otra mujer, porque todos los que sufrían consultaban á aquel sabio médico que había ensayado los remedios en sí propio: «Si os asalta el tedio, pensad que Jesucristo os espera; toda vuestra carrera y su duración no os parecerán mas que un vapor pasajero.»

El 7 de setiembre de 1672, presentó Rancé una solicitud al rey en favor de la reforma; en ella empieza por decir que los antiguos solitarios, cuyo nombre y hábito no merece llevar, no tuvieron dificultad en salir del fondo de sus desiertos por el servicio de Dios, y que á su ejemplo, creería faltar al mas santo de sus deberes, callando; que desgraciadamente no va á hablar mas que para quejarse, y que el que le abría la boca no había puesto en sus labios mas que palabras de dolor. Pasando de aquí á su argumento, habla de la Orden del Cister pronta á volver á caer en los peligros de que se ha escapado, por la falta de protección rehusada á la Estrecha Observancia establecida por Luis XIII. Mientras que los solitarios han vivido en la perfección; han sido considerados como ángeles tutelares de la monarquía; ellos han sostenido con el poder que tenían cerca de Dios, la fortuna del imperio: una santa religiosa vió en espíritu lo que pasaba en la jornada de Lepanto. «V. M. no extrañará, concluyó diciendo Rancé, que obligado por el deber de mi profesión á presentarme á cada instante al pie de los altares del rey del cielo, me llegue una vez en mi vida al trono del rey de la tierra.»

La corte de Roma se oponía á las reformas demasiado austeras de la Trapa, y Rancé anunciaba su habilidad despertando en el corazón de Luis XIV la pasión del poder.

En todos los rumores propagados, unos denunciaban á Rancé por su doctrina, sosteniendo que no era pura, otros le acusaban de hipocresía, y otros de introducir innovaciones en la Orden. El rey hacía fines de octubre de 1673, le concedió para juzgar la cuestión los comisarios que había pedido, el arzobispo de París, el dean de Nuestra Señora y otros respetables sacerdotes.

Al mismo tiempo sus adversarios daban pasos en Roma contra él. «A un fraile, decía Rancé, no hay reputación que le sea debida: no existe mas que para ser hombre de oprobio y de abyección.»

Estos sentimientos hostiles se popularizaban en versos que no tenían el mérito de los de nuestro gran cancionero, pero que ya indicaban la senda por donde debía llegar la Francia á una inmortalidad que á ella solo le pertenecía.

Reunidos los comisarios nombrados por el gabinete, Rancé fue llamado á París en 1675. Todo lo habían arreglado ya conforme á las intenciones del Siervo de

(1) Viaje y aventuras de Francisco Leguat, página 4, tomo I.º

Dios; pero un abad de la Comun Observancia, declaró que si se seguía el dictamen de los comisarios, los abades extranjeros no acudirían al Capítulo general del Cister, lo que bastó para que el rey se detuviese, pues un movimiento en el cerebro podía acarrear grandes trastornos. Luis XIV lo sabía y nadie igualaba en prudencia á aquel rey tan absoluto.

Rancé expurgó su biblioteca: respondió al obispo de Panniers y á M. Deslions que con ánimo de desalentarle, le decían que aun estaba lejos de las austeridades de los primeros cristianos: «verdad es que el pan de tur-a de que me habláis era muy de uso entre los frailes.»

En 1676, contrajo una enfermedad habitual de la que murió, pero que no le impidió trabajar. Después de haber pasado tres meses en la enfermería volvió á la comunidad: así se deslizó su vida hasta el año de 1689 en que le sobrevino una recia calentura. Apenas le dejaba el mal algun respiro, volvía á sus ocupaciones seguidas de continuas recaídas: «La vida de un pecador como yo, es siempre demasiado dura», solía decir.

Mademoiselle, cuya ardiente imaginación estaba en todas partes, escribió á Rancé pidiéndole algunos religiosos: él respondió: «Estoy persuadido, señora, de que V. A. R. no duda del placer que tendría en poder nombrarle un religioso tal cual lo desea, pero he perdido de un año á esta parte ocho que se me han llevado Dios. Otros están próximos á seguirlos; y aunque todavía somos muchos, no vivimos unos y otros mas que con la mira y el deseo de la muerte.»

En esta época murió un religioso que no tenía mas que veinte y tres años, y que en su atavío de difunto dijo á Rancé: «Grande alegría experimento al verme en el traje de mi partida;» y se sonreía cuando iba á morir, como los antiguos bárbaros. Se creía oír aquel pájaro sin nombre, que consuela al viajero en el valle de Cachemira.

Por entonces también acudieron á encerrarse ó á instruirse en la Trapa varias personas ilustres.

Bossuet, compañero de colegio de Rancé, y su discípulo y se levantó sobre la Trapa como el sol sobre una agreste selva. Ocho veces se transportó á aquel nido el águila de Meaux. Estos diferentes vuelos se rozan con hechos cuya memoria se ha conservado.

En 1682, Luis XIV se estableció en Versalles. En 1685 Bossuet compuso en la Trapa la advertencia del catecismo de Meaux. En 1686 dió fin el orador á sus oraciones fúnebres, con la obra maestra que pronunció delante del ataúd del gran Condé. En 1696 se fue á Dios Sobieski, antiguo mosquetero de Luis el Grande. Sobieski entró en Viena por la brecha que había abierto el cañón de los Turcos. Los Polacos salvaron á la Europa, que hoy deja exterminar á la Polonia. La historia no es mas agradecida que los hombres.

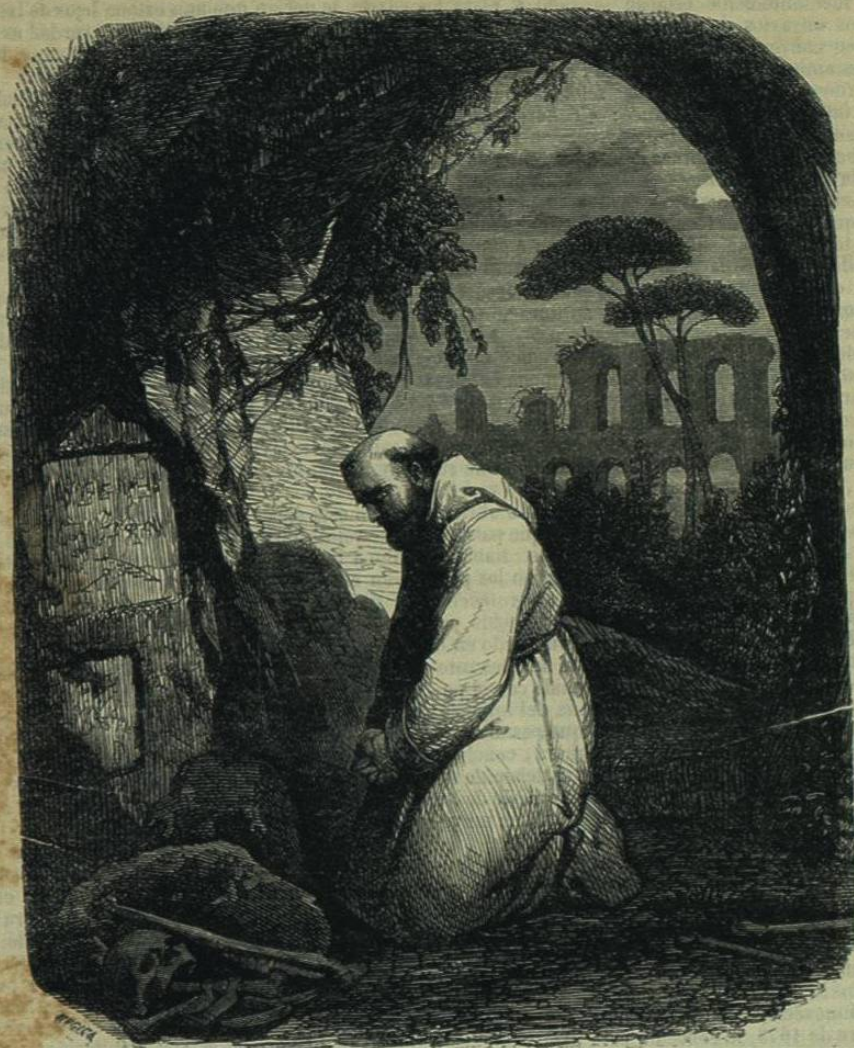
La Trapa era el sitio en que mas se complacía Bossuet; los hombres brillantes tienen inclinación á los lugares oscuros. Familiarizado con el camino del Perche, Bossuet escribía á una religiosa enfermera: «Espero haceros una visita mas larga á mi vuelta de la Trapa,» —palabras que no tienen mas mérito que el de llevar al pie esta firma: Bossuet.

Dossuet hallaba un encanto particular en el modo como celebraban el oficio divino los compañeros de Rancé: «El canto de los Salmos, dice el abate Ledieu, único sonido que venía á turbar el silencio de aquella vasta soledad, las largas pausas de Completas, el dulce, tierno y penetrante acento del *Salve Regina* inspiraban al prelado un especie de melancolía religiosa.» En la Trapa me parecía en efecto, durante aquellos silencios, oír pasar el mundo con el soplo del viento: me acordaba de aquellas guararniciones perdi-

das en los confines del mundo y que hacen oír á los ecos acentos desconocidos, como para atraer á la patria: esas guarniciones mueren y el ruido acaba.

Bossuet asistía á los oficios del día y de la noche. Antes de Vísperas, el obispo y el reformador tomaban el aire. Junto á la gruta de San Bernardo, me ense-

ñaron una calzada cubierta de matorrales que separaba en otro tiempo dos estanques,—y osé profanar con los pasos que me sirvieron para ir meditando en la composición de Renato, el dique donde Bossuet y Rancé departían sobre las cosas divinas: parecíame ver en la desnuda calzada destacarse las sombras



RANCÉ ORANDÓ A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS EN LA PUERTA DE LAS CATACUMBAS.

gemelas del mas grande de los oradores y del primero de los nuevos solitarios.

Bossuet recibió el Viático el lunes santo del año 1704; cuatro años hacia que ya no existía Rancé. Quejábase Bossuet de que le importunaba su memoria; su enfermero le sostenía la cabeza: «Eso sería bueno, decía el obispo, si mi cabeza pudiera tenerse.»—En uno de aquellos momentos, el presbítero Ledieu le pronunció la palabra de gloria: «Dejad esas cosas,» le dijo Bossuet, «y ante todo pedid á Dios perdón para mí.»

El 12 de abril de 1704 se le hincharon al moribun-

do los pies y las manos. Un poco antes de las cuatro y media de la madrugada expiró: aquella era la hora en que empezaba á rezar á su amigo Rancé, al acercarse el día. El águila que de paso había descansado un momento en este mundo, prosiguió su vuelo hacia el sublime nido de donde no debía ya volver á bajar. No nos ha quedado de Bossuet mas que una piedra.

Rancé tuvo al principio la idea de renunciar su alvadia, sobre lo cual consultó á Bossuet en diciembre de 1682. Bossuet le respondió que aguardase. En aquel año el padre de un joven mosquetero refugiado

en la Trapa, se quejó de la captación de que se había usado con su hijo, y no recibió del abad mas que estas palabras: «Pronto lo dejareis.»

Por entonces murió el abad de Prieres, de quien varias veces he hablado. Véase lo que hizo escribir á Rancé por conducto de un sacerdote: «El abad de Prieres, me mandó en los últimos momentos de su vida que os noticiase su muerte, manifestándoos la

estimación que os he conservado hasta el último suspiro.»

Aquellos rectos varones se legaban su estimación. De todas las acusaciones dirigidas contra Rancé, ninguna se apoyaba en una apariencia de verdad, excepto la de jansenismo. En una carta dirigida á M. de Brancas en 1676, se explica en estos términos;

«Os dije, hablando de M. Arnauld y de esos seño-



BOSSUET Y RANCÉ DEPARTIENDO SOBRE LAS COSAS DIVINAS.

res que el papa estaba contento de ellos, y que había recibido sus firmas como ellos las dieron; me respondisteis lo que ya muchas personas me habían dado por cosa constante, á saber: que se habían sorprendido, y que el papa hizo como aquellos que se tapan los ojos con la mano y aparentan que no ven. Sin embargo, hace unos días vino á parar á mis manos la sentencia dada contra el señor obispo de Angers, en que se dice expresamente que el papa con mucha prudencia, quiso recibir la firma de algunos particulares, con una explicación mas

extensa para ponerlos á cubierto de sus escrúpulos y de las penas dictadas por las constituciones; de tal suerte, que no solo no aparentó no ver que firmaron con explicación, sino que lo aprobó y se dió por satisfecho de ello. Muchísimo me alegro de no haber juzgado á nadie. ¿A qué término me vería yo ahora reducido si hubiera condenado á personas á quienes el papa aprueba por lo tocante al hecho mismo por el que yo las hubiera condenado? ¿Y á qué reparación no estaría yo obligado si hubiera pronunciado un juicio contra ellos y hubiese autoriza-

«do á otros á hacer lo mismo en virtud de mi testimonio? porque en el fondo hubiera, contra el respeto que debo al papa y contra sus intenciones, condenado á los que él justifica, y hubiera considerado como á personas que están en el error y en la desobediencia á las mismas de quienes él está satisfecho y á quienes recibe en su seno y en su comunión, en virtud de un proceder lleno de caridad y sabiduría. Os aseguro que nunca me sucederá juzgar á nadie, y que seré mas religioso que nunca en las resoluciones que he tomado sobre este punto. Os hablo sin pasión y en un entero desinterés de todos los partidos (porque ninguno tengo, y soy incapaz de tener otro que el de la Iglesia); pero con la persuasión de que Jesucristo es quien me inspira lo que os voy á decir.

«Es imposible que Dios nos pida cuenta á vos ni á mí de que nos hayamos abstenido de juzgar no teniendo para esto ni carácter ni obligación; pero podría muy bien suceder que una conducta opuesta pesase sobre nuestras conciencias, por buenas que sean nuestras intenciones, si los que tienen autoridad ó obligación de juzgar, se engañan despues de haber puesto en ello toda la aplicación, los cuidados y la diligencia necesarios. Ellos pueden esperar que Dios, que conoce el fondo de sus corazones, los mirará con misericordia; pero por lo que hace á los que se adelantan y no tienen misión, si les sucede esa desgracia, no pueden esperar mas que un castigo riguroso, porque desde el momento en que se han ingerido y han usurpado un derecho que no los pertenece, han merecido que Dios los abandone á sus propias tinieblas. Os aseguro que ya considere que Jesucristo nos ha declarado que castigaria con un suplicio eterno al que diga á su hermano una leve injuria, ó ya me mire á mí mismo como á punto de ser juzgado, no hay cosa de que me halle mas distante que de juzgar á los demás.

«Tal debe ser la disposición de todo hombre que no esté prevenido, y que mire las cosas en su verdad sin interés ni pasión; pero el mal está en que creemos no tener ni uno ni otro, porque en efecto no tenemos interés ni pasión propios y particulares, siendo así que muchas veces nos hallamos empeñados en los de los otros sin advertirlo. Por mi parte estoy persuadido de que en tales materias el camino mas seguro es no salir de los términos de la sumisión y el silencio. Sé que este es el medio de enemistarse con todos los partidos y de no contentar á nadie; pero con tal que contente á Dios y que me conserve en su orden, nada se me importa de qué modo explicaran los hombres mi conducta. Verdaderamente ya no pertenezco á este mundo, y no soy bastante desgraciado, para volver á él despues de haberle dejado, por el designio de contentarlo contra mi deber y los impulsos de mi conciencia. Sin duda conoceréis que es tan difícil, cuando se habla aun en las causas mas justas, conservarse en las reglas de la moderación y de la caridad, que los mas venturosos son aquellos á quienes Dios ha puesto en estados, en los que nada los obliga á hablar ni á presentarse, y os confieso que no me canso de admirar y de compadecer al mismo tiempo la obcecación de la mayor parte de los hombres que no tienen mas dificultad en decir: Ese hombre es cismático; que la que tendrían si dijeran: tiene la tez descolorida y es mal carado. Al decir que no hablo mas que para vos solo, no es porque no quiera que se sepa cuales son mis opiniones y mis ideas sobre este punto; pero todavía preferiría, como es la verdad, que no fueran á imaginarse que me ocupo en asuntos que no me incumben.

«Tampoco podría prescindir de deciros que nada hay menos cierto que lo que se dice de que hago penitencia por haber firmado el formulario; pues no lo firmaré siempre y cuando que lo deseen mis su-

periores, y estoy persuadido de que en esto mi parecer es el verdadero; pero no niego que en el número casi infinito de los crímenes y de los males de que sé que tengo que dar cuenta á la justicia divina, debe ser comprendido el de haber imputado á las personas á quienes llaman jansenistas, opiniones y errores, de que mas adelante he reconocido que no eran culpables. Cuando me hallaba en el mundo, antes de pensar seriamente en mi salvación, me he explicado contra ellos en todas ocasiones, y me he tomado en este punto una entera libertad, persuadido de que podía hacerlo, fiado en relaciones de personas piadosas y doctas; sin embargo me engañé y no será excusa para mí en el tribunal de Dios haber creído y hablado por informes y sobre la fe de los demás. Esto me ha hecho tomar dos resoluciones, en que espero preservar con la gracia de Dios; una no creer nunca el mal de nadie, cualquiera que sea la religiosidad de los que lo digan, á menos de que me manifiesten una evidencia; y la otra no decir nunca nada, á menos de que con la evidencia me halle comprometido á ello por una indispensable necesidad. El que teme los juicios de Dios y sabe que ha merecido ser juzgado por él con rigor, es muy desgraciado cuando juzga á sus hermanos, pues que el principal medio de mover á Jesucristo á juzgarnos en su misericordia es abstenernos de juzgar.

«Pareceríame que obraba mal si sospechase de su fe (la de los jansenistas), pues que están en la comunión y en el gremio de la Iglesia. Ella los mira como á hijos suyos, y no puedo ni debo por consiguiente considerarlos por mi parte mas que como á hermanos míos.

«Decís que son sospechosos; pero libreme Dios de dejarme llevar de mis sospechas. Sé por mi propia experiencia, y todos los días lo experimento, hasta dónde llegan la injusticia y violencia de los llamados molinistas; no hay calumnias con que no procuren destruir mi reputación, no hay habillitas injuriosas que no propalen contra mi persona: como no pueden atacar mis costumbres, atacan mi fe y mi creencia, y deducen de las reglas de su moral y de la falsedad de sus máximas, que les es lícito decir contra mí todos los males que pueden sugerirles la envidia y la pasión. *Circumveniam justum quoniam inutillis est nobis et contrarius est operibus nostris*. Mi conducta no es conforme con la suya; mis máximas son exactas, las suyas relajadas; las sendas por donde yo procuro caminar son estrechas, las que ellos siguen son anchas y espaciosas: este es mi crimen; esto basta; es preciso oprimirme y destruirme. *Opprimamus pauperem justum, gravis est nobis etiam ad vivendum quoniam dissimilis est aliis villis*.

«¿Cómo queráis que yo les diese ningun crédito, y que pasasen por otra cosa en mi mente que por hombres arrebatados é injustos? ¿En qué pasaje de la Escritura ó de los libros de los santos Padres han hallado esos hombres tan celosos por la defensa de la verdad, que pueden en conciencia imputar el mayor de todos los crímenes, sin mas fundamento que puras imaginaciones, y desacreditar por toda especie de medios públicos y secretos á personas que sirven á Dios en el retiro y en el silencio, que no se mezclan ni en las contiendas ni en los negocios que dan edificación á la Iglesia, y cuya vida, por confesión aun de aquellos que no la aman, es irreproachable? Considerad vos mismo; ¿qué cosa puede ocurrir mas naturalmente, cuando llega á mis oídos algun rumor de las sospechas que se forjan contra los jansenistas, sino que puesto que los molinistas no se hacen ningun escrúpulo de imputarme excesos de que no estoy menos exento que vos mismo, aunque nada he dicho

jamás en su daño y ningun motivo tienen para quejarse de mí, es muy posible que atribuyen errores imaginarios á personas que no han tenido con ellos las mismas atenciones y miramientos, y contra las cuales están hace tanto tiempo en pugna declarada?

«Para hablaros francamente, me hallo muy distante de ser molinista, aunque estoy perfectamente sometido á todas las potencias eclesiásticas. No pienso como ellos en lo tocante á la gracia de Jesucristo, á la predestinación de sus santos y á la moral de su Evangelio, y estoy persuadido de que los jansenistas no tienen mala doctrina. Sería una gran flaqueza ajustar uno su conducta á los caprichos é imaginaciones del mundo; y los hombres de bien, que solo atienden á Dios en todas las circunstancias de su vida, no se cuidan por cierto de que otros se escandalicen de su modo de proceder, cuando no hay en él cosa alguna que saque del orden y las reglas. El escándalo no recae sobre ellos, sino sobre los que quieren hallar motivos para escandalizarse en cosas que no son vituperables.

«En fin, he observado desde que dejé el mundo los diferentes partidos que han agitado á la Iglesia; he visto por todas partes los intereses y las pasiones que los han continuado, y por la gracia de Dios no he tomado en ellos ninguna parte fuera de la de lastimarme y gemir en su vista delante de Dios, y pedirle que inspire sentimientos de paz y caridad á los que parece que los tienen enteramente contrarios. He vivido entre los unos y los otros en un estado de suspensión, y me he sometido á la Iglesia sin tener conexión con nadie, porque he creído que no había ninguna que no fuese peligrosa, y que el mejor de los partidos era no tener ninguno y antes bien adherirse simplemente á Jesucristo, y á aquellos á quienes ha dado su poder y su autoridad en su Iglesia.

«He permanecido en el reposo y en el silencio; y como muchas veces pienso en esta gran verdad, á saber, que Dios juzgará sin misericordia á los que hayan juzgado á sus hermanos sin compasión, me he abstenido de explicarme y de condenar la conducta y los sentimientos de los demás, sabiendo que no lo debía hacer, á menos de tener evidencias y certezas que nunca he tenido, de estar comprometido á ello por verdaderas necesidades. No me propongo de agradar á los hombres, no solicito ni que me aprueben ni que me estimen, y sé muy bien que Dios nunca manifiesta mas claramente en los que le pertenecen que no desecha los servicios que le rinden, que cuando permite que sean perseguidos; y la única pena que tengo es ver que esos hombres empañan sus conciencias como si no supieran que Dios juzgará á los calumniadores con tanto rigor y severidad como á los homicidas y á los adúlteros.

«Réstame otro punto, que es impedir el que se vea que yo favorezco el partido de los molinistas; porque os confieso que la moral de la mayor parte de los que tienen alguna, está tan corrompida; sus máximas son tan contrarias á la santidad del Evangelio y á todas las reglas é instrucciones que nos ha dado Jesucristo, ó por medio de su palabra ó por el ministerio de sus santos, que no hay cosa que yo pudiera sufrir menos que el ver que se sirviesen de mi nombre para autorizar sentimientos que condeno con toda la plenitud de mi corazón. Lo que me sorprende en mi dolor, es que sobre este punto todo el mundo enmudece, y que hasta los mismos que hacen profesión de tener celo y devoción guardan un profundo silencio, como si hubiera algo mas importante en la Iglesia que conservar la pureza de la fe en la dirección de las almas y de las costumbres. Yo por mí, que nunca me he acalorado contra nadie, porque siempre me he preservado de todo linaje de conexiones, cuando considero las cosas con el desinterés

de un hombre que no quiere tener mas que á Dios y á la verdad delante de los ojos, y cuando procuro discernir lo que motiva que se tenga tanto calor sobre ciertas materias, al paso que sobre otras solo se muestra indiferencia y tibieza, lo que se me presenta mas naturalmente es que lo que da el movimiento á la mayoría de los hombres, es el interés que por una parte hay en agradar y engañar y que por la otra es seguro perder (hablo de los que son teólogos y no pueden ignorar el fondo y las consecuencias de las cosas); y como yo nada tengo que perder ni que ganar en este mundo, y como he reducido á sola la eternidad todas mis pretensiones y mis esperanzas, no me gustan ni puedo comprender tales atemperamientos y consideraciones. Es cierto que si Dios no tiene compasión del mundo y no impide el efecto de la aplicación con que se trabaja para destruir las máximas verdaderas para sustituir en su lugar otras que no lo son, los males se multiplicarán y se verá en breve una desolación casi general.»

No he abreviado esta carta demasiado larga para nosotros, porque decide una cuestión tan viva entonces y hoy tan muerta. El jansenismo por su rigidez, debía agradar á un solitario: todo esto nos parecerá abrumador, porque el espíritu humano no alcanza ya fuerzas para tenerse en pie. Rancé, influido por Bossuet, mudó de opinión, cesando de tolerar lo que había respetado. La estabilidad no pertenece mas que á Dios *Manet in eternum*.

En el año 1678 Rancé hizo al mariscal de Bellefonds una declaración de sus principios. Bellefonds era aquel mismo mariscal castigado en la guerra por dos desobediencias felices, y á quien Bossuet escribió una carta sobre la conversión de madama de la Vallière. La carta de Rancé ha llegado á ser muy rara; se trataba de rechazar las acusaciones que se alzaban contra los rigores de la Trapa.

«Si no es imposible, dice el abad al mariscal, entonces los cánticos del Señor en una tierra extranjera, es preciso creer sin embargo que es difícil seguir fielmente sus caminos cuando se vive rodeado de negocios y de placeres.

«Dios no ha recomendado á todos los hombres que abandonen el mundo; pero á todos ha prohibido que amen el mundo.

«Mi profesión quiere que me considere como un vaso roto que ya no sirve mas que para ser pisoteado; y en verdad que si los hombres me toman á veces por donde no soy tal como me creen, hay por otra parte en mí iniquidades que nadie conoce y sobre las cuales nada me dicen; de modo que no puedo dejar de creer que las injusticias que me vienen del mundo son justicias secretas y verdaderas de parte de Dios, y por esta razón considero en esto á los hombres como ejecutores de sus venganzas.

«Tal es la disposición en que me hallo y que debo confesar, tanto mas, cuanto están cerca los confines de mi vida: en las puertas de la eternidad no hay cosa mas eficaz para conseguir que Dios me juzgue en su clemencia que el ser juzgado por los hombres sin compasión.»

En el año de 1679 Bellefonds llamó á Rancé á París. Estos Bellefonds de Normandía eran descendientes de los Bellefonds de Turena. La marquesa de Chatelet, hija del mariscal, vivió muy pobre con su marido en Vincennes, cuyo gobernador era Bellefonds, el cual murió en el castillo donde en lo sucesivo le esperaba el duque de Enghien, que aun no había venido al mundo.

El mariscal llamaba á Rancé para que viese á madama de la Vallière, como conocedor del mal de que estaba atacada. Cincuenta cartas de madama de la Vallière á Bellefonds están impresas en una continuación del compendio de la vida de la célebre querida

de Luis XIV. El autor de este compendio es el presbítero Lequeux, editor de varios opúsculos de Bossuet.

«Vivid escondida», dice Bossuet á madama de La Vallière, en su discurso sobre su profesión; «tomad un tan elevado vuelo que no halleis el reposo mas que en la esencia eterna.» «En fin, deo el mundo, escribe madama de La Vallière; «lo hago sin arrepentimiento, pero no sin dolor. Creo, espero y amo.» «No habla aquí Emilia? Hermosa sociedad debía ser aquella en que este hermoso lenguaje era natural. En su carta del 7 de noviembre de 1675 al mariscal de Bellefonds, madama de La Vallière dice: «No puedo menos de comunicaros la alegría que he experimentado al ver al señor abad de la Trapa; siempre vivo en la confianza de la paz, y nuestro santo abad me ha exhortado mucho á perseverar en ella. ¡Cuán feliz sois, señor mariscal, en hallaros en el estado en que quiere que os halleis!» Bellefonds, ayudado por Rancé y por el bastío de Luis, apoyaba la resolución de la fugitiva: el mundo veía á una de sus víctimas bajo el sayal, Rancé, estimular á cubrirse con el cilicio á otra de sus víctimas. Los Carmelitas estaban llenos de una población de mujeres, allí se vivía en una atmósfera que había aspirado y espirado el pecho de hermosas y jóvenes compañeras. Madama de La Vallière no quería que la hablasen ni aun de su hijo; imaginábase que ningún otro hombre mas que el rey podía estar presente en su pensamiento; vivía á solas, bajo el velo, con Dios y Luis.

Tal era la aventura colocada en el camino de *La Maison-Dieu*. Todos los recuerdos venían de dentro y de fuera á sepultarse en aquellas soledades; cada penitente llevaba consigo sus culpas. Los arrepentidos se paseaban por caminos apartados; se volvían á encontrar para no volver á hallarse jamás. Las almas que llevaban recuerdos, desaparecían como los vapores que he visto en mi infancia en las costas de la Bretaña; nieblas, según se decía, producidas por los lejanos volcanes de la Sicilia. En todos los caminos de la Trapa se encontraban fingidos del mundo; Rancé, por su cuenta y riesgo, iba á recogerlos, y traía en la falda de su hábito cenizas ardientes, que sembraba en eriales, para abonar los desiertos con reliquias de pasiones. En el día ya no se ven deslizarse por las sombras aquellas blancas cacerías, cuyas bocinas creían oír Carlos V y Catalina de Médicis entre las ruinas del palacio de Lusignan, mientras que alguna hechicera volando lanzaba su grito.

Al bajar de las enhiestas alturas donde iba yo buscando los lares de Rancé, se ofrecían á la vista campamentos de paja contorneados por el humo; nubecillas muy bajas se alzaban de lo mas hondo de los valles. Al acercarme, aquellas nubecillas se convertían en personas vestidas de lana burda; distinguía algunos segadores:—Madama de La Vallière no se hallaba entre los yerbas segadas.

Rancé se había resuelto á no componer ninguna obra que recordase su existencia. A los sesenta años, vencido por sus achaques, no estaba tentado de volver á las ilusiones de su juventud, á pesar de los estímulos que hallaba en las canas de su amigo Bossuet. Como muchas veces leía conferencias á sus hermanos, quedábale un gran número de discursos y al cabo se dejó vencer por las súplicas de un religioso enfermo que le conjuraba que los reuniese: así se halló formado poco á poco el tratado que intituló: *De la santidad y de los deberes de la vida monástica*. Sacáronse en el convento muchas copias de este tratado; una de ellas cayó en manos de Bossuet:—Bossuet, asombrado, se apresuró á escribir á Rancé que exigía que se publicase su obra, y que él se encargaba de hacerla imprimir. Fray Rigoberto y el abad de Chatillon unieron sus solicitudes á las del grande obispo. Rancé había tirado la obra á la lumbre, de donde se logró sacar algunos cuadernos medio chamuscados. Por

efecto de una de aquellas flaquezas comunes en los autores, Rancé había recogido los despojos del incendio y los había retocado; una de las copias postflamas era la que había llegado á manos de Bossuet. «¿Cómo, señor ilustrísimo, le escribía Rancé, quereis que me eche encima todas las órdenes religiosas?» —«Escusais enfadaros, respondió Bossuet; no sereis dueño de vuestro manuscrito, y en él pensareis delante de Dios.» Insistió el abad de la Trapa, y Bossuet le contestó: Responderé por vos; tomaré vuestra defensa; no tengais cuidado.

En efecto, se ve al frente de las ilustraciones sobre el libro *De los deberes de la vida monástica* esta aprobación de Bossuet: «Después de haber leído y examinado las ilustraciones, las hemos aprobado con tanta mas satisfacción, cuanto esperamos que todos los que las lean quedarán convencidos de la santa y saludable doctrina del libro *De la santidad y de los deberes de la vida monástica*. En Meaux, nel 10.^o día de mayo de 1685.»

¿Qué obra era esta que había cobijado con sus alas el águila de Meaux? En vano Rancé no quería convenir en que le había quedado su juventud; se decía y se creía viejo, y la vida estaba rebosando en él. Sin embargo, sucedió lo que había previsto: á los dos ó tres años de la publicación del libro se suscitó una larga contienda. La gravedad de aquellas controversias en nada se asemeja á las reyertas literarias del día; esta parte de aquellos tiempos pasados es curiosa y digna de ser conocida. Bossuet no se engañó, ni en punto al fondo, ni en punto al estilo de la obra. Veamos el análisis *De la santidad y de los deberes de la vida monástica*; dejó hablar á Rancé:

«Las reglas de las observancias religiosas no deben considerarse como invenciones humanas. San Lucas ha dicho: Vended lo que teneis y dádselo á los pobres; hecho esto, venid y seguidme. Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre y á su madre, y á su mujer y á sus hijos, y á sus hermanos y á sus hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo.

«Juan Bautista pasó en el desierto una vida de desprendimiento, de pobreza, de penitencia y de perfección, cuya santidad se transmitió á los solitarios, sus sucesores y discípulos.

«San Pablo el anacoreta y San Antonio buscaron los primeros á Jesucristo en los desiertos de la baja Tebaida; San Pacomio apareció en la alta Tebaida, y recibió de Dios la regla, por la cual debía conducir á sus numerosos discípulos. San Macario se retiró al desierto de Scithé; San Antonio al de Nitry; San Serapio á las soledades de Arsinoe y de Memfis; San Hilarion á la Palestina, fuentes abundantes de innumerable multitud de anacoretas y de cenobitas que llenaron el Africa, el Asia y todas las partes del Occidente.

«La Iglesia, como una madre demasiado fecunda, empezó á debilitarse con el gran número de sus hijos. «Habiendo cesado las persecuciones, el fervor y la fe disminuyeron en el reposo; sin embargo, Dios, queriendo perpetuar su Iglesia, conservó algunas personas que se separaron de sus bienes y de sus familias, por medio de una muerte voluntaria, que no era ni menos real, ni menos santa, ni menos milagrosa que la de los primeros mártires. De aquí, nacieron las diferentes órdenes monásticas, bajo la dirección de San Bernardo y de San Benito. Los religiosos eran ángeles que protegían á los Estados y á los imperios con las oraciones; pilares que sostenían la bóveda de la Iglesia, penitentes que aplacaban con torrentes de lágrimas la cólera de Dios, fúlgidas estrellas que llenaban de luz el mundo. Los conventos y los peñascos eran su morada; se encerraban en las montañas como entre murallas innaccessibles; convertían en templos todos los sitios donde se encontró

ban; descansaban en la cima de las colinas, como palomas; se sostenían como águilas; en la cumbre de los riscos; su muerte no era menos feliz, ni menos admirable que su vida, en sentir de San Efrein. No se tomaban el menor cuidado de labrarse sepulturas; estaban crucificados para el mundo: muchos, como clavados en la punta de las rocas escarpadas, entregaron voluntariamente sus almas en manos de Dios: hubo algunos que, paseándose con su sencillez ordinaria, han muerto en las montañas que les servían de sepulcro. Algunos, sabiendo que era llegado el momento de su libertad, se ponían con sus propias manos en la tumba: los ha habido que, cantando las alabanzas de Dios, han espirado en el esfuerzo de su voz, habiendo terminado su oración y cerrado su boca solo en el postrer trance. Esperan á que la voz del arcángel los despierte de su sueño; entonces florecerán de nuevo como los lirios, ostentando una blancura, un brillo y una hermosura infinita.

Después de esta descripción admirable para hacerles amar la muerte, añade Rancé: «No dudo, hermanos míos, que os llevan vuestros pensamientos hácia el desierto; pero es preciso moderar vuestro celo. Ya han pasado los tiempos; las puertas de las soledades están cerradas; la Tebaida no está ya abierta.»

Verdad era; pero las órdenes religiosas habían reconstruido en sus conventos la Tebaida: habían representado en sus claustros las palmeras de los arenales: los monasterios eran unos planteles de fecundidad donde se criaban las plantas divinas; donde tomaban su incremento antes de ser trasplantadas. Así, cuando se bajaba de la montaña y se estaba próximo á entrar en Claraval, se reconocía á Dios por donde quiera: en mitad del día se hallaba un silencio semejante al de la mitad de la noche: el único rumor que allí se oía era el sonido de las diferentes obras manuales, ó el de la voz de los hermanos cuando cantaban las alabanzas del Señor. La sola fama de aquel profundo silencio imprimía una reverencia tal, que los seglares temían decir una palabra. Una selva rodeaba al monasterio: las viandas de que se alimentaban los monges no tenían mas sabor que el que les daba el hambre.

Rancé pasa á la explicación de los tres votos de la vida monástica, castidad, pobreza y obediencia. Dice que en el pensamiento de San Agustín, una virgen casta consagrada á Dios, tiene todo lo que puede servirle de ornato; sin lo cual la virginidad le hubiera sido vergonzosa, porque ¿de qué le serviría tener la integridad del cuerpo no teniendo la del alma? El reformador insiste, sin tomarse cuidado de sus recuerdos. ¿Qué ventaja sacaría un religioso de haber abandonado los bienes de la fortuna sin conservarse otros afectos y otros lazos? Nuestro corazón se halla donde está nuestro tesoro; estamos ligados por los objetos que amamos, y sin embargo, hermanos míos, dice Rancé, si el religioso no se priva de los falsos placeres, se reserva los verdaderos tedios que los acompañan; toda su carrera no será mas que una continuidad de caídas y recaídas. En un viaje, para ir mas ligeramente al cielo, es preciso descargarse de todo lo que puede impedir avanzar en el camino. La pobreza religiosa separa el corazón: lo mismo que la castidad, de todo lo visible é invisible si no es eterno.

Rancé recomienda la caridad como la primera de las virtudes. Un cristiano, dice San Pablo, no ha nacido mas que para amar, lo que hace que el amor de Dios sea tan raro entre los hombres, es que los arrastran otros amores. «Por lo que hace á vosotros», dice el reformador en un lenguaje admirable, «por lo que hace á vosotros, hermanos míos, Dios os ha removido todos esos obstáculos, y os ha preservado de esas especies de tentaciones, retirándoos á la soledad. Sois, con respecto al mundo, como si no existiera; está borrado en vuestra memoria, como lo estáis en

la suya; ignorais todo lo que pasa en él; sus sucesos y sus revoluciones mas importantes no llegan hasta vosotros; jamás pensais en él, si no cuando os lamentais de sus miserias delante de Dios; y hasta los nombres de los que gobiernan os serian desconocidos, si no los aprendierais por medio de las oraciones que dirigís á Dios por la conservación de sus personas. En fin, habeis renunciado, abandonándolo á sus placeres, á sus intereses, á sus bienes, á sus vanidades, y habeis puesto de repente bajo vuestros pies, lo que los que le aman y le sirven han colocado en el fondo de su corazón.»

Tal es este *Tratado de la santidad y de los deberes de la vida monástica*, en el que cree uno oír los llenos y magestuosos sonidos del órgano: leyéndole cree uno pasearse por una basílica, cuyas pintadas vidrieras centellean con los rayos del sol. ¡Qué tesoro de imaginación en un tratado que parecia prestar tan poco campo para ella! El trabajo de Rancé enseñará á los que no le conocían que hay en nuestra lengua una magnífica obra mas.

Al principio siguió á la publicación de este libro un largo silencio, tanto de admiración como de asombro: no se necesitaron menos de dos años para que los amores propios y las pasiones se repusiesen del choque que habían recibido con ella, pero al fin se reanimaron y se entabló la lucha, que empezó en Holanda, donde la literatura francesa tenía su eco; eco protestante que repetía mal el sonido, y no le repetía si no áspere y secamente.

El verdadero motivo de la conversión del abad de la Trapa, por Laroque, que ya he citado, es una respuesta á los *Deberes de la vida monástica*. Está en forma de diálogo, según el gusto de la época: Timócrates y Filandro hablan del libro de Rancé. Timócrates es un buen hombre que, de cuando en cuando, tiene mucha gana de admirar el libro de los *Deberes*: pero Filandrolo morigera, afirmándole que la obra del solitario de la Trapa no vale un ardite. A cada exclamación de Timócrates, Filandro exclama: «¡Ah! pues no lo sabía. Mucho celebraré que examineis lo que dice sobre ese punto, y me hareis un favor en señalarme el pasaje. Los dos interlocutores se van á comer, se citan para el día siguiente en el jardín de las Tullerías, y continúa la conversacion. Timócrates acusa á Rancé de desdenar la Escritura, de querer echarla de sabio á cada momento, de citar á Aristófanes en griego. «Desearia saber» prosigue Timócrates, «cuándo lo habrá leído, si cuando era joven, si antes de haber dejado el mundo, ó despues. Duro se me hace creer que se acuerde tan perfectamente de una lectura hecha há mas de treinta años, por lo cual creo que lo mas probable es que en su retiro se habrá entretenido con ese poeta cómico.»

Reparillo de mala fé, pero gracioso. El P. Mege impugnó seriamente el primero de la obra de Rancé en su *Comentario sobre la regla de San Benito*. El libro *De la santidad y de los deberes de la vida monástica* había tenido ya tres ediciones, cuando, por fin, en la sombra de los claustros, se oyó un rumor de papel y de polvo:—era Mabillon que se levantaba. No había encanecido bajo sus volúmenes en folio, no miraba en derredor de sí los pergaminos mohosos de los primeros días de la monarquía, para oírse decir que había perdido su alma y su tiempo en el estudio de las cosas pasadas: el compilador de la *Vetera analecta* se creyó obligado á sostener la causa de los eruditos, de quienes era honra y gloria. Los dos sabios campeones que salieron á la palestra estaban bien armados de griego y de latín. «Cuando pretendemos luchar contra esos sabios, manifestamos lo que nos falta en esta monarquía DOCTA Y CONQUISTADORA», dice Bossuet. El P. Mabillon procede metódicamente: no deja cosa alguna detrás de sí; experto investigador, todo lo registra; no da un paso sin forzar á todo un

siglo á levantarse. Intimo confidente de las crónicas dice, como el P. La Cordaire: «El tiempo llevará la pluma después de mí.»

Se dirige á los jóvenes religiosos benedictinos de la congregación de San Mauro:

«A vosotros, carísimos hermanos míos,» les dice, «es á quienes me reconozco obligado á ofrecer esta obra, pues que para vosotros particularmente la he emprendido y compuesto. Ruégoos que considereis bien que no pretendo hacer aquí de nuestros monasterios puras academias de ciencias; si el grande apóstol se gloriaba de no tener otra mas que la de Jesucristo crucificado, tampoco nosotros debemos tener otro objeto en nuestros estudios: es verdad, y San Pablo lo ha dicho, que la ciencia sin la caridad envanece, pero es seguro también que, con el auxilio de la gracia, nada es mas á propósito para conducirnos á la humildad, porque nada nos hace conocer mejor nuestra vanidad, nuestra corrupción y nuestras miserias.»

El ilustre sabio se ponía á cubierto de las reconvenções de Rancé con esta ingeniosa interpretación del estudio. Hasta en el modo como imprime su tratado, parece que reproduce en letras mayúsculas algo del carácter monumental de las inscripciones. Aparta para los teólogos escolásticos las cuestiones de la facultad obediencial y del modo como obra sobre los condenados el fuego material, y en seguida entra en materia: «Lo que al principio me hizo titubear,» dice en su prefacio, «acerca de la composición de mi obra, es que el gran siervo de Dios que hace hoy tanto honor al estado monástico, se ha explicado de un modo tan noble y elevado sobre este asunto, que no es fácil hacerlo con acierto después de él. Podría, sin embargo, convenir con él en que si todos los solitarios fueran como los suyos y hubiera seguridad de tener siempre superiores tan ilustrados como él, no sería muy necesario que aquellos se dedicasen á los estudios, pues que en este caso su superior supliería para ellos la falta de libros; pero es difícil, por no decir imposible, que todas las comunidades consigan este beneficio.»

Después de esta santa cortesía continúa Mabillon: la razón y el saber le llamaban á triunfar. Asegura que los frailes están obligados á estudiar, que los grandes hombres que han florecido entre los frailes son una prueba de que se cultivaban las letras entre ellos, y que las bibliotecas de los monasterios son otra prueba de los estudios que en ellos se hacían. Habla de la institución de la abadía del Bec y de los Cartujos: manifiesta que los monasterios del Oriente se ocupaban también en el estudio de las letras, testigos San Basilio, San Crisóstomo, San Gerónimo, Rufino, Casiano y su compañero German. Recuerda el monasterio de Lerins en el Occidente, la abadía del Monte Casino el monasterio de San Columbano, las escuelas anejas á las catedrales y á los monasterios, los sabios que salieron de aquellas escuelas, el famoso Gerbert, Lupo de Ferrières, Lanfranco, Anselmo; manifiesta que los frailes, ocupados en transcribir las obras de los antiguos, son los que nos las han conservado; que los concilios y los papas, lejos de prohibir los estudios á los frailes, los han obligado, por el contrario, á estos estudios; para la convicción de la Francia, basta la autoridad de Carlomagno y de San Luis.

La erudición siempre segura rebosa en el *Tratado de los estudios monásticos*, donde el autor descende á los mas pequeños preceptos; enseña á descansar la voz á tiempo en las lecturas, y recomienda ante todo la brevedad, aunque él por su parte es un poco difuso: un lacónico *Hic jacet Sugerius abbas* vale mas, dice, que una verbosa inscripción.

«Los que cotejan los manuscritos con un impreso,» añade el erudito, «deben, para la facilidad de los que se sirvan de ellos, señalar la página y el número de

la línea del impreso, donde cae la corrección ó la diversa lección; y á fin de que no estén obligados á contar á cada vez las líneas, podrán hacer una escala de cartón ó de papel, sobre la cual señalarán el número de las líneas en la misma distancia á que están en el impreso.»

¡Maravilloso siglo aquel en que Mabillon, olvidando su argumento se convierte en un simple pedagogo, y en que Bossuet, convertido en cura párroco, explica el catecismo á los niños de su diócesis!

No hay elocuencia en ese *Tratado de los estudios monásticos* opuesto al parecer de Rancé, pero se advierte una razón superior, una tierna mansedumbre un no sé qué que va al corazón: «Escribamos, pues,» dice al concluir, «y compongamos cuanto queramos y trabajemos para los demás. Si no estamos penetrados de estos sentimientos, trabajaremos en vano, y no sacaremos de nuestro trabajo mas que una funesta condenación. Todo pasa, excepto la caridad: *Quotidie morimur, quotidie commutamus, et tamen æternos nos esse credimus.*»

Rancé se exaltó al verse atacado por Mabillon; su respuesta es tan erudita como la del benedictino, pero es sofisticada. Si el superior de la Trapa no tiene razón, se sostiene á favor de una elocuencia que saca de su pasión por los padecimientos. Rancé dirige su respuesta á sus hermanos trapenses, como Mabillon predicó su obra á sus jóvenes compañeros.

«Como Dios me ha encargado, hermanos míos,» les dice, «velar constantemente en la custodia de vuestras almas, me reconozco obligado á deciros que se ha publicado recientemente un libro que ataca una verdad que hemos enseñado como una de las mas importantes y necesarias para conservar la regularidad en los claustros. El intento del autor es probar que el estudio de las ciencias es necesario al estado monástico: os confieso que lo que mas me aflige en la obligación en que estoy de explicaros mis pensamientos sobre este asunto, á fin de preservaros de una opinión que me ha parecido tan peligrosa, es que bestimo y considero al que ha compuesto esa obra; y que su virtud, no menos que su doctrina, le recomiendan particularmente.»

¡Qué diferencia entre aquel público competente y escogido, y el público á quien al presente nos dirigimos!

Rancé considera una á una las proposiciones de Mabillon y las va sucesivamente refutando con ejemplos. Como por necesidad hay partes flacas en una grande obra, el abad las ataca hábilmente: «Alaban, hermanos míos,» dice, «alaban á Marcos, discípulo, á lo que aseguran, de San Benito, porque hacia buenos versos. ¡Qué alabanza para un monje! Estoy seguro de que San Benito no le legó esa ciencia en su testamento, y de que no se la enseñó con su ejemplo. ¡Qué prenda para un solitario la de ser poeta!

«Lupo, abad de Ferrières, hace mal en rogar á Benedicto III que le envíe el libro del Orador de Cicero, los doce libros de Quintiliano y el comentario de Donato sobre Terencio: ¿no hubiera hecho mejor en gemir allá en el fondo de su claustro sobre sus propios pecados como sobre los del mundo, y en sostener á sus hermanos que, en aquel siglo de hierro, tenían necesidad de ser socorridos y consolados?»

Rancé se precipita entre los monges sabios para romper el orden de sus filas, sin advertir que los hace amables; se rie de Hubaldo, autor de ciento treinta versos en loor de los calvos. Rancé tenía razón; pero ¿qué prueba esto sino que Rancé conservaba un resto de ironía mundana?

No se dió por vencido Mabillon, y replicando en sus *Reflexiones*, reunió en ellas nuevos datos en favor de los estudios monásticos. Estas obras de Mabillon no están escritas con fuego; una sensata atención, llena de moderación y mesura, una tierna pie-

dad, una sabiduría humilde y modesta, una santa urbanidad, reinan en todas ellas. Con estas patéticas palabras concluye:

«He procurado observar todas las reglas de la moderación; pero no me atreveré á lisonjearme de que no se me haya escapado cosa alguna contraria á ellas, y de no haber hecho, obrando de esta manera, traición á mis mas puras y rectas intenciones. ¡Ojalá pudierais ver mi corazón, reverendo padre mio (el abad de la Trapa)! porque permitidme que os dirija estas palabras al fin de esta obra, para que así conozcaís por ellas la disposición en que me hallo, con respecto á vuestra persona, como con respecto á vuestra casa. Muy distante estoy de desaprobare la conducta que en ella observais con vuestros religiosos relativamente á los estudios; pero si los creéis bastante fuertes para no necesitar de ellos, no quiteis á los demás un sosten de que tienen necesidad.»

«Si considerais oportuno replicar á estas reflexiones, ruégoos que veais mi pensamiento como yo he procurado ver el vuestro; pero por Dios, no salgamos de este terreno en los términos de nuestra contestación. Espero que Dios me hará la merced de no entrar nunca en estas especies de pormenores; sean cuales fueren las cosas que me digan y que yo pueda llegar á saber, jamás haré de ellas otro uso que el de sacrificarlas á la paz y á la caridad cristiana. Escribid, pues, si quereis, contra el abuso que puede hacerse del estudio y del saber, pero tratad bien al mismo tiempo á ambos, porque son buenos en sí mismos, y de ellos puede hacerse muy buen uso en las comunidades religiosas. La caridad es la que uniendo los trabajos de los unos con el estudio de los otros, por medio de la intimidad de sus corazones, hace que los que estudian participen del mérito del trabajo de sus hermanos, y que los que trabajan se aprovechen de las luces de los que estudian. Deseo con todo mi corazón que este sea, para unos y otros, nuestro común patrimonio; felices si tal pudiera ser el fruto de nuestras contiendas, y si discordes en punto á ciencia, perseverasen al menos reunidos en el espíritu de caridad. Perdonadme, reverendo padre, porque es preciso acabar con las palabras del santo doctor; pero donadme si he hablado con alguna especie de libertad, y estad persuadido de que no lo he hecho con el menor intento de ofenderos; *non ad contumeliam tuam, sed ad defensionem meam*. Sin embargo, si aun en esto me he engañado, también os suplico que me lo perdoneis.»

No es esta una de aquellas ostentosas modestias que se glorifican. Mabillon hablaba con todo su corazón; ningún oculto amor propio corrompía la sinceridad de sus declaraciones: tales son los frutos de la religión. ¡Qué diferencia entre esa mansedumbre y aquella amargura del saber, que se advertía en las reyertas de Milton y de Saumaise y en los juicios de Escaligero!

Los hechos confirmaron las pruebas; y en efecto, vemos á Mabillon en la Trapa seguido y acompañado con respeto por Rancé. El 4 de junio de 1693, Rancé escribió al presbítero Nicaise: «El P. Mabillon vino aquí hace siete u ocho días solamente. La entrevista ha sido cual debía; difícil es hallar juntamente mas humildad y mas erudición que en este buen padre.»

Bossuet, con su gran juicio, ilustró el punto de la dificultad, distinguiendo el estado de solitario del de cenobita.

No acabó aquí la disputa; los frailes sabios habían tomado las armas. El P. Claudio du Vert, bajo el nombre de Fray Columbart, se lanzó á la lid: el infatigable Rancé respondió como siempre. Salieron además cuatro cartas del P. Sainte Marthe, y á ellas respondió Rancé en una carta muy breve dirigida á Santeuil, juez colgado con sus excelentes poesías latinas en la frontera de los dos Parnasos.

Por lo demás, la aversión á las letras que experi-

mentaba Rancé se ha hallado en muchos hombres, y aun en hombres de su tiempo, que habían aprendido á despreciar lo que en su principio solicitaron. Boileau escribía á Brienne: «No cristiana, sino muy filosóficamente discurrendo, me parecen los versos una locura. En vano vuestro pastor con sotana, quiero decir, Mr. de Maucroix, lamenta la pérdida del *Facistol*, si algún motivo me hace rasgarle algún día, no será la devoción, sino el poco aprecio que hago de él, igualmente que de todas mis obras. Acaso me direis que hoy me hallo en un grande acceso de humildad: nada de eso: nunca tuve mas orgullo, porque si hago poco caso de mis obras, todavía hago menos de las de nuestros poetas del día, de las que no puedo leer ni oír una sola, aunque sea en mi elogio.»

¿Qué diría, pues, el crítico, ahora que no hay uno de nosotros, grande ó pequeño, que no se crea seguro de llegar á los astros? Por mi parte, por muy prendado que esté de mi pobre persona, sé muy bien que no pasaré mas allá de mi vida. En algunas islas de la Noruega se desentierran urnas en que se ven grabados caracteres indescifrables. ¿A quien pertenecen aquellas cenizas? No lo saben los vientos.

Mabillon nació el 23 de noviembre de 1632, en Saint Pierre Mont, aldea de la diócesis de Reims, y murió siete años después que Rancé, el 27 de diciembre de 1707. A la noticia de aquella muerte, dijo Clemente XI «que Mabillon debía ser enterrado en un lugar distinguido, porque sin duda preguntaría la posteridad dónde se habían depositado sus restos: *Ubi posuistis eum?*»

Después de haber sido conservados en el Museo de los Monumentos franceses, se trasladaron los despojos mortales del sabio, en febrero de 1819, á la abadía de San German de los Prados. Nuestro comun maestro, Mr. Agustin Thierry, ha escrito estas palabras sobre el primer monumento de nuestra monarquía: descubramonos con respeto para entrar en la fúnebre bóveda: «Esta iglesia fue la sepultura de los príncipes merovingios: su pavimento subsiste; y en el recinto del edificio, reconstruido muchas veces, se conserva todavía el polvo de los hijos del conquistador de la Galia. Si algo valen estas relaciones, aumentarán el respeto de nuestra edad á la antigua abadía real, ahora simple parroquia de París, y acaso añadirán una emoción mas á los pensamientos que inspira esta casa de oraciones, consagrada hace mil trescientos años.» En agosto de 1685 se revocó el edicto de Nantes: los ciento cincuenta y ocho artículos habían sido sucesivamente cancelados por leyes. Con este motivo escribía el abad de Rancé: «Es un prodigio lo que ha hecho el rey contra la estirpación de las herejías; necesitábanse para esto un poder y un celo no menores que los suyos. El templo de Charenton destruido, y ningún ejercicio de religión en el reino, es una especie de milagro que no hubiéramos creído ver en nuestros días.»

Los tiempos trasformaron á los hombres. La filosofía ha vituperado la revolución del edicto de Nantes, ensalzada por el siglo XVI. Este edicto establecía la unidad en el Estado: acaso no hallaría hoy Rancé la misma contradicción á sus doctrinas cuando dice: «Hemos tenido los nuevos regocijos de la derrota de los enemigos del rey (los ingleses). No sé por qué toda la cristiandad no se une para completar la obra, que sería la total destrucción de ese Estado de Satanás.»

Con no menos vivacidad escribía Rancé al presbítero Nicaise: «Lo que me habeis dicho de la molestia de escribir á Londres, es tiempo perdido; hay un artículo sobre el cual los herejes son incorregibles, y es el de la penitencia: no admiten a las que la que se halla en el matrimonio, en lo cual no andarían tan errados, si el espíritu de penitencia fuese el que los hiciese casarse con una mujer y aceptar su mal humor y los inconvenientes anejos á este estado. No

discurso la Trapa comparable tal situación, y esta en que vivimos me parece un lecho de rosas con respecto á lo que sabemos que sucede á los mal casados.»

Las aves han vuelto, los estanques se han secado, los nuevos cenobitas que se hallan en la Trapa son perfectamente conformes á los que habitaban este desierto en el siglo XI. Parecen una colonia olvidada de la edad media; cualquiera diría que representan una escena de otros tiempos, si al acercarse á ellos no se echase de ver que son actores reales, que una orden de Dios ha transmitido del siglo XI á nuestra escena: no tienen relación con los tiempos modernos mas que por medio del trabajo.

No se sabe si Rancé siguió una correspondencia epistolar con la abadesa de Clairéts, como la siguió con Luisa Reger de La Mardellière, madre del conde de Charny; acaso á fuerza de indagaciones podrían

hallarse algunas de las cartas que escribía Rancé en su juventud á madama de Montbazon, pero ya no tengo tiempo para ocuparme en esos errores. Para informarme de las primaveras de otras vidas, necesitaría hallarme en la de la mia: jóvenes vendrán que tendrán solaz y humor para buscar lo que yo indico. El tiempo ha tomado mis manos en las suyas: nada se coge en días de invierno.

En la *Menagania* se encuentra lo que pensaba Menage de Rancé? «Nunca leo», dice, «las obras del abad de la Trapa sin admiración; es el hombre que mejor escribe en todo el reino; su estilo es noble, sublime, inimitable; su erudición profunda en materia de regularidad, sus investigaciones curiosas, su ingenio superior, su vida irreprochable, su reforma una obra de la mano del Altísimo.»

Una carta de madama de Maintenon, de 29 de ju-



LA ABADESA DE CLAIRETS RECIBE DE RODILLAS A RANCÉ.

nio de 1698, nos da noticia de un viaje de su hermano á la Trapa, y añade: «Envidio la dicha que ha tenido mi hermano de ver lo mas edificante que hay en la Iglesia, y de haber oído á aquel de quien se ha valido Dios para establecer á todos esos santos, que parece que ya no son de la tierra.»

De suerte que todo se ocupaba de Rancé; todo, desde el genio hasta la grandeza, desde Leibnitz hasta madama de Maintenon.

El estilo de Rancé nunca es juvenil; su juventud se agostó con madama de Montbazon. En las obras de Rancé falta á las flores el soplo de la primavera; pero en cambio ¡qué tardes de otoño! ¡Cuán bellos son esos recuerdos de los últimos días del año!

Rancé escribió mucho; lo que domina en él es un vehemente odio á la vida; lo inexplicable, lo que sería horrible si no fuera digno de admiración, es la impenetrable barrera que ha colocado entre él y sus lectores. Jamás una confesión; nunca habla de lo que ha hecho, ni de sus errores, ni de su arrepentimiento. Lle-

ga, delante del público, sin dignarse decirle quién es; la criatura no merece la pena de que se explique delante de ella; encierra en sí mismo su historia, que le cae sobre el corazón: enseña á los hombres á observar una brutalidad de conducta con los hombres, á no tener ninguna compasión de sus males. No os quejéis; habeis nacido para las cruces, á ellas estais clavados, no bajareis de ellas; id á la muerte; procurad solamente que vuestra paciencia os haga hallar alguna merced á los ojos del Eterno. Nada mas triste que esta doctrina, mezcla de estoicismo y de fatalismo, que solo enternecen algunos acentos de misericordia que se exhalan de la religion cristiana. Penetrándose de ella, se comprende cómo Rancé vió morir á tantos hermanos suyos sin conmovirse, y cómo consideró el menor alivio ofrecido á los padecimientos como una insignie flaqueza y casi como un crimen. Un obispo había escrito á Rancé acerca de una abadesa que necesitaba ir á los baños, y el abad le responde;

«Lo mejor que podemos hacer cuando vemos morir

á los otros, es persuadirnos de que han dado un paso que nosotros habremos de dar dentro de poco, y que han abierto una puerta que no han vuelto á cerrar. Los hombres salen de la mano de Dios, que se los confía al mundo por pocos momentos; cuando se han cumplido estos momentos, el mundo no tiene ya derecho para retenerlos, y es preciso que los de-

»vuelva. La muerte va avanzando y á cada instante de la vida tocamos á la eternidad. Vivimos para morir; el intento de Dios, cuando nos da el goce de la luz, es privarnos de él. No morimos mas que una vez, no reparamos con una segunda vida los errores de la primera; lo que somos en el instante de la muerte, lo somos para siempre.»



PRESENTARON UN CRUCIFIXO AL MORIBUNDO.

«Aquella lengua del siglo XVII ponía á disposición del escritor, sin esfuerzo ni afectación, la exactitud y la claridad, dejándole la libertad del giro y el carácter peculiar de su ingenio.

En la vigésimanona instrucción de Rancé se halla impresa esta descripción del silencio:

«La soledad es poco útil sin el silencio, porque no nos separamos de los hombres mas que para hablar con Dios, interrumpiendo todo comercio con las criaturas.

«El silencio es la plática con la divinidad, el lenguaje de los ángeles, la elocuencia del cielo, el arte de persuadir á Dios, el ornamento de las soledades sagradas, el sueño de los justos que velan, el mas sólido sustento de la Providencia, el cáuce de las virtudes; en una palabra, la paz y la gracia se hallan en la morada de un silencio bien regido.»

Rancé sería un hombre á quien se debería expulsar de la especie humana, si no se hubiera impuesto, y aun hubiera superado los rigores que imponía á los

demás; pero ¿qué se ha de decir de un hombre que responde con cuarenta años de destierro, que le enseña á uno sus miembros ulcerados, y que, lejos de quejarse, aumenta su resignación á medida que aumenta su dolor? Así era como cerraba la boca á sus adversarios, como Port Royal y todos sus santos retrocedían delante de él, y como bacia huir á sus enemigos enseñándoles la ensangrentada cabeza de la penitencia. Quería que todos los pecadores muriesen con él; y así como los famosos capitanes, no contaba los muertos que le había costado la victoria. Ya he hablado de su famoso tratado *De la santidad monástica*; en todos sus pensamientos, sacados de sus diferentes obras y recogidos por Marsollier, no se hallan mas que repeticiones de la misma idea; siempre reproduce la misma dureza, pero la expresa admirablemente.

Al frente de un manuscrito de 206 páginas, de 28 líneas cada una, traído de Alençon, á donde se llevó después de la destrucción de la Trapa, se halla la siguiente nota, escrita por un fraile; «Este libro está escrito del puño y letra de nuestro reverendo y muy santo P. Fray Armando Juan, nuestro reformador de la Trapa, que por nuestra desgracia murió el mes pasado, á 31 de octubre de 1700, como había vivido.» Moreri cita el 26 de octubre, la *Gallia Christiana* el 27; una carta de Bossuet menciona el 29. y la nota arriba citada el 31 de octubre. En mi concepto, esta última forma autoridad; y lo mismo pensaba y escribía con fecha 3 de agosto de 1819 el bibliotecario de Alençon: el P. Le Nain dice formalmente que Rancé espiró el 27 del mes de octubre á las dos de la tarde, de edad de setenta y cinco años, después de haber pasado treinta y siete en la soledad. El manuscrito citado me parece obra compuesta por Rancé en su juventud, y contiene sus estudios sobre la Trinidad, es decir, investigaciones sobre lo que acerca de ella dijeron Platon, Justino y Clemente de Alejandría, sin olvidar los himnos de Orfeo; grandes investigaciones que no hacia Rancé en la Trapa, y que visiblemente son obra de su juventud. La letra del manuscrito inédito en que me voy ocupando es de un joven; lo que contiene en griego es fácil de leer; casi todas las letras complicadas están reemplazadas con letras sencillas. Rancé observa que el símbolo de Nicea añadió al *Credo* la palabra *hijo*.

Rancé anhelaba la oscuridad; y un fraile, su compañero, que no firma, y que se engaña en el año, pues pone 1600 en lugar de 1700, es quien nos da noticia de su muerte, muerte que en el día á nadie interesa.

Rancé escribió un prodigioso número de cartas. Si se llegasen á imprimir algún día con sus obras, se vería que una sola idea dominó su vida entera; desgraciadamente no se tendrían las cartas que escribió antes de su conversión, y que mandó quemar en el momento de su toma de hábito: esta colección sería un objeto de estudio notable solo por la diferencia de los correspondientes á quienes se dirigió; pero nunca abandona su idea predominante. Las respuestas á aquellas cartas y las cartas que á él le escribían, serían mas variadas y tocarían en todos los puntos de la vida. En las cartas de Rancé se echa de ver una soledad como aquella en que encerró su corazón.

Las colecciones epistolares, cuando son largas, presentan las vicisitudes de las edades; acaso no hay lectura mas seductora que las largas correspondencias de Voltaire, que ve pasar en derredor de sí un siglo casi entero.

Léase la primera carta, dirigida en 1715 á la marquesa de Mimeure, y el último billete escrito en 26 de mayo de 1778, cuatro días antes de la muerte del autor, al conde de Lally-Tolendal; reflexiónese sobre todo lo que pasó en este período de sesenta y tres años....

El rey de Prusia, la emperatriz de Rusia, todas las

grandezas, todas las celebridades de la tierra reciben de rodillas, como un diploma de inmortalidad, algunas palabras del escritor que vió morir á Luis XIV, caer á Luis XV y reinár á Luis XVI, y que colocado entre el gran rey y el rey mártir, es él solo toda la historia de Francia de su tiempo.

Pero acaso una correspondencia privada entre dos personas que se han amado, es cosa todavía cosa mas triste, porque ya en ella no es á los *hombres*, sino al *hombre*, á quien se ve.

Al principio las cartas son largas, vivas, frecuentes; el día no basta para escribirlas; continúan después de puesto el sol y se trazan algunas palabras al tibio resplandor de la luna, encargando á su casta, silenciosa y discreta luz que cubra con su pudor mil deseos. Al alba se separaron los amantes, y al alba espían el primer crepúsculo para escribirlo que creen haberse olvidado de decir en horas enteras de delicias. Mil juramentos cubren el papel, en el que se reflejan las rosas de la aurora; mil besos sellan las palabras que nacidas de la primera mirada del sol; no hay una idea, no hay una imagen, no hay una ilusión, no hay un accidente, no hay una zozobra que no tenga su párrafo.

Mas hé aquí que una mañana se desliza una casi imperceptible sombra sobre la hermosura de aquella pasión, como la primera arruga sobre la frente de una mujer idolatrada. El aliento y el perfume del amor espíran en esas páginas de la juventud, como desfallece de noche una brisa sobre las flores; compréndese el desfallecimiento, pero nadie quiere ser primero en confesarlo. Se abrevian las cartas, disminuye su número, se llenan de noticias de descripciones, de cosas extrañas; algunas se han retrasado; pero ya esto causa menos inquietud; seguro de amar y de ser amado, la razón en el amante ha recobrado su imperio; ya es ociosa la queja, no hay mas remedio que someterse á la ausencia. Siguen empero adelante los juramentos; siempre se siguen empleando las mismas palabras, pero ya están muertas; les falta la vida; te *amo* no viene á ser ya mas que una frase hija de la costumbre, una fórmula obligada, el *queda de vd. afectísimo* de toda carta de amor. Poco á poco el estilo se va enfriando ó irritándose; ya no se aguarda con impaciencia el día del correo, antes bien se teme; escribir llega á ser una cansada tarea. Se avergüenza uno interiormente de las locuras que ha confiado al papel; quisiera poder recoger sus cartas y arrojarlas al fuego. ¿Qué ha sobrevenido? ¿Empieza por ventura un nuevo amor ó acaba un amor antiguo? No importa: el amor ha muerto antes que el objeto amado. Fuerza es reconocer que los sentimientos del hombre están expuestos al efecto de un trabajo oculto; una fiebre del tiempo que produce el hastío, que disipa la ilusión, que mina nuestras pasiones, que marchita nuestros amores y cambia nuestros corazones, como cambia nuestro cabello y nuestros años. Hay sin embargo, una excepción á esta miseria inseparable de las cosas humanas; sucede á veces que en una alma robusta un amor dura bastante para transformarse en apasionada amistad, para llegar á ser un deber y para tomar las cualidades de la virtud; entonces pierde su desfallecimiento de naturaleza y vive de sus principios inmortales.

No separemos de las obras de Rancé las instrucciones de San Doroteo, traducidas del griego para las instrucciones de los padres de la Trapa. San Doroteo se convirtió á la vista de un cuadro, como Eneas halló los recuerdos de Troya en los palacios de Cartago. Representaba aquel cuadro los diversos tormentos de los pecadores en el infierno; de repente se apareció junto á Doroteo una señora de extraordinaria magestad y hermosura, le explicó el cuadro y desapareció; por aquí se ve cómo habían penetrado las memorias de Virgilio hasta en las imaginaciones del Oriente, dado

que no fuera el Oriente la cuna de aquellas memorias. Las instrucciones de San Doroteo sobre los juicios, sobre las acusaciones de sí mismo, sobre el recuerdo de las injurias y sobre las costumbres, están escritas en la traducción de Rancé con unción é interés. Un día según una de esas historias, uno de sus hermanos fué á buscar al abad al desierto, y le dijo: «Tened compasión de mí, padre mio, porque hurto y me como luego lo que he hurtado.» —Y por qué? dijo San Doroteo; ¿es porque teneis hambre? —Sí, padre mio, respondió; lo que dan en la mesa comun, no me basta. Doblóse la ración del solitario y siempre seguía hurtando. Aquel pobre hermano sabia que el hurto es un pecado; lloraba su culpa, y sin embargo se dejaba arrastrar por su apetito.

D'Andilly no habia dejado á Rancé que traducir mas que la historia de Doroteo, escrita en mal griego del siglo III, difícil de entender, y de que no existía mas que una paráfrasis infiel. Yo he visto entre Jafa y Gaza el desierto que habitó Doroteo; no estaban ya allí las setenta palmeras ni las doce fuentes.

Una serie de repetidos padecimientos obligó por fin á Rancé á renunciar su abadía. Tanto abatia á todos la magestad de Luis XIV, que los mismos solitarios no podían prescindir de hacer oír aquel lenguaje de la lisonja usado en Versalles. No era cosa tan fácil como se cree hacer admitir la dimisión de un trapense; detrás de esta admisión se reproducía la cuestión del *abad comandatario* ó del *abad regular*. La santidad inspiraba á Rancé una destreza singular tan luego como se renovaban algunas contestaciones; si el jefe de la Orden del Cister apelaba al papa, Rancé apelaba al rey. Luis XIV avocaba el negocio á su consejo, y sin dar la causa por ganada á una de las partes, restablecía el equilibrio. La corte se dividía tomando un vivo interés en aquellos altercados del claustro; un gran santo tenia tanto crédito como un gran señor; una gravedad comun hacia que la austeridad de la religion comunicase importancia á los negocios del mundo, y que los negocios del mundo diesen una vivacidad útil á los intereses de la religion.

Rancé habia consentido en encargarse de la dirección espiritual de la abadía de Clairets, monasterio de mujeres dependiente de la Trapa, y que gobernaba Eugenia Francisca de Etampes de Valence, de una familia mas ilustre que la de aquella duquesa de Etampes, llamada la mas sabia de las hermosas y la mas hermosa de las sabias.

La visita de Rancé al monasterio de Clairets se verificó el 16 de febrero de 1690; todavía se conservan, con el testimonio escrito de su visita, los discursos de apertura y de despedida. La abadesa hizo doblar la campana mayor de la abadía cuando se presentó Rancé en las inmediaciones, campana cuyo sonido se perdió como otros mil, en bosques que ya no existen; no sé qué encanto se halla en aquellos acentos que anunciaban unos ecos, mudos por mucho tiempo, el paso de un hombre sobre la tierra. A la entrada de la iglesia, la abadesa se hincó de rodillas delante del padre. Habia dicho Rancé que la lectura del Viejo Testamento no convenia á las religiosas: «¿Para qué queréis, decía, que unas vírgenes obligadas á una perfecta castidad, lean el Cantar de los Cantares, la historia de la Susana, las de Judá, Tamar, Judit, Amon, la de la violencia hecha á la mujer del levita en Habaon, el Levítico, el libro de Rut?»

La palabra de Rancé, tan persuasiva como inflexible era su carácter, fue escuchada casi sin fruto en el monasterio de Clairets; con su voz destruía el efecto que producía con su palabra: por eso se halla una carta muy desabrida que escribió á una religiosa de aquel monasterio: «Os confieso que me ha sorprendido veros en disposiciones y pensamientos que yo estaba muy distante de suponerlos; porque, en fin, ¿qué mas podía hacer Dios para asegurarlos con-

tra el temor de la muerte; que llamaros á un estado que debe inspiraros aversión y desprecio á la vida?»

Nacido para el mundo, el abad se separaba de él por medio de la penitencia; pero en medio de todos aquellos dolores mujeriles, no advertía que intentando hacer volver á la humanidad á los rigores del Oriente, se engañaba de siglo y de clima: —que no tenia cuervos para alimentar á sus anacoretas, palmeras para coronar sus cabezas, ni leones para cavar la huesa de las Tais. Su moral caía en esos errores de nuestra poesía que no habla mas que de la crueldad de los tigres en bosques donde no vemos mas que cabritillos.

Rancé volvió á la Trapa en medio de una tempestad; los truenos acompañaban magestuosamente los trémulos pasos de aquel anciano. Ya habian pasado los buenos tiempos del cristianismo; cree uno oír cerrarse las puertas de un templo abandonado.

La abadesa de una célebre abadía de París, que habia leído la obra *De la santidad y de los deberes de la vida monástica*, no quiso consentir que volviese á introducirse la música en su convento, y sobre ello escribió á Rancé, que le respondió: «La música no conviene á una regla tan santa y pura como la vuestra; ¿es posible que vuestras hermanas sean tan ciegas y tengan los ojos tan cerrados, que no echen de ver que introducirían un abuso á que deben tener entera aversión?»

Rancé opinaba como los magistrados de Esparta, que multaron á Terprando por haber añadido dos cuerdas á su lira. Las monjas persistieron; el mundo se rie de estas discordias que estuvieron á punto de echar por tierra una gran comunidad. El cielo puso fin á estas divisiones, como nos dice Virgilio que se apacigua el combate de las abejas; un poco de polvo tirado al aire hizo cesar la lid. Ocurrió que las religiosas que querían cantar se constiparon; y en esto reconocieron que la mano de Dios pesaba sobre ellas. Por lo demás, Rancé tenia razón; la música ocupa un término medio entre la naturaleza material y la naturaleza intelectual; puede despojar al amor de su corteza terrestre, ó dar cuerpo al ángel; según las disposiciones del que las escucha, sus melodías son pensamientos ó caricias.

Varias medallas y retratos del abad de Rancé que llegaron á difundirse, dieron ocasion á nuevas calumnias; tratóse de soberbio, y de que deseaba eternizar su memoria. Hicieron circular otras medallas que llevaban en una cara estas palabras: *Restaurator monachorum*; y en la otra, un fraile mal hecho con este lema: *Labor improbus*.

El P. Lami, uno de los comensales de la Trapa, era semi-filósofo; difería de la opinion de Rancé en muchos puntos; pasaba por ser el hombre de su Orden que escribía mejor en francés, y habia explayado con claridad las ideas de Descartes. Con ocasion de los *Estudios monásticos*, tuvo una discusion con Rancé delante de Mad. de Guisa, y Mabillon dice que Lami venció á Rancé (1). Una orden de Luis XIV impuso silencio á los partidos.

Si hay libelos impresos contra Rancé, otros hay que han quedado manuscritos, en particular una disertación sobre *las humillaciones*, por el presbítero Leroy; hállase en la biblioteca de Santa Genoveva. El abad de Rancé respondía: «Sabeis cuántas veces me han supuesto muerto: han visto que no dejaba de vivir, y ahora dicen que la vida del espíritu ha muerto en mí; que verdaderamente tengo una alma, pero que ya no raciocino.» Cuando le instaban á mitigar el rigor de la disciplina de la Trapa, respondía con estas cuatro palabras de los Macabeos: «*Moriatur in simplicitate nostra*.» Aconsejábanle que escribiese los deberes del cristiano, como habia escri-

(1) Tomo 1.º de las obras póstumas de Mabillon.

to los deberes de la vida monástica; y, en efecto, compuso sobre este tema algunas páginas, pero se detuvo diciendo: «No me quedan mas que algunos días de vida, y el mejor uso que de ellos puedo hacer es pasarlos en el silencio.»

Treinta y cuatro años habitó Rancé en el desierto, y en ellos nada fue, nada quiso ser, y ni un momento siquiera relajó el rigor del castigo que se imponía. A pesar de esto, ¿pudo despojarse enteramente de su naturaleza? ¿no se le veía á cada instante tal cual le hizo Dios? Su firme resolución contra sus debilidades constituyó su grandeza; de todas sus debilidades castigadas se compuso un haz de virtudes. San Bernardo construyó su edificio sobre el cimiento de una grande inocencia; Rancé sobre las ruinas de su inocencia perdida, pero reparada.

El reumatismo, que primeramente le atacó la mano izquierda, se le pasó luego á la derecha, en la cual operó el cirujano de Mad. de Guisa: aquella mano le quedó inútil y contrahecha. Tenía el enfermo suma repugnancia á todo alimento; agitado de una tos insostenible, de un continuo insomnio, de crueles dolores de muelas, y de hinchazones en los pies, se vió reducido por espacio de seis años á pasar sus días en la enfermería en una silla, sin mudar casi nunca de postura. Como le instase un día un hermano lego á tomar un poco de alimento, díjole Rancé sonriéndose: «Aquí está mi perseguidor.» No empleaba á sus hermanos que tenían á gran dicha servirle, sino con suma discreción; resistía la sed por no atreverse á pedirles de beber, temeroso de cansarlos. Cuando le daban algo, al instante manifestaba su gratitud descubriéndose é inclinando la cabeza: padecía agudos dolores que solo se revelaban á despecho del enfermo por algunas alteraciones de su semblante. Había hecho poner en frente de su silla en la enfermería, estas palabras del profeta: «Señor, olvidad mis ignorancias y los pecados de mi juventud.» Durante aquella perpétua agonía, compuso su libro titulado *Reflexiones sobre los cuatro Evangelistas*.

No siempre encontró Rancé adversarios como Mabillon; mas ignorantes los tuvo, y por consiguiente mas presuntuosos. Presentáronle una mañana una sátira contra su persona: leyóla, y alabó lo bueno que halló en ella, y dijo: «Excelente preparacion es esta para la misa.» Iba al altar.

En los trastornos de la villa, conservaba la paz del ánimo: en sus viajes se apartaba lo mas que podía de los caminos reales, y seguía senderos por medio de los trigos, con los ojos fijos en el sol próximo á ponerse entre las mieses. Si por casualidad encontraba alguna tartana, pedía licencia para subir en ella diciendo: «Yo debería conducir ese carro mas bien que ese rústico, porque aunque pobre, es un hombre de bien, y yo soy como siempre el mas desventurado de todos los pecadores.» Notificó á sus hermanos los males que amenazaban á la casa; y en el día aniversario de su profesion de abad, varios monjes reunidos en capitulo hicieron de rodillas esta protesta: «Protestamos conservar nuestra santa regla en toda su pureza.» Rancé renunció de nuevo al mundo, para no ocuparse mas que de los años eternos.

Al mismo tiempo escribieron los solitarios al papa: «Hace muchos años, santísimo padre, que disfrutamos de un grande y precioso tesoro en la persona de nuestro padre abad, pero va á sernos arrebatado si vuestra santidad no se da prisa á socorrernos. Camina á la muerte con alegría, nada quiere tomar de lo que podría reparar sus fuerzas, y canta con el Apóstol: Si la casa de barro que habitamos llega á desmoronarse, Dios nos dará en el cielo una morada que durará eternamente. ¡Ojalá nos sobreviva y nos cierre los ojos!»

El cardenal Cibo respondió en nombre del papa, que Su Santidad mandaba que el abad de la Trapa

suspendiese unas austeridades que comprometían su vida.

El 2 de noviembre del año 1694, escribía Rancé, al presbítero Nicaise: «Mr. Arnauld ha muerto despues de haber adelantado su carrera cuanto le ha sido posible, pero era preciso que terminara: así han acabado muchas cuestiones. La erudición de Mr. Arnauld y su autoridad, eran de gran peso para el partido feliz que no tiene otro mas que el de Jesucristo; que poniendo aparte todo lo que pudiera separarlo ó distraerlo de él ni siquiera por un momento, se ase á él con tanta firmeza, que nada es capaz de desasirle.» Una vez conocido este pasaje de la carta de Rancé, tan diferente de lo que escribió á Mr. de Brancas acerca de Arnauld, renacieron todas las animosidades: el mismo Rancé se asombró del ruido que metían estas cuatro líneas. En medio de aquella agitación, escribió de nuevo el 27 de enero de 1593, al presbítero Nicaise: «He recibido hace dos días una carta de mas de veinte páginas de vuestro buen amigo el P. Quesnel, llena de una dureza y de una vivacidad incomprendibles: en ella quiere probarme que he infamado el nombre de Mr. Arnauld; que le he dado una puñalada despues de muerto; que he hecho, en cuanto ha estado en mi poder, una herida mortal á su memoria y y otra infinidad de cosas á cual mas violentas. Nunca he oído hablar de suposición tan extraordinaria. Aun cuando hubiera escrito un volumen contra la vida, la conducta y las opiniones de Mr. Arnauld; aun cuando para esto me hubiese servido de las expresiones injuriosas, no me trataría de otro modo: me pide retractaciones y declaraciones públicas, como si por mi propia autoridad hubiera espulsado del gremio de la Iglesia á Mr. Arnauld despues de su muerte; añade que la Francia entera aguarda una reparacion de mi parte, y si yo hubiera prendido fuego á Port-Royal ó le hubiera arrasado, no me diría mas.»

Rancé tenía razon, no había prendido fuego á Port-Royal. En cuanto á la conveniencia de sus previsiones, era una conveniencia que se dan fácilmente los hombres acostumbrados á servirse de la pluma. Por lo que respecta al grande Arnauld, cuyas obras ya no se leen, hay que advertir que los últimos años de su vida habían debilitado la gravedad que le servía de escudo. Escondido en el palacio (hotel) de Longueville, disfrazado con una casaca gris, el espadín á la cintura, y con un pelucon, el viejo jansenista vivía en una boardilla á espensas de la aventurera de la Fronde, y cometía mil imprudencias. Madame de Longueville decía que hubiera preferido confiar sus secretos á un libertino. Cuando se disfrutaba de una reputacion imponente, es preciso evitar los disfraces poco decorosos.

Por lo demás, las virtudes de Rancé desarmaban á todos sus enemigos. El mismo P. Quesnel, retractándose de lo manifestado en la altanera carta que había escrito el abad de la Trapa, decía: «No solo porque há mas de treinta años que hago profesion de honorarlo, sino tambien principalmente porque se debe respeto al espíritu de Dios, que reina en sus siervos, y porque además es obligacion de todos no contristar ni perjudicar á esos hombres disminuyendo la reputacion de los obreros que el Señor se ha dignado emplear, me es lícito no ser siempre de su sentir, y no aprobar todos sus actos, pero nunca debo dispensarme de tratarlos con respeto.»

Continuaban las punzadas contra Rancé de cerca y de lejos, y decía *Ego sum vermis et non homo*. En la coleccion de canciones (1) se leen coplas contra él.

(1) Coleccion de canciones: tomo VII, pág. 277, en 1629; versos sobre Armando Juan Le Bouthiller de Rancé, abad regular de Ntra. Sra. de la Casa de Dios de La Trapa, de la estrecha observancia del Cister.

Un testigo amigo de Rancé, el P. Le Nain, nos describe en estos términos sus trabajos y las inquietudes de su monasterio:

«¿Quién hubiera podido creerlo, dice, á no haberlo visto con sus propios ojos? Este hombre que parecía no vivir mas que de padecimientos y de penas, como si hubiera tenido un cuerpo de diamante y de todo punto insensible, ó mas bien como si hubiera sido un espíritu puro, estaba siempre en accion desde por la mañana hasta por la noche: escribe, dicta cartas, compone sus obras, estudia, escucha á sus religiosos, responde á todas sus dificultades, dirige á ochenta personas que componen su comunidad, así novicios como profesos; dispone todo lo que les concierne, tanto para el interior de la casa como para sus necesidades exteriores; unas veces va á la enfermería, de la enfermería á los huéspedes, de los huéspedes al claustro, y del claustro á sus hermanos; ya visita las celdas para ver si todos se ocupan, ya baja al coro para examinar con qué devocion se celebran los divinos oficios, y ya vuelve á su celda donde le aguarda algun hermano. Mas tambien acontece con frecuencia que vuelve á ella tan sumamente cansado, que no puede tenerse en pie, y no bien ha llegado cuando le obliga á salir de nuevo la visita de algun huésped; ni siquiera durante el tiempo destinado al descanso da tregua á sus ocupaciones. Vésele entre maitines y prima, dar una vuelta por el monasterio ó ir al patio de los hermanos legos, ó recorrer el dormitorio para ver si todos están acostados, porque dice que no es menor falta contra la regla no retirarse á descansar al toque de retiro, que no levantarse apenas se oye la campana de llamada.»

A estas fatigas del cuerpo añadía Rancé las del espíritu, resistiendo en su alma todas las penas y todas las tentaciones de sus hijos, sus flaquezas y sus miserias; y como otro San Pablo, haciéndose todo para todos, los llevaba en sus entrañas; estaba triste con los tristes, enfermo con los enfermos, y cargaba por el puro efecto de su caridad con todos sus males corporales y espirituales.

Haciéndole presente sus amigos que se tomaba demasiado afán por un monasterio que no subsistiría, á lo cual contestaba: «La Trapa tendrá la duracion que debe tener segun disponga la Providencia. Si se hubiera tomado por norma de conducta de las antiguas edades, la consideracion de que no hay cosa que no deba ser alterada por el tiempo, nada se hubiera hecho, y el campo de Jesucristo seria un desierto estéril, privado de todas esas grandes obras que constituyen su ornato y su hermosura: Dios se burla de la diligencia de los hombres que se toman tanto afán por conservar su vida en la víspera de su muerte.»

El siervo de Dios estuvo espuesto á las pruebas de que nos hablan las historias de aquellos tiempos, historias que se hallan repetidas en todos los monasterios y que muchas veces había recordado Rancé en las vidas particulares de algunos de sus religiosos. Un joven energúmeno había declarado que sitiaban á la Trapa legiones de demonios. Creíase que no había soledad vacía, que se habitaba en medio de un mundo de espíritus, pero estos espíritus tenían un domicilio en los claustros; lo maravilloso acababa de engrandecer la poesia. Rancé oía rumores ásperos y penetrantes; sus frailes le referían que experimentaban por la noche sacudimientos de una fuerza estraña. Oíanse en los dormitorios horribles rumores, como de personas que peleaban entre sí; oíanse llamar á las puertas de las celdas, ó bien parecía que un hombre andaba solo á pasos agigantados; una mano de hierro pasaba y volvía á pasar sobre la cabecera de las camas. ¿Eran estos fenómenos aquellos recuerdos que bajo otras formas se hallan en las elegías de Tibulo?

Quam juvat immiles ventos audire cubantem.

¿Debemos atribuir aquellos efectos á las tempestades de la noche en las desolaciones de la Trapa, ó á las ilusiones de la astrología de que acusaba Rancé el P. Le Nain? ¿Eran por ventura obra de aquella mujer que el padre de la Trapa había visto en Verets en medio de las llamas, ó era en fin, el mugido de las olas del tiempo al estrellarse contra las riberas de la eternidad? Rancé se preparaba á exorcizar la casa, pero á fines del año 1863 cesaron aquellos rumores. En aquellos tiempos, los hombres que habían amado no creían que estuviesen desiertas las sepulturas.

De ningún modo impedían á Rancé los cuidados interiores de la comunidad ocuparse de lo que pasaba fuera, y así tomó mucha parte en la muerte de la princesa palatina, ocurrida en el mes de julio de 1685. Ana de Gonzaga de Cleves había consultado varias veces á Rancé sobre escrúpulos de conciencia. Su nombre recordaba una lindísima obra de Mad. de La Fayette, y para Ana de Gonzaga compuso Bossuet una de sus mas bellas oraciones fúnebres. Despues de haberse enropado en las ideas de su siglo, ideas que se alejaban del tiempo en que vivía, la princesa palatina había empezado por las ideas cartesianas; de aquí había pasado á no creer nada, y dando luego la vuelta completa, llegó por su propio pie á la religion, como muchos incrédulos ó libertinos de aquella época. Durante su residencia en Francia había visto la Fronde, que, segun Bossuet, era un doloroso parto de la Francia para dar á luz el milagroso reinado de Luis XIV.

«¿Y qué habían visto, esclama el grande orador, recordando la filosofia de la princesa palatina, qué habían visto aquellos raros ingenios de mas que los otros? Nada vieron, nada se les alcanza, ¿y ni siquiera trataron de establecer la nada á que aspiraban para despues de esta vida?»

Bossuet refiere lo que la misma princesa palatina le contó á él. «Una noche, le dijo, en que se creía ir sola por un bosque, me encontré con un ciego en una casita y le pregunté si era ciego de nacimiento, ó si había quedado tal por accidente, á lo que me respondió que había nacido ciego. ¿Luego no sabeis, le dije, qué cosa es la luz, que es tan hermosa y tan agradable?—No, me respondió, sin embargo, no dejo de creer que es cosa hermosísima. Entonces me parecía que aquel ciego mudó repentinamente de voz, y hablándome con autoridad me dijo:—Esos debéis enseñaros que hay cosas excelentes aunque no podamos comprenderlas.»

Bossuet en su oracion fúnebre habla de su amigo Rancé: «Un santo abad cuya doctrina y vida son un ornamento de nuestro siglo, prendado de una conversion tan admirable y perfecta como la de nuestra princesa, le mandó que la escribiese para edificacion de la Iglesia: la princesa dió principio á esta narracion, confesando su error: vos, Señor, cuya infinita bondad no ha dado á los hombres nada mas eficaz para borrar sus pecados que la gracia de reconocerlos, recibid la humilde confesion de vuestra sierva.»

Ana de Gonzaga era una de aquellas mortales cuya hermosura había rondado por los bosques de la Trapa: inspiró á Enrique de Guisa, arzobispo de Reims, una pasion correspondida: mezclóse, dice Mad. de Monteville, á casi todo lo que se hizo entonces, y sostuvo al cardenal de Mazarino, que no se lo agradeció mucho: se conserva una carta suya inserta entre las de Bussy-Rabutin: desgraciadamente se han perdido las otras cartas que escribió á la mariscal de Guedriand, y el tratado sobre el *Arte de juzgar de la verdad de los sentimientos*. Las damas filosóficas de aquel siglo, que poco á poco fueron declinando hacia el materialismo, empezaron por ser cartesianas y caminaban al seno de Dios, sometidos los pensamientos hacia la razon, en vez de entregárselos como flores. Ana de Gonzaga no era insensible al dinero, recibió

cuantiosas sumas para llevar á cabo casamientos que no llegaron á efectuarse, y no devolvió dichas sumas ó presentó cuentas que las absorbían.

Después de su muerte, la princesa palatina fue enterrada en Val-de-Grace, al lado de Benita, su hermana. Cuando se desenterraron los muertos, los profanadores insultaron aquellos despojos como se arrojan al viento hojas de rosas secas. Rentz dice que la princesa palatina era muy dada al galanteo, y que tenía tanta capacidad como Isabel para dirigir un Estado.

En medio de todas aquellas tribulaciones, no tenía Rancé mas refugio que la paciencia cristiana. Se escribió y aun se predicó contra él; se atacaron su doctrina y su conducta; se procuró hacerle pasar por un hereje ó por un fanático, se publicó que celebraba asambleas contra la religión y contra el Estado. A pique estuvo la Trapa de ser destruida como Port-Royal; Rancé en medio de todas sus aflicciones de espíritu, experimentó dolencias que no le permitían tomar reposo alguno, y se vió maltratado hasta por aquellos mismos á quienes mas bien habia hecho. Llegado á aquel colmo de dolor que tanto habia deseado para parecerse á Jesucristo, su maestro, proponiéndole que se curase con el auxilio de los médicos. «Estoy», respondió, en manos de Dios; él es quien da la vida y quien la quita; él sabrá curarme si es su voluntad que viva. Pero ¿para qué ha de curarme? ¿para qué sirvo? ¿qué hago en este mundo mas que ofender á Dios? Cuando experimentaba alguna tregua en sus padecimientos y le felicitaban por ello, decía; ¿De qué me felicitas? de que estoy preso, de que, estando á punto de romperse mis ligaduras, me han cargado con nuevas cadenas?»

Rancé quemó una multitud de cartas llenas de testimonios de admiración, otras conservó en cuyo margen estaban escritas de su puño estas tres palabras: *Cartas para conservar*, y que eran cartas infamatorias contra él. ¿Era aquello humildad ó orgullo? El padre de Monty fué á verle, y le obligó á llamar á un médico. «Es preciso esclamar como Job», decía: «El que ha empezado, acabe de reducirme á polvo.» Conjurábanle que dejase por algun tiempo el aire de su retiro. «He dicho al entrar aquí», respondía: *Hæc requies mea.*»

A los que le oponían la poca seguridad de la duración de la Trapa, contestaba: «Durará lo que debe durar. Si en las edades anteriores se hubiera tomado por norma de conducta la consideración de que no hay cosa que no esté sujeta á decadencia, ¿qué sería hoy la heredad de Jesucristo? (1).»

En octubre de 1693, envió Rancé al rey su dimisión, en la que llamaron la atención estas patéticas palabras: «Señor, como me siento impaciente de ejecutar el designio que Dios me inspira hace mucho tiempo de pasar mi vida en un austero retiro y de prepararme á la muerte; como mi salud que diariamente declina, me pone en la impotencia de consagrar toda la aplicación que debo á la dirección de mis hermanos, y me avisa de que no pueden estar distantes mis últimos momentos, he creído que el primer paso que debía dar era dejar la carga de esta abadía, y que debo á vuestra real bondad, en viando á V. M., como lo hago, mi dimisión absoluta é incondicional.»

Recibió Luis XIV esta dimisión de manos del arzobispo de París, y le dijo: «Que vuelva á la Trapa el hermano portador de la carta; que el señor abad examine el caso delante de Dios, y me diga sinceramente lo que mejor le parezca.» El arzobispo escribió á Rancé: «Os felicito con todo mi corazón por todos los empeños que han acompañado á la merced que os ha hecho el rey en esta última ocasión; en

(1) Este párrafo está en la edición francesa casi literalmente repetido en una de las páginas anteriores. ¿Será por olvido?

ellos he tomado toda la parte imaginable como el mas apasionado y fiel de vuestros servidores.»

Nombró el rey para reemplazar á Rancé al P. Zozimo, prior de la espresada abadía, y amigo de Rancé. Llegado que hubieron las bulas de Roma, el 19 de setiembre del año 1695, el nuevo abad fue instalado el 28 del mismo mes. Débil y casi incapaz de sostenerse, el antiguo abad se prosternó á los pies del nuevo, y le dijo: «Padre mio, vengo á prometeros la obediencia que os debo como á mi superior, y á suplicaros que me trateis como al último de vuestros religiosos.» El obad Zozimo se hincó de rodillas, y les respondió: «Y yo, padre mio, os renuevo la obediencia que os he consagrado desde mi entrada en esta santa casa.» Magistral abnegación que daba proporciones desconocidas á la naturaleza humana.

Aquellos monjes puestos de rodillas el uno delante del otro no eran hombres; eran dos santos pertenecientes á aquellas visiones que se columbran en las profundidades del cielo.

Rancé, reducido á la condición del simple religioso, continuó edificando con sus ejemplos al monasterio que habia santificado con sus órdenes. A Rancé abatido, y por consiguiente mas poderoso, continuó Bossuet dirigiéndose para el consuelo espiritual de sus amigos. «Os recomiendo, le escribía, tres de mis principales amigos, y que hace muchos años eran mis mas íntimos, y que Dios me ha quitado en quince dias por diversos accidentes. El mas sorprendente de estos, es el que se hallaba el abad de Saint-Luc, á quien un caballo tiró al suelo con tal violencia, que murió del golpe una hora después, á la edad de treinta y cuatro años.»

El P. Zozimo desapareció en breve: el rey nombró para sucederle al P. Jacobo de Lacour, después de haber enviado al P. Lachaise á tomar informes cerca de Rancé. Luis XIV descendía á estos pormenores de la sociedad de entonces, como Bonaparte entró en las cosas mas menudas de la sociedad del día: pero la sociedad pasada tenia de grande que se apoyaba en el altar.

El quietismo habia nacido en el año 1694, y continuó en su fuerza hasta el 1697. «Este mundo», dice Bossuet, parecia querer engendrar alguna estraña novedad; es preciso amar, decía, este mundo, como si estuviéramos sin rendición y sin Cristo. Fenelon se inclinó al quietismo, renovación de la heregia de los gnósticos. Pronto se abrieron en Issy sobre el quietismo conferencias entre Bossuet y Fenelon, en las que el abad de Rancé fue nombrado juez, pero no acudió á ellas... En 1697 se publicaron las *Máximas de los Santos*.

Con ocasión de este libro, decía Bossuet: «¿Quién le niega (á Fenelon) el talento? Lo tiene hasta tal punto que espanta.» Las *Máximas de los Santos* fueron condenadas en Roma; y Fenelon, con mas habilidad que humildad, negó en el púlpito que la obra fuese suya. Leibnitz, hablando del libro del obispo de Cambray (Fenelon), atribuye al abad de la Trapa una carta muy razonada, en la que atacaba á los falsos místicos. «Esos hombres se imaginan», decía Leibnitz, que una vez unidos á Dios por un acto de fe pura y de puro amor, esa unión persevera mientras tanto que no se revoca formalmente.» He notado en las cartas de Rancé, escritas al presbítero Nicaise, con ocasión de aquellos últimos debates religiosos, este hermoso rasgo acerca de Cronwel: «Vemos á aun hombre vivo representar el personaje de la muerte, y con una hoz invisible derribar un trono.»

El quietismo hizo mas estragos en Italia que en Francia. Decíase que solo Rancé podia responder al libro de la *Máximas de los Santos*; sobre ello escribió el abad de la Trapa á Bossuet, que divulgó su carta para apoyarse en una autoridad tan grande: «Me ha caído en las manos, escribía á Rancé en 1697, el

libro del obispo de Cambray, y apenas he podido creer que un hombre como él fuese capaz de dejarse llevar de ideas tan contrarias á lo que nos enseña el Evangelio.» «Nada hay, escribía al mismo tiempo al presbítero Nicaise, que me cause mas horror que las extravagancias y los dogmas impíos que se atribuyen á los quietistas. Dios quiera que se atajen sus progresos, y que no pise mas adelante el daño que han empezado á hacer en los sitios donde se han introducido.»

El 3 de Octubre de 1688, decía Rancé: «¿Nunca se cansarán los hombres de hablar de mí? Cosa muy dulce seria estar tan olvidado que solo viviera uno en la memoria de sus amigos, gritos de ternura que rara vez se exhalan del alma cerrada de Rancé.

Sabido es lo que habeis escrito contra el monástico sistema del quietismo, dice Rancé en una carta á Bossuet; porque todo lo que escribis, señor ilustrísimo, son decisiones. Si se realizasen las quimeras de estos fanáticos, seria preciso cerrar los libros de las divinas Escrituras, como si no nos fueran de ninguna utilidad.» Estas cartas de Rancé fueron mal recibidas. Fenelon tenia numerosos partidarios. «Este prelado», dice San Simon, era un hombre alto, delgado, bien formado, pálido, nariz grande, ojos de donde salían como un torrente el fuego y el talento, y una fisonomía tal, que no he visto ninguna que se le pareciese: bastaba verla una sola vez para tenerla siempre en la memoria. Todo se hallaba reunido en aquella fisonomía, cuyas facciones guardaban mucha consonancia: era grave y cortésana, seria y alegre, anunciaba igualmente el doctor, el obispo y el grande hombre; lo que en ella resaltaba, como en toda su persona, era la sagacidad, el ingenio, la gracia, el decoro, y sobre todo la nobleza. Se necesitaba hacer un esfuerzo para cesar de mirarle.»

Un hombre que ejercía tan eficaz dominio sobre la sociedad debe tener fanáticos. Necesario ha sido que la revolución venga á ilustrarnos, para que comprendamos esta expresión de quimérico que Luis XIV aplicaba á Fenelon.

El quietismo parece que se derivaba del molinismo, como lo advirtió Rancé, diciendo que conocía una ciudad toda entera donde habian pasado cosas tremendas introducidas por un santo del carácter de Molinos.

La reprobación de la Santa Sede contra las *Máximas de los Santos*, se publicó por justicia en 1699 en latín y en francés: en ella se prohiben, estas *Máximas*: «En el estado de la santa indiferencia el alma no tiene deseos voluntarios y deliberados en su interés; en el estado de la santa indiferencia no se quiere nada para sí propio; todo se quiere para Dios. La parte inferior de Jesucristo en la cruz no comunicaba á la superior su turbación involuntaria: los santos místicos han excluido del estado de las almas transformadas las prácticas de la virtud.» Así pasan siglos de esta censura de un obispo, firmada por el cardenal Albano y publicada á la cabeza del campo de Flora.

La sociedad que Rancé habia dejado no le perdonaba su penitencia. Una princesa maliciosa aplicaba al abad estas palabras del Evangelio: *Vae nutriendibus!* ¡Infelices los que tienen hijos que mantener! aludiendo á los monjes de la Trapa.

Las gentes acudían á la Trapa; la corte para ver al anciano convertido, para reírse de él ó para admirarle; los sabios para conversar con el sabio; los sacerdotes para instruirse en las lecciones de la penitencia. Juan Bautista Thiers fue uno de los peregrinos; Thiers se burlaba de todo, aun cuando estaba serio. La abstinencia de los Trapenses y su vida muda, no le convenían de modo alguno; pero hallaba en ella novedad, y esto le seducía; por eso escribió la *Apología del abad*

de la Trapa, á la que Rancé se opuso bastante aunque no le pesaba tener un defensor del ingenio y de saber de Thiers: la autoridad suprimió aquella apología. En 1694 escribía Rancé al presbítero Nicaise: «Le ha ocurrido una aventura al pobre Mr Thiers; yo le habia escrito con mucha instancia suplicándole que prescinadiese de mi defensa; pero el pobre hombre lleno de amistad y de celo por todo lo que me interesa, nunca pudo dejarse persuadir á lo que le pedia. Se ha descubierto que su libro se estaba imprimiendo en Leon, y se han recogido todos los ejemplares por orden del señor canciller: discurrid la pesadumbre que habrá tenido el autor; naturales que yo lo haya sentido vivamente estando obligado á ello por justicia y á título de agradecimiento.»

El pobre hombre se reía.

En la *Apología del abad de la Trapa*, Thiers cae sobre el P. Sainte-Marthe, y se burla de él por haber dicho que Mad. de Maintenon le hacia el honor de mirarle como pariente. La apología está escrita con vivacidad: el apologista cita versos ridículos contra Rancé, escritos, dice, por el primero de los poetas benedictinos; Thiers, justificándose á sí propio, asegura que habria menos encarnizamiento contra él si no hubiera clamado contra los arcedianos, en su libro de la *Estola*, en su tratado del *Despojo de los curas* y en su *Factum* contra el cabildo de Chartres. Por último termina su apología, demasiado larga, pues se compone de 511 páginas para la defensa de Rancé, con estas palabras: «Basta lo dicho, R. P. Sainte-Marthe, para haceros recapacitar y quitaros la buena opinion que teneis de vuestra personilla.»

Tal fué Rancé; esta vida no satisfacía, porque falta en ella la primavera; la ojicanta cayó destruida cuando empezaban á despuntar sus flores. Rancé, se habia propuesto recorrer el mundo en busca de aventuras. ¿Qué hubiera hallado? Las felicidades que se forjaba en Veretz estaban en su alma. Supongamos que tomando la existencia por una ironía del cielo que adelantándose á las ideas de su época hubiera sacudido de sí esta existencia; su sangre hubiera humedecido apenas algunas matas. Si, curándose poco del porvenir hubiera preferido á la eternidad noches felices, otro desengaño: mañana ya no hubiera amado.

Los hombres que han envejecido en el desorden creen que, cuando llegue la hora, podrán devolver á su destino las gracias juveniles fácilmente, como se despiden á unos esclavos. Es un error; no se desprenden del hombre á su antojo de los sueños, antes pugna dolorosamente contra un caos, donde el cielo y el infierno, el odio y el amor, la indiferencia y la pasión se mezclan en confusión espantosa. Anciano viajero entonces, sentado en una piedra del camino, Rancé hubiera contado las estrellas, no fiándose de ninguna, aguardando la aurora que no le hubiera traído mas que el hastío del corazón y la desgracia de los años. En el día nada hay que sea posible, porque las quimeras de una existencia activa están tan demostradas como las de una existencia desocupada. Si el cielo hubiera puesto en los brazos de Rancé las fantasmas de su juventud, pronto se hubiera cansado de aquellas larvas. Para un hombre como él no habia mas refugio que el sayal: el sayal recibe las confianzas y las guarda: el orgullo de los años veda luego revelar el secreto y la tumba lo perpetúa. Por poco que el hombre haya vivido, habrá visto pasar á muchos muertos, llevándose en brazos sus ilusiones. ¡Feliz aquel cuya vida ha caído en flores! ¡elegancia de la expresión de un poeta que es mujer!

Retenido hacia mucho tiempo en la enfermería, Rancé vió acercarse sus últimos instantes. Nadie habia allí para poner la mano sobre el corazón de aquel Cristo. Cuando Jesús pidió á su Padre que apartase de él el cáliz, ¿quién ponía el dedo sobre el pulso del hijo

del Hombre para saber si sus sangrientas lágrimas provenían de la humana flaqueza ó de la dilatación de un pecho que se partía de caridad?

Apinábanse los religiosos á su puerta, mientras dictaba él una carta que les leyó el abad Jacobo de La-Cour: «Dios, decía, es el único que conoce mis fuerzas y el placer que tendría en veros; sin embargo, aunque este sentimiento ocupa mi corazón mas que nunca, me veo obligado á deciros que, en el estado en que me hallo, me es imposible satisfacer este placer cual desearia. Rogad por mí, hermanos míos; pedid á Dios que si todavía puedo seros de alguna utilidad, me vuelva á la salud, y sino, que me saque de este mundo.»

Enviaron á buscar al obispo de Sees, amigo y confesor de Rancé, el cual mostró suma alegría al verle, cogió la mano al prelado, llevóla á su frente para empezar la señal de la cruz, é hizo en seguida una confesión general: suplicó al obispo de Sees que obtuviese la protección real en favor de la disciplina monástica de la abadía, añadiendo que en todo lo demás deseaba que la Trapa quedase en completo olvido.

Aquella familia de la religión alrededor de Rancé tenía la ternura de la familia natural y algo más; el hijo que iba á perder era el hijo que iba á recobrar; ignoraba aquella desesperación que acaba por extinguirse ante la irreparabilidad de la pérdida. La fe impide morir á la amistad; cada cual llorando aspira á la felicidad del cristiano llamado; se ve aparecer alrededor del justo una piadosa emulación que tiene el ardor de la envidia sin tener sus tormentos.

Viendo á un religioso que lloraba, Rancé le alargó la mano y le dijo: «No os dejes; no hago mas que precederos.» Las mismas palabras dirigió el Taso á los hermanos que le rodeaban en San Onufro. Rancé pidió que le enterrasen en el terreno mas abandonado y desierto: en un campo de batalla donde ya no se oye ningún ruido, se ven salir de la tierra los pies de algunos soldados.

Job murió en el estrecho recinto que él mismo se dispuso, como la palmera cuyas ramas están cargadas de rocío. Habló Rancé al prelado del desvelo con que le habían asistido sus hermanos: «Ved aquí, dijo, cómo se ha complacido Dios en favorecerme en todas las épocas de mi vida, y yo no he sido mas que un ingrato.» Entraba en aquel momento el P. abad Jacobo de La-Cour, y Rancé le dijo: «No me olvideis en vuestras oraciones como yo no os olvidaré delante de Dios.» La noche siguiente fue mala: Rancé la pasó sentado en una silla de paja, teniendo puestas las sandalias de un religioso muerto recientemente.

Habiéndole preguntado el obispo de Sees si siempre había tenido con sus religiosos la misma caridad: «Sí, señor, respondió el santo hombre. De algunos años á esta parte, por la gracia de Dios, no soy mas que un simple religioso como los demás, todos son mis hermanos, y ya no son mis hijos. Si me fuera lícito lamentar la pérdida de mi voz, mi dolor seria no poder hacerles oír cuánto los amo; á todos los conservo en el fondo de mi corazón, y en él espero llevarlos á la presencia de Dios.» A cosa de las ocho de la noche, Rancé se descubrió, suplicó á un hermano que le pusiese de rodillas para recibir la bendición de su obispo, é hizo una confesión general. El obispo de Sees dijo que había conocido en aquella ocasión mas que en ninguna otra, que aquel grande hombre había recibido de Dios un ingenio elevado, vivo, penetrante; un alma sencilla y dotada de admirable candor.

Cuanto mas había avanzado Rancé hacia el término, mas serenidad había adquirido: su alma esparcía su claridad sobre su semblante: el alba salía de la noche. Presentaron un crucifijo al moribundo que exclamó: «¡Oh eternidad! ¡qué ventura!» y abrazó el signo de salvación con la mas viva ternura, y besó la calavera que estaba al pie de la cruz. Al entregar

aquella cruz á un fraile, vió que éste no le imitaba, y dijo: «¿Por qué no besas la calavera? Por ella acababan nuestro destierro y nuestra miseria.» Se acordaba Rancé de la reliquia que la tradición suponía colocada junto á él? En las mas fervientes edades los cristianos practicaban todavía algunos ritos del culto de los falsos dioses.

El lecho de ceniza estaba preparado. Rancé le miró sereno con una especie de amor, y luego hizo un esfuerzo para tenderse en él, el obispo de Sees le dijo: «¿No pedis perdón á Dios?» — «Suplico á Dios muy humildemente desde el fondo de mi corazón,» respondió el abad, que me perdone mis pecados y me reciba en el número de los que ha destinado á cantar eternamente sus alabanzas...» por faltarle las fuerzas se detuvo. El obispo dijo: «¿Me reconocéis?» — «Os conozco muy bien, respondió el abad, y nunca os olvidaré.»

Como preguntase el obispo de Sees si habían dado algo al moribundo para sostenerle, el mismo abad de Rancé le dió la respuesta: «Nada ha faltado á la atención de su caridad.»

Con las palabras de la Escritura comenzó un último diálogo entre el agonizante y el obispo.

EL OBISPO.—El señor es mi luz y mi salvación.

EL ABAD.—En él pondré toda mi confianza.

EL OBISPO.—Señor, vos mi protector y mi libertador.

EL ABAD.—No tardeis, Dios mío; apresuraos á venir.

Estas fueron las últimas palabras de Rancé: miró al obispo, alzó los ojos al cielo y exhaló el postrer suspiro. Enterrósele en el cementerio comun de los religiosos.

Así se consumó el sacrificio: el arrepentimiento aísla al hombre de la sociedad y no es apreciado en lo que vale. Sin embargo, el hombre que se arrepiente es inmenso; pero ¿quién querría hoy ser inmenso sin ser visto? Rancé pasó de su choza de barro á la casa de Dios, casa magnífica.

Rancé fué llevado á la iglesia y colocado debajo de la lámpara; su rostro, que había parecido descarnado, apareció sonrosado y hermoso. En la iglesia estuvo desde el 27 de octubre hasta el 29. Los monges estaban de pie, deshechos en llanto, y tocando á porfía el cuerpo con lienzos y rosarios. Treinta religiosos cantaban los salmos; en la iglesia se decían misas continuamente. Cuando le depositaron en la huesa, el coro recitaba este versículo del salmo CXXXI: «¡Ahí habitaré porque lo he elegido.» En el cementerio le sepultaron; el pastor quiso hallarse, aun despues de muerto, en medio de sus ovejas. Rancé obtuvo testimonios auténticos que hoy podrían servir para su canonización. Despues de su muerte, se apareció á varias personas en una gran gloria; los reyes manifestaron su dolor, así los destronados como los que todavía ocupaban el solio.

«Parecia, dice el P. Le Nain, como que por todas partes resonaba una voz de trueno para inspirar á los hombres el desprecio del mundo, la vanidad de sus grandezas y la solidez de los bienes de la vida futura.» Efectuáronse ruidosas conversiones: un religioso había oído en sueños á una sagrada hostia que clamaba: «¡Temblad, temblad, temblad!» Y tal fue su terror que tardó mucho en recobrar el sentido. Algunos epilépticos quedaron sanos aplicándose lienzos que habían servido de vendajes en la mano enferma del reformador: de ello se conservan los certificados, y Roma no necesitará un largo proceso para incluirle en el catálogo de los santos. Su corazón estaba en el reposo, y el Espíritu divino había llenado su alma de esplendor.

San Simon dice interrumpiéndose: «Estas memorias son demasiado profanas para referir en ellas cosa alguna de aquella vida tan sublimemente santa: las

«suspendo aquí, pues todo cuanto pudiera añadir pareceria mal en este lugar.»

Nacido el 9 de enero de 1626, diez y seis años despues de la muerte de Enrique IV, muerto en 1700, quince años antes de la muerte de Luis XIV, Rancé vivió setenta y cuatro años en la tierra, de los cuales pasó treinta y siete en la soledad para expiar los treinta y siete que había pasado en el mundo.

Cuando desapareció una multitud de contemporáneos famosos habían tomado ya la delantera: Pascal, Gorneille, Moliere, Racine, La Fontaine, Touraine y Condé: el vencedor de Rocroi había recibido de Bossuet su última corona. Aquel siglo ha quedado inmóvil como todos los grandes siglos, haciéndose el contemporáneo de las edades que le han seguido; no sin un sentimiento de dolor se ven caer algunas piedras del edificio. Cuando Luis XIV descende el último á la sepultura, una inconsolable pena se apodera del alma. Entre los escombros de lo pasado se movían los primogénitos del porvenir; unas cuantas celebridades empezaban á despuntar bajo la protección de un rey

decrepito, todavía en pie. Entonces nacia Voltaire; esta desastrosa memoria comenzaba en una época que no podía pasar; la siniestra claridad se encendió al resplandor de una luz inmortal.

La obra de Rancé subsiste. Rancé se alejó de su soledad como Licurgo del valle de Lacedemonia, haciendo prometer á sus discípulos que guardarían sus leyes hasta su vuelta. Rancé partió para el cielo; todavía no ha vuelto á la tierra, y su reducido pueblo observa religiosamente sus leyes. Los trapenses han visto caer en derredor suyo las otras órdenes; han visto pasar la revolución y sus crímenes, á Bonaparte y su gloria, y han sobrevivido; tanta fuerza había en aquella legislación sobrehumana. La cripta de Es-parta era la muerte de los esclavos; la cripta de la Trapa era la muerte de las pasiones. Este fenómeno está en medio de nosotros, y no lo observamos. Las instituciones de Rancé, no nos parecen mas que un objeto de curiosidad sobre la que lanzamos una pasajera mirada.

FIN.

